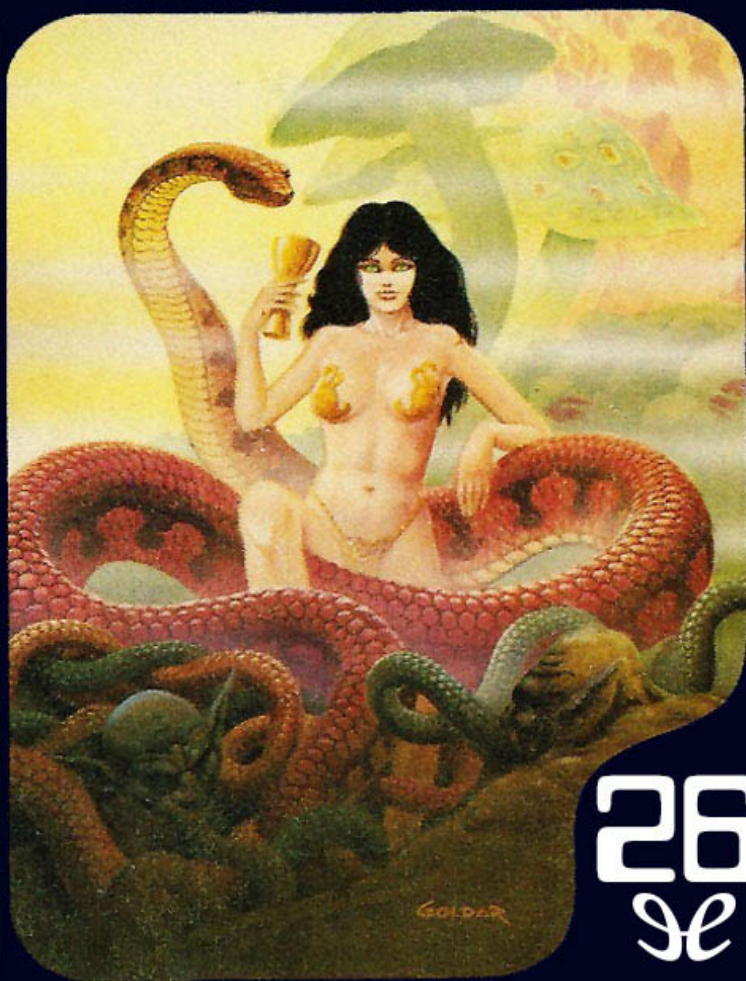


**ROBERT
SILVERBERG**
La fiesta de Baco



26
de

LIBRERÍA
EL
CALLEJÓN
DE
LAS
LIBRERÍAS

La narración que da título a este volumen se centra en la llegada de un terrestre a la misteriosa Ciudad de la Palabra, donde se da culto a un Dios jánico, cuya doble presencia, divina y dionisiaca, responde a manifestaciones diversas de una misma esencia. A partir de este planteamiento, los extraños habitantes de la ciudad dionisiaca viven una moral no represiva, basada en la idea de que cualquier forma de espontaneidad erótica es moralmente positiva. Las restantes historias se plantean a partir de una interacción entre diversos planos de lo real, con la posibilidad de vivir al mismo tiempo experiencias contradictorias en distintas escalas de tiempo. Robert Silverberg, presidente de la Sociedad Americana de Escritores de Ciencia-Ficción, nos ofrece en este volumen un conjunto de narraciones dominadas por sus preocupaciones básicas: la posibilidad de mundos paralelos y la relatividad de las nociones éticas fundamentales.



Robert Silverberg

La fiesta de Baco

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 26

ePub r1.0

Titivillus 29.01.15

Título original: *The Feast of St. Dionysus*

Robert Silverberg, 1973

Traducción: Beatriz Podestá - Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



LA FIESTA DE BACO

The Feast of St. Dionysus

Despertad, durmientes. El sueño es separación; la caverna de la soledad es la caverna de los sueños, la caverna del espectador pasivo. Estar despierto es participar en la fiesta, en la gran comunión, con la carne y no con la fantasía.

NORMAN O. BROWN: *Love's Body*

Éste es el amanecer del día de la Fiesta. Oxenshuer sabe, aproximadamente, qué debe esperar, porque ha espiado a los niños en sus catecismos. Algunos de los adultos le han hecho indicaciones y ha hablado largamente con el sumo sacerdote de esta extraña y apocalíptica ciudad. Y, sin embargo, pese a todos los conocimientos pacientemente reunidos, en realidad no sabe nada del acontecimiento de hoy. ¿Qué sucederá? Vendrán a buscarle Matt, que ha sido designado hermano suyo, y Will y Nick, que son sus patrocinadores. Lo conducirán por el laberinto hasta el lugar del santo, hasta la casa del dios, en el centro de la ciudad. Le darán vino hasta saciarlo, hasta que sus mejillas y su barbilla chorreen y su túnica esté manchada de rojo. Y él y Matt lucharán, en una especie de contienda, de lucha libre, de enfrentamiento; aún no sabe si será real o simbólica. Lucharán ante toda la comunidad. ¿Qué más, qué más? Habrá himnos al santo, al dios... el dios y el santo son uno, Dionisos y Jesús, cada uno un aspecto del otro. Cada uno una manifestación de la divinidad que llevamos dentro de nosotros, ha dicho el Orador. Jesús y Dionisos, Dionisos y Jesús, dios y santo, santo y dios, ¿qué importan las palabras? Ha oído a la gente cantar:

Éste es el dios que arde como el fuego,
éste es el dios cuyo nombre es música,
éste es el dios cuya alma es vino.

Fuego. Música. Vino. El fuego que cura, el fuego que une, en el que todas las cosas se volverán una sola. Junto a su resplandor irregular beberá, beberá y beberá; danzará, danzará y danzará. Quizás haya alguna clase de encuentro sexual —una orgía, quizá— porque el sexo y la religión están estrechamente unidos para estas gentes: una comunión de la carne abriendo el camino a la comunicación de los espíritus.

Voy a la casa del dios y su fuego me consume,
grito el nombre del dios y su trueno me ensordece,
tomo la copa del dios y su vino me disuelve.

¿Y entonces? ¿Y entonces? ¿Acaso podría saber qué pasará antes de que haya pasado? «Entrarás en el océano de Cristo», le han dicho. ¿Un océano? ¿Aquí, en el desierto de Mojave? Bueno, un océano figurado, un océano metafórico. Aquí todo es metáfora. «Dionisos te llevará hasta Jesús», le dicen. Ve, niño; nada hasta Dios. Jesús aguarda. El santo, el santo loco, el viejo dios borracho que es su santo, el loco y santo dios que suprime los muros y hace que todas las cosas sean una, te conducirá a la bienaventuranza, querido John, querido y fatigado John. Entrega tu alma con alegría a Dionisos el Santo. Vuelve a ser uno en su bendito fuego. Has estado dividido mucho tiempo. ¿Cómo puedes yacer muerto en Marte y andar, vivo, por la Tierra?

Cúrate, John. Éste es el día.

Desde Los Ángeles, la antigua carretera de San Bernardino se dirige hacia el Este, atraviesa suburbios de plástico, atraviesa Alhambra y Azusa, pasa por la sucursal de Covina Hills del cementerio de Forest Lawns, y roza San Bernardino, que crece como una colonia de hongos y se está transformando en un pequeño Los Ángeles, pero no tan pequeño. La carretera continúa y entra en el desierto como un cinturón gris y plano, separando las colinas secas y marrones. Ésta era la ruta que John Oxenshuer había elegido, finalmente, para huir. No estaba buscando ningún sitio en particular; sólo iba a la caza de un lugar seco, un lugar arenoso, un lugar donde pudiera estar solo: necesitaba recrear, durante las que bien podían ser las últimas semanas de su vida, algunos aspectos del

árido Marte. Después de considerar varias posibilidades, se fijó en aquella ruta, atraído por la forma en que la carretera parecía perderse en el desierto, al norte del mar de Saltón. Hasta en aquella época supercivilizada, un hombre podía desaparecer fácilmente allí.

A última hora de una tarde de noviembre, dos semanas después de su cuadragésimo cumpleaños, cerró el departamento que había alquilado en el boulevard Hollywood, y sin despedirse de nadie condujo sin prisa hasta la carretera. Allí, entregó el control a la red electrónica de carreteras, que se apoderó de su auto y lo metió en la corriente de tránsito. La red lo controló hasta Covina. Cuando vio que la colina cubierta de estatuas de Forest Lawn se acercaba a su derecha, se preparó para volver a conducir. Una milla más allá del vasto cementerio, una señal luminosa le avisó que debía hacerse cargo del volante. El coche continuó deslizándose a la velocidad de 140 kilómetros por hora. A cada momento, el pasado reciente se desprendía de él, poco a poco.

¿Es posible ahogarse en un desierto? Vamos a intentarlo, Dios. Haré un trato contigo. Tú dejas que me ahogue aquí. ¿De acuerdo? Y yo me entregaré a ti. Deja que me hunda en la arena, deja que me bañe en ella, deja que lave el Marte que llevo en mi alma; deja que me ahogue, Dios, deja que me ahogue. Libérame de Marte y seré tuyo, Dios. ¿De acuerdo? Ahógame en el desierto y me rendiré, por fin. Me rendiré.

Al atardecer estaba en Banning. Súbitamente, algún gesto de despedida a la civilización le pareció apropiado y se arriesgó a detenerse para cenar en un pequeño restaurante mexicano. Estaba lleno de familias que habían salido a cenar y Oxenshuer temió que lo reconocieran. Mira, gritaría alguien, allí está el astronauta de Marte, ¡el que regresó! Pero, por supuesto, nadie lo descubrió. Se había dejado crecer unos bigotes espesos y rubios que casi borraban sus labios finos y tensos. Su cuerpo delgado, de hombros anchos, ya no tenía el porte erguido del astronauta. En los diecinueve meses que habían pasado desde su retorno del planeta rojo había comenzado a encorvarse un poco, a cultivar una redondez en la parte alta de la espalda, como si algún peso colgado de su esternón tirara de él hacia delante y hacia abajo. Además, los hombres del espacio son olvidados con rapidez. ¿Cuánto tiempo habían sido

recordados los nombres de los heroicos exploradores lunares de su niñez? Borman, Lovell y Anders. Armstrong, Aldrin y Collins. Scott, Irwing y Worden. Cada uno de ellos tuvo unas ruidosas semanas de fama y luego desapareció en las páginas borrosas de un almanaque; todos, quizás, excepto Armstrong. Los niños lo estudiaban en la escuela. El paso que dio lo transformaría en una figura mítica, junto con Colón y Magallanes. Pero ¿y los otros? Olvidados. Sí. Los héroes de ayer. Oxenshuer, Richardson y Vogel. ¿Quiénes? Oxenshuer, Richardson y Vogel. Ése que está allí, comiendo tamales y enchiladas y bebiendo una botella de Doble-X, es Oxenshuer, el que regresó. ¿Y los otros dos? Murieron. ¿Dónde murieron, papaíto? Murieron en Marte, pero Oxenshuer regresó. ¿Cómo se llamaban? Richardson y Vogel. Murieron. ¡Oh! En Marte. ¡Oh! Y Oxenshuer no.

¿Cómo se llamaban?

Sin ser reconocido, olvidado y a salvo, Oxenshuer terminó su cena y volvió a la carretera. Ya era de noche. La luna estaba casi llena. Las montañas, claramente delineadas contra la oscuridad, relucían con un resplandor cobrizo. No hay luz de luna en Marte, excepto el débil y apresurado brillo de Fobos, eclipsándose y apareciendo en su nerviosa trayectoria de Oeste a Este. Fobos le pareció inquietante; tampoco le gustó el tembloroso Deimos, que parecía una estrella, un puntito de luz desplazándose como un cohete. Oxenshuer siguió conduciendo, dejando atrás las zonas cubiertas de urbanizaciones y entrando en el verdadero desierto, salpicado aquí y allá por ciudades balnearias: Palm Springs, Twentynine Palm, Desert Hot Springs. Enormes carteles lo invitaban a los aburridos placeres de baños y saunas, Ignoró esas tentaciones sin dificultad. Lo que buscaba era la sequedad.

Cuando sobrepasó Indio yendo hacia el Este, comenzó a buscar un sitio para abandonar el coche, pero aún estaba demasiado cerca del límite sur del Monumento nacional al Joshua Tree y no quiso acampar cerca de ninguna zona que pudiera estar vigilada por los guardias rurales. De modo que siguió conduciendo hasta que la luna estuvo alta. Se internó en la comarca de Chuckwalla, donde no lo separaban de la frontera de Arizona más que dunas, montañas y lechos de lagos resecos. En una zona donde el terreno parecía relativamente plano disminuyó la velocidad casi hasta detenerse,

apagó las luces y se salió con suavidad del camino, en dirección Noreste. Tuvo que aferrarse al volante con fuerza, al rebotar sobre el terreno irregular. A medio kilómetro de la carretera, Oxenshuer llegó a una cuenca inclinada y poco profunda, el lecho seco de un antiguo lago. Se metió dentro, hasta que no pudo ver las largas manchas amarillas de las luces en la carretera, y supo que estaba por debajo de la línea visual de los vehículos que pasaban. Apagó el motor, cerró con llave el coche —¡un extraño remilgo allí, en medio de la nada!—, sacó su mochila del maletero, se la colocó en la espalda y, sin mirar atrás, echó a andar hacia la vaciedad que había al Norte.

Mientras anda, compone una carta que no enviará jamás.

Querida Claire: Ojalá hubiese podido despedirme de ti antes de marcharme de Los Angeles. Fue lo único que lamenté: dejar la ciudad sin decírtelo. Pero tenía miedo de ir a verte. Me mantuve alejado de ti. Dices que no me guardas rencor por la muerte de Dave, que no puede haber sido culpa mía, y por supuesto tienes razón. Sin embargo, no me atrevo a enfrentarme contigo, Claire. ¿Por qué? ¿Por qué dejé el cuerpo de tu marido en Marte y el remordimiento me está ahogando? Pero un cuerpo es sólo una cáscara, Claire. El cuerpo de Dave no es Dave y yo no podía hacer nada por Dave. ¿Qué es, entonces, lo que se interpone entre nosotros? ¿Es mi amor, Claire, mi amor culpable por la viuda de mi amigo? ¿Eh? Ese amor es sal en mis heridas, ese amor es arena en mi garganta, Claire. Claire. Claire. Nunca podré decirte nada de esto, Claire. Nunca lo haré. Adiós, Reza por mí. ¿Rezarás?

Sus años de agotador entrenamiento en la NASA para ir a Marte le fueron muy útiles ahora. Fortalecido por antiguas disciplinas se movía velozmente, sin esfuerzo, pese a los veinte kilos que llevaba a la espalda. La irregularidad del suelo no lo molestaba. El frío cortante del aire, tampoco, aunque vestía ropas ligeras: un pantalón, una camisa, una delgada chaqueta de algodón. La soledad, lejos de oprimirlo, era una fuente de energía para él: a un par de cientos de kilómetros de distancia, en Los Ángeles, podía vivirse en la novena década del siglo XX, pero aquél era un reino prehistórico, fuera del tiempo, no marcado por el hombre, y su espíritu se expandía en su voluntario aislamiento. Se podía pensar que cada marca de sus pisadas era el primer toque humano que

había sentido aquella tierra. El sentido de culpabilidad, gris y persistente, que pesaba sobre él desde su regreso de Marte resultaba menos pesado allí, una vez franqueado el límite de la civilización.

Aquellas tierras áridas eran lo más semejante a Marte en la Tierra. No lo suficientemente parecidas, porque demasiadas cosas quebraban la ilusión: la gran luna brillante, llena de cicatrices, la succulenta vegetación terrestre, el tirón de la gravedad de la Tierra y el débil resplandor blanco a la izquierda del horizonte, que imaginaba emanado por las ciudades de la costa. Pero era la más parecida a Marte que tenía a su alcance. El altiplano peruano hubiese sido mejor, pero no había manera de llegar al Perú.

Una aproximación. Sería suficiente.

Un recorrido de una docena de kilómetros, por lo menos, no llegó a fatigarlo, pero decidió, poco después de las doce, acampar el resto de la noche. El lugar que escogió era un pequeño llano rectangular limitado al Norte y al Sur por cactus ominosos y llenos de pinchos —chollas y chumberas—, y al Este por unos espesos matorrales. Hacia el Oeste, un amplio abanico de piedras de aluvión descendía de las colinas cercanas. La luz de la luna, rastrillando el área con fuerza, subrayaba todos los contrastes y contornos: las sombras de los cactus eran oscuros pozos sin fondo, y las sendas de las alimañas —lagartijas y ratas canguro— formaban profundos cañones en la arena. Cuando dejó caer la mochila en el suelo, dos ratas sorprendidas, que estaban hurgando en el matorral, notaron finalmente su presencia y huyeron buscando refugio dando saltos alocados, frenéticas pero delicadas. Oxenshuer les sonrió.

En el vigésimo día de la misión, Richardson y Vogel salieron, tal como estaba planeado, para la excursión más larga del programa, el viaje de noventa kilómetros hasta Gulliver. Ya era hora, murmuró Dave Vogel, cuando finalmente la autorización EVA les llegó flotando desde el lejano Control de Misión. Durante los ocho meses del viaje desde la Tierra, mientras la cara color ladrillo de Marte crecía pacientemente en sus escotillas, habían discutido acerca del momento elegido para la gran excursión marciana. El debate había empezado seis meses antes del lanzamiento. Vogel, insistiendo en que la expedición era el proyecto científico más importante de la misión, había querido hacerla antes de que algún accidente les obligara a anularla. No importaba que la agenda la situara en el día

número veinte. La agenda era demasiado conservadora. Podemos ignorar el Control de Misión, dijo Vogel. Si no les gusta, que nos regañen cuando volvamos a casa. Pero Bud Richardson no estaba de acuerdo. Houston sabe lo que hace, repetía. Siempre se ponía del lado de la autoridad. Primero tendremos que acostumbrarnos a trabajar en Marte, Dave, efectuando tareas de rutina y trabajando cerca del lugar de aterrizaje, mientras nos aclimatamos. ¿Qué prisa tenemos? De todos modos, deberemos quedarnos un mes aquí, hasta que se abran las ventanas para la vuelta. ¿Por qué desobedecer la agenda? Los científicos saben lo que hacen y quieren que sigamos el orden establecido, dijo Richardson. Vogel, testarudo, ansioso, indignado, pensó que encontraría un aliado en Oxenshuer. Vota conmigo, John. ¡No me digas que te preocupa Control de Misión! Dos contra uno, y Bud hubiese tenido que rendirse. Pero, curiosamente, Oxenshuer apoyó a Richardson. Prefería no apartarse de la agenda. En cualquier caso, él no participaría de la larga excursión; había sacado la paja más corta y se quedaría siempre en la nave. Entonces, ¿cómo podía votar la modificación de una agenda cuidadosamente preparada y enviar a Richardson contra su voluntad a una aventura arriesgada y quizá mal preparada? No, dijo Oxenshuer. Lo siento, Dave; no me corresponde decidir esas cosas. De todos modos, Vogel apeló a Control de Misión y Control de Misión dijo: Esperad hasta el día veinte, muchachos. El día veinte, Richardson y Vogel se pusieron sus trajes y salieron. Era la novena EVA de la misión, pero la primera que llevaría a alguien a más de dos kilómetros de la nave.

Oxenshuer siguió en el monitor a sus compañeros desde su seguro nicho en la cabina de control. La pequeña pantalla del video le mostró las huellas de su tortuga, empequeñeciéndose en la oscura llanura roja. Eligieron bien tu nombre, viejo Marte. La sangre de soldados caídos mancha tu suelo. Tus colinas son del color de las llamas que tiñen las ciudades conquistadas. Sacudiéndose, mientras atravesaba el Lacus Solis en dirección al Oeste, Vogel hacía largos comentarios. Hay montones de nada muerta por aquí, Johnny. Es tan malo como la Luna. Pero el color resulta más bonito. ¿Me oyes? Te oigo, dijo Oxenshuer. La tortuga era como un submarino montado en unas ruedas absurdas y gigantescas. Trotando, trotando, trotando, evitando cráteres y barrancos, crestas y declives.

Deteniéndose de vez en cuando, para que Richardson pudiera guardar un par de muestras geológicas en su saco. Después, adelante, hacia el Oeste, hacia el Oeste. Se dirigían torpemente hacia el lugar donde, casi diez años antes, la nave no tripulada Ares IV Mars Lander había rascado algunos microorganismos marcianos de la superficie con la máquina de tomar muestras Gulliver.

* * *

«Gulliver» es una cámara de cultivo que se inocular a sí misma una muestra del suelo. La muestra se obtiene mediante dos tiras de cordel de barrilete de siete metros y medio de longitud, enrolladas sobre pequeños proyectiles. Cuando los proyectiles son disparados, los cordeles se desenrollan y caen en tierra. Entonces, un pequeño motor que hay dentro de la cámara los recoge, junto con las partículas de tierra adheridas. La cámara contiene un medio de cultivo cuyos elementos nutritivos orgánicos están clasificados con carbón radiactivo. Cuando ese medio es inoculado, los microorganismos que lo acompañan metabolizan los compuestos orgánicos y liberan dióxido de carbono radiactivo. Éste llega a la entrada de un contador Geiger, que mide la radiactividad. El desarrollo de los microbios hace que la tasa de producción de dióxido de carbono aumente de forma exponencial, lo que constituye una indicación de que el gas se está formando biológicamente. También está prevista la inyección, durante el proceso, de una solución que contiene un veneno metabólico que puede ser usado para confirmar el origen biológico del dióxido de carbono, y para analizar la naturaleza de las reacciones metabólicas.

* * *

Durante toda la tarde, la tortuga atravesó la llanura, y el cielo pasó del púrpura oscuro al negro total. Las estrellas, que en Marte no titilan, y son visibles hasta de día, se volvieron más brillantes a medida que pasaban las horas. Apareció Fobos, a toda velocidad, y después llegó rondando el pequeño Deimos, y Oxenshuer,

paseándose por la nave, midió esto y aquello, vigiló la pantalla y escuchó la charla de Dave Vogel. Control de Misión hacía comentarios de tanto en tanto. Y durante esas horas, la temperatura marciana comenzó su diario descenso por la escala celsius. A mil kilómetros de distancia, se produjo, de forma inesperada, una inversión de gradientes termale, que originó fuertes corrientes en la tenue atmósfera marciana, arrancando motas de arena roja de las colinas y empujando salvajes nubes escarlata hacia el Este, hacia Gulliver. A medida que la tormenta de arena se volvía más intensa, los satélites de observación en órbita alrededor de Marte la registraron y enviaron fotografías a la Tierra. Después de la demora normal en la transmisión, la tormenta fue debidamente anotada en Control de Misión como un peligro potencial para los hombres que iban en la tortuga, pero por alguna razón —las investigaciones de la NASA no lograron encontrar el culpable de tan inexplicable fallo en las comunicaciones—, nadie envió la necesaria advertencia a los tres astronautas en Marte. Dos horas después de haber terminado su solitaria cena a bordo de la nave, Oxenshuer oyó decir a Vogel:

—Bueno, Johnny, finalmente hemos llegado a Gulliver, y en cuanto instalemos las luces saldremos a ver qué demonios hay aquí.

Después, la tormenta descargó con toda su furia. Oxenshuer no supo nada más de sus dos compañeros.

Cuando acampó para pasar la noche, sacó en primer término de su mochila su baliza de servicio, uno de sus recuerdos de la NASA. A la luz verde e inextinguible del lustroso instrumento, extendió su saco de dormir en el sitio más plano y desprovisto de guijarros que encontró; luego, descubriendo que no tenía sueño, se puso a armar su alambique solar. Aunque ignoraba cuánto tiempo iba a pasar en el desierto —una semana, un mes, un año, siempre—, había llevado consigo alimentos concentrados para un mes, pero sólo una cantimplora de agua, con la que calmaría su sed durante la primera noche. No contaba con encontrar allí pozos ni arroyos, como no había contado con eso en Marte. A diferencia de las ratas canguro, capaces de vivir indefinidamente comiendo grano seco y produciendo agua metabólicamente, oxidando hidratos de carbono, Oxenshuer no podía prescindir por completo del agua. Pero el alambique solar lo sacaría de apuros.

Comenzó a cavar.

Metódicamente, formó un agujero cónico de un metro de diámetro y medio metro de profundidad, y colocó una jarra de cuello ancho en el punto más profundo. Juntó trozos de cactus y rompió palas de chumbera, ignorando las chollas llenas de espinas, y los colocó en los costados del pozo. Luego, lo cubrió con una hoja de plástico transparente sujeta con piedras, de modo que el plástico estuviera en contacto con la tierra sólo en los bordes del pozo y colgara a pocos centímetros de los trozos de cactus y de la jarra. El trabajo le llevó veinte minutos. La energía solar haría el resto: cuando la luz del sol pasara a través del plástico y calentara la tierra y las plantas, se evaporaría agua, se condensaría en gotitas en la parte inferior del plástico y gotearía dentro del jarro. Con cactus tan jugosos como aquellos podía contar con un litro diario de agua dulce en cada pozo que excavara. El alambique era un equipo de emergencia, concebido para ser usado en Marte. Allá no había servido para nada, pero Oxenshuer no temía quedar en seco en aquel desierto, mucho más hospitalario.

Ya estaba bien. Se quitó los pantalones y se metió en el saco de dormir. Por lo menos, estaba donde quería estar: encerrado, protegido, pero al mismo tiempo solo, no rodeado, lejos de su pasado, en un mundo seco.

No podía dormir; su cerebro funcionaba activamente. Las imágenes de los últimos años flotaban con insistencia y debían ser purgadas, una por una. Para empezar, la cara de su esposa. (¿Esposa? No tengo esposa. Ahora no). Le costaba recordar los rasgos de Lenore, la forma de su nariz y la curva de sus labios, pero todavía cargaba con la sensación de que existía. ¿Cuánto tiempo habían estado casados? Once años, ¿no? ¿Doce? ¿Cuál era la fecha del aniversario? ¿El 30 de marzo, el 31? Estaba seguro de que la había amado.

¿Qué sucedió? ¿Por qué rechazó el contacto con ella?

—No, por favor, no hagas eso. Todavía no puedo.

—Hace tres meses que has vuelto a casa, John.

Sus ojos verdes, tristes. Su sonrisa tierna. Ahora era una desconocida. La cara de su ex-esposa se transformó en bruma y la bruma se congeló, formando la cara de Claire Vogel. Una imagen más definida: ojos oscuros y brillantes, boca estrecha, mejillas delgadas, enmarcadas por mechones sueltos de cabello oscuro. La

viuda de Vogel, llevando su pena con dignidad y tratando de consolarlo.

—Lo siento, Claire. Desaparecieron. Eso fue todo. No pude hacer nada.

—John, John, no fue culpa tuya. No te pongas así.

—Ni siquiera pude encontrar sus cuerpos. Quise buscarlos, pero no había más que arena por todas partes; arena, polvo, cráteres, confusión. Ni señales ni marcas; era imposible, Claire, era imposible.

—No importa, John. ¿Qué importan los cuerpos? Hiciste lo que pudiste; lo sé. Sus palabras lo reconfortaron, pero no lo absolvieron de su culpa. Su beso —ligero, casto— lo inquietó. La presión de sus grandes pechos contra el suyo le hizo temblar. Recordó a Dave Vogel, a mitad de camino de Marte, hablando con amor de los pechos de Claire. Sus jarras, los llamaba. ¡Chico, si pudiera poner las manos sobre las jarras de mi mujer en este momento! Y Bud Richardson, más enfadado que divertido, le dijo que ya bastaba, que no conjurara fantasías que no podrían ser satisfechas hasta que pasara un año.

Claire se desvaneció de su mente, empujada por el brillo de los flashes. Las cámaras flotantes, suspendidas en el aire, lo estudiaban desde todos los ángulos. Las caras tensas y serias de los periodistas trataban de desenterrar rasgos de humanidad. ¡Miren al solitario superviviente de la expedición a Marte! ¡Miren sus ojos torturados! ¡Miren sus mejillas chupadas! Allí está el Presidente en persona, muchachos, ¡deseando la bienvenida a John Oxenshuer! ¡Qué pensamientos deben atravesar la mente de este hombre, el único ser humano que anduvo por las arenas de un mundo extraño y volvió a nuestro planeta cotidiano! ¡Cuánto debe sentir la tragedia de los dos astronautas que dejó allí! Allí va, allí va John Oxenshuer, entrando en la cámara de información...

Sí, los interrogatorios. El coronel Schmidt, el doctor Harkness, el comandante Thompson, el doctor Burdette, el doctor Horowitz, ordenando datos. Sus voces cuidadosamente suaves, sus modales informales, sus ojos, todos iguales, traicionando sus obsesiones.

—Otra vez, por favor, capitán Oxenshuer. Dejó de recibir la señal, ¿no? Y después la otra línea quedó muerta y dejó de recibir telemetría. ¿Y entonces?

—Entonces hice una medición direccional. Efectué una exploración térmica y tripliqué los infrarrojos. Fijé una cuerda salvavidas a la toma de muestras y salí a buscarlos. Pero el alcance de la toma era de sólo diez kilómetros y la tormenta de polvo, demasiado fuerte. La tormenta de polvo. Era horrible. Me alejé quinientos metros y ustedes me ordenaron que volviera a la nave. Yo no quería volver, pero me lo ordenaron.

—No queríamos perderlo a usted también, John.

—Pero quizá no era demasiado tarde en aquel momento. Quizá.

—No había forma de que llegara hasta ellos en un vehículo de corto alcance.

—Hubiera encontrado la forma de recargarlo. Si me hubieran dejado. Si la arena no se hubiese arremolinado a mi alrededor de esa forma. Sí. Sí.

—Creo que ya hemos cubierto este punto.

—Sí. ¿Podemos pasar a los datos topográficos, capitán Oxenshuer?

—Por favor. Por favor. En otro momento.

Pasaron tres días antes de que advirtieran su estado. Seguían pensando que era el antiguo John Oxenshuer, el que se divertía, durante el entrenamiento, invirtiendo los datos de su simulador de aterrizajes sólo por bromear; el que había conectado el micrófono del secretario de Defensa antes de una conferencia de prensa en Houston; el que había cantado villancicos indecentes en una piadosa fiesta navideña para las familias de los astronautas de 1986. Ahora, viéndolo oscuro y metido en sí mismo, terminaron por llegar a la conclusión de que había sido transformado por Marte, y finalmente lo enviaron al equipo psiquiátrico principal, constituido por Mendelson y McChesney.

—¿Cuánto tiempo hace que se siente así, capitán?

—No lo sé. Desde que murieron. Desde que salí hacia la Tierra. Desde que penetré en la atmósfera terrestre. No lo sé. Quizás haya empezado antes. Quizá siempre estuve así.

—¿Cuáles son los síntomas habituales de la perturbación?

—No quiero ver a nadie. No quiero hablar con nadie. No quiero estar con nadie. Especialmente conmigo. Estoy harto de mi propia compañía.

—¿Cuáles son sus planes, ahora?

—Vivir tranquilamente y volver a la normalidad.

—¿Diría que lo que más le inquietó fue la duración del viaje, o la cantidad de tiempo que tuvo que pasar solo a la vuelta, o su pena por la muerte de...?

—Oiga, ¿cómo quiere que lo sepa?

—¿Quién podría saberlo mejor?

—Eh, yo no creo en ninguno de ustedes, ¿saben? Son quimeras. Váyanse. Desvanézcense.

—Nos han dicho que ha solicitado la baja y la máxima pensión por invalidez, capitán.

—¿Quién les ha dicho eso? Es una sucia mentira. Estaré bien dentro de poco. Volveré al servicio activo antes de Navidad, ¿se enteran?

—Claro, capitán.

—Váyanse. Desaparezcan. ¿Quién los necesita?

—John, John, no fue culpa tuya. No te pongas así.

—Ni siquiera pude encontrar sus cuerpos. Quise buscarlos, pero no había más que arena por todas partes; arena, polvo, cráteres, confusión. No había señales ni marcas; era imposible, Claire, era imposible.

Las imágenes se rompían, se desvanecían, se marchaban. Vio puntos luminosos sueltos girando sobre su cabeza, el caleidoscopio de los cielos, todo el despliegue sicodélico de la astronomía, ondulando y girando, y luego el cielo se calmó y no quedó más que la cara de Claire y el diminuto disco rojo de Marte. Los acontecimientos de diecinueve meses se contrajeron, concentrándose en un punto luminoso de tiempo, se volvieron nada, desaparecieron. El silencio y la oscuridad lo envolvieron. Yaciendo tenso y rígido en el desierto, miró con desafiante fijeza a Marte, cerró los ojos, borró el disco rojo de la pantalla de su mente y lenta, gradualmente, a pesar suyo, se rindió al sueño.

Unas voces lo despertaron. Voces masculinas, bajas y profundas, que hablaban de él en un zumbido indistinto. Vaciló un momento en la frontera del sueño y la realidad, inseguro de sus percepciones, dudando de su capacidad de respuesta; luego, sus reflejos militares se hicieron cargo de él y despertó instantáneamente, abriendo los ojos, sentándose con un rápido movimiento, poniéndose de pie en el

siguiente y colocándose en posición defensiva.

Juzgó la situación. Faltaba una media hora para el amanecer. Las cimas de las montañas, hacia el Oeste, estaban manchadas de rosa. Había tres hombres de pie, detrás mismo del lugar donde había montado la baliza. El más bajo le igualaba en estatura, y todos estaban tostados por el desierto, eran fuertes y presentaban aspecto decidido. Llevaban los cabellos y las barbas largos e iban vestidos de forma rara, como pastores, con túnicas sueltas de muselina o algodón verde. Aunque sus expresiones eran francas y amistosas y no parecían llevar armas, Oxenshuer se sintió turbado al comprender que era vulnerable en aquel desierto, y su presencia le pareció amenazante. Su intrusión en su aislamiento le irritaba. Los miró con desconfianza, balanceándose sobre la punta de los pies.

Uno, más alto que los otros, un hombre enorme de ojos azules y mejillas rellenas, dijo:

—Tranquilo. Vamos, tranquilo. Parece que quieres pelear.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

—Vinimos a ver si estaba bien. ¿Se perdió? —Oxenshuer señaló su ordenado campamento, su mochila, su saco de dormir.

—¿Tengo aspecto de haberme perdido?

—Está muy lejos de cualquier parte —dijo el que estaba más cerca de Oxenshuer, un rubio despeinado que llevaba un parche en un ojo.

—¿Sí? Creía estar a poca distancia de la carretera. —Los tres hombres se echaron a reír.

—No tiene ni idea de dónde está, ¿verdad? —preguntó el tuerto. Y el tercero, de barba oscura y nariz aguileña, le invitó:

—Mire hacia allá.

Señalaba detrás de Oxenshuer, hacia el Norte. Lentamente, sospechando un truco, Oxenshuer se volvió. La noche anterior, en la oscuridad iluminada por la luna, el terreno parecía llano y vacío en aquella dirección, pero ahora veía dos mesetas a pocos cientos de metros de distancia, y entre ambas, una empalizada de madera. Detrás de ésta eran visibles los techos bajos de unos edificios, teñidos de rosa y naranja por el amanecer. ¿Un poblado allí? En el mapa no había nada, y por su aspecto era un pueblo de dos mil o tres mil habitantes. Se preguntó si habría sido transportado durante

la noche, por arte de magia, a otra parte más alejada del desierto. Pero no: allí estaba el alambique solar, allí estaban el matorral y los cactus. Frunciendo el ceño, Oxenshuer inquirió:

—¿Qué es ese sitio?

—La Ciudad de la Palabra de Dios —informó con calma el de la nariz ganchuda.

—Tiene suerte —dijo el tuerto—. Ha llegado hasta nosotros casi a tiempo para la fiesta de san Dionisos. Cuando todos los hombres se vuelven uno. Cuando todas las enfermedades se curan.

Oxenshuer comprendió. Fanáticos religiosos. Un retiro secreto en el desierto, En el Estado proliferaban los cultas apocalípticos en gran número, ahora que el fin del siglo estaba a sólo diez años de distancia y las fiestas del milenario se acercaban. Frunció el ceño. Sentía el desagrado innato de la gente del Este por la irracionalidad californiana.

Echando mano a sus reservas de lejano catolicismo, observó con ligereza:

—¿No querrá decir san Dionisio? ¿Con i? Dionisos era el dios griego del vino.

—Dionisos —confirmó el de los grandes ojos azules—. Dionisio es otro, un francés; hemos oído hablar de él. Queremos decir Dionisos.

Extendió la mano.

—Me llamo Matt, señor Oxenshuer. Si se queda para la fiesta, yo seré su hermano. ¿Qué le parece? —El sonido de su nombre lo sobresaltó.

—¿Han oído hablar de mí?

—¿Hablar de usted? Bueno, en realidad no. Miramos en su cartera.

—Venga con nosotros —propuso el tuerto—. No quiero perderme el desayuno.

—Gracias, pero creo que no aceptaré la invitación. Vine aquí para alejarme de la gente por un tiempo.

—Nosotros también —dijo Matt.

—Ha sido llamado —aclaró el tuerto con voz ronca—. ¿No lo entiende, hombre? Ha sido llamado a nuestra ciudad. No vino aquí por accidente.

—¿No?

—No hay accidentes —manifestó Nariz Ganchuda—. Nunca. En el regazo de Jesús, ni uno. Lo que está escrito, está escrito. Usted fue llamado, señor Oxenshuer. ¿Puede afirmar lo contrario?

Apoyó ligeramente la mano en el brazo de Oxenshuer.

—Venga a nuestra ciudad. Venga a la Fiesta. Oiga, ¿por qué quiere sentir miedo?

—No tengo miedo. Sólo busco la soledad.

—Bueno. Lo dejaremos solo, si eso es lo que quiere. ¿Verdad, Matt? ¿Verdad, Will? Pero no puede decir que no a nuestra ciudad. A nuestro santo. A Jesús. Venga, vamos. Will, lleva su mochila. Que llegue a la ciudad sin ninguna carga.

Los rasgos acusados y severos de Nariz Ganchuda estaban suavizados por el brillo de su fervor. Sus ojos oscuros resplandecían. Una extraña y persuasiva calidez pasó de él a Oxenshuer.

—No dirá que no. No lo hará. Venga a cantar con nosotros. Venga a la Fiesta.

¿Y bien?

—¿Y bien? —preguntó Matt.

—Para dejar su carga —dijo el tuerto Will—. Para unirse a los cánticos. ¿Y bien?

—Iré con ustedes —dijo finalmente Oxenshuer—. Pero mi mochila la llevaré yo.

Se hicieron a un lado y aguardaron en silencio mientras reunía sus cosas. En diez minutos, todo estuvo en orden. El sol iluminaba de lleno la ciudad, ahora, y los tejados brillaban con un resplandor encendido por aquel flujo luminoso.

—Muy bien —dijo Oxenshuer, levantándose y cargando la mochila a la espalda—. Vamos.

Pero se quedó donde estaba, mirando fijamente adelante. Sentía la luminosidad dorada de la ciudad como una fuerza fieramente tangible en sus mejillas, como el calor que brota de un crisol de metal derretido. Encabezados por Matt, los tres hombres echaron a andar, en fila india, moviéndose con rapidez. Will, el tuerto, que iba atrás, se detuvo para mirar interrogativamente a Oxenshuer, que seguía inmóvil, en trance ante la visión de aquel brillo sobrenatural.

—Ya voy —murmuró Oxenshuer.

Siguiendo el ritmo que marcaban los demás, fue tras ellos ágilmente sobre el terreno árido y quemado, hacia la Ciudad de la

Palabra de Dios.

En el desierto costero del Perú hay lugares donde nunca se ha registrado lluvia. En la península de Paracas, a menos de veinte kilómetros al sur del puerto de Pisco, la arena roja carece de vegetación: ni una hoja, ni una cosa viva, ningún arroyo pasa por allí. El núcleo humano más próximo está a varios kilómetros de distancia, donde hay pozos que aprovechan las aguas subterráneas y crecen algunos juncos. No hay ninguna zona más árida en el hemisferio occidental; es el epítome de la soledad y la desolación. El paisaje psicológico de Paracas es muy parecido al de Marte. John Oxenshuer, Dave Vogel y Bud Richardson pasaron tres semanas acampados allí, en el invierno de 1987, probando sus equipos de emergencia y familiarizándose con la textura emocional del ambiente marciano. Bajo las arenas de la península se hallan los cuerpos resecos de un pueblo antiguo, desconocido para la historia, junto con algunos de los más maravillosos tejidos que haya visto el mundo. Los nativos, buscando objetos vendibles han saqueado las necrópolis de Paracas, y ahora los huesos de sus ocupantes yacen esparcidos en la superficie. El viento cubre y descubre alternativamente fragmentos de las telas más toscas, abandonadas por los excavadores, todavía fuertes y flexibles, después de casi dos milenios.

Los cuervos vuelan muy alto sobre el Mojave. Cogerían los huesos de cualquiera que muriese allí. No hay cuervos en Marte. Los muertos se transforman en momias, no en esqueletos, porque nada se pudre en Marte. Lo que muere en Marte queda enterrado en la arena, invulnerable al tiempo, imperecedero, eterno. Quizás algún arqueólogo, empeñado en una búsqueda, fútil pero inevitable, de los restos de las razas perdidas del antiguo Marte, encuentre los cuerpos resecos de Dave Vogel y Bud Richardson, bajo una duna de arena roja, dentro de diez mil años.

Vista de cerca, la ciudad parecía menos mágica. Su planta era redondeada y sus calles curvas formaban anillos concéntricos detrás de la pequeña empalizada, cuyo propósito era, evidentemente, simbólico: marcaba su contorno entre las mesetas. Los edificios eran casas bajas y estucadas de cinco o seis habitaciones, sin pretensiones ni distinción, todas similares sino idénticas en su

estilo: estructuras en tonos pastel, como se encuentran por todas partes en el sur de California. Parecían tener unos veinte o treinta años y su aspecto era poco elegante; estaban muy juntas y llegaban hasta la calle. No tenían jardines ni garajes. Amplias avenidas que se dirigían al centro del círculo cortaban los anillos de edificios cada pocos cientos de metros. Aquél parecía un distrito residencial, pero no se veía gente en las ventanas ni en las calles. Tampoco había coches aparcados; era como un plato cinematográfico, limpio, vacío y artificial. Los pasos de Oxenshuer resonaban con fuerza. El silencio y el surreal vacío lo inquietaban. Sólo algún que otro triciclo abandonado descuidadamente ante una casa daba pruebas de una presencia humana reciente.

A medida que se acercaban al núcleo de la ciudad, Oxenshuer vio que las avenidas se estrechaban y luego dejaban lugar a un laberíntico enredo de calles más pequeñas, tan intrincadas como las de cualquier antigua ciudad europea. Su enloquecedor trazado parecía deliberado y cuidadosamente diseñado, quizá con el propósito de proteger la zona central, separándola de la antiséptica y prosaica zona de casas de los anillos exteriores. Los edificios que bordeaban las calles del laberinto eran de carácter institucional: tenían tres o cuatro pisos y eran de ladrillo, con escasas ventanas y entradas estrechas y poco acogedoras. Parecían hoteles del siglo XIX; quizá fueran almacenes, lugares de reunión u oficinas municipales. Todos estaban desiertos. No había establecimientos comerciales a la vista, ni tiendas, ni restaurantes, ni bancos, ni compañías de seguros, ni teatros, ni puestos de periódicos. Quizás esas cosas estaban prohibidas en una teocracia. Oxenshuer sospechaba que eso era aquel lugar. Evidentemente, la ciudad no había evolucionado al azar de la libre empresa, sino que fue planeada, hasta el último callejón, para el uso exclusivo de un orden comunal cuyos miembros habían superado las necesidades burguesas de una ciudad corriente.

Matt los guió con paso seguro por el laberinto, eligiendo sin equivocarse las conexiones que los llevaban cada vez más cerca del centro. Giraba y doblaba abruptamente en cada cruce, sin volver nunca sobre sus pasos. Finalmente, se encaminaron por un pasaje apenas más ancho que la mochila de Oxenshuer y se encontró en una plaza inesperadamente amplia y grandiosa. Era un vasto

espacio abierto, donde había lugar para varios miles de personas, pavimentado con guijarros que brillaban a la cegadora luz del desierto. A la derecha había un edificio colosal de dos plantas, que abarcaba un lado entero de la plaza: trescientos metros, por lo menos. Era tan triste como un cuartel; una construcción deprimente y utilitaria de contra chapado y aluminio, pintada de color verde oscuro, pero en toda la pared que daba a la plaza había ventanas altas con vidrios de colores, tan incongruentes como gardenias rosadas floreciendo en un roble seco. Una imponente cruz de metal que se levantaba sobre el centro del techo a dos aguas lo sacó de dudas: era la iglesia de la ciudad. Enfrente, al otro lado de la plaza, había otro edificio igualmente enorme y construido según los mismos planos, pero evidentemente secular, ya que sus ventanas eran normales y no tenía cruz. En el lado más alejado de la plaza, frente al punto por donde habían entrado, se elevaba una estructura más pequeña, de piedra oscura, de un estilo gótico imposible, llena de bóvedas, torrecillas y arcos. Señalando por turno los edificios, Matt dijo:

—Allí está la casa del dios. Éste es el comedor. Aquel pequeño edificio de enfrente es la casa del Orador. Lo conocerás cuando desayunemos. Vayamos a comer.

... El capitán Oxenshuer y el comandante Vogel, que pasarán juntos el próximo año y medio, en el ambiente de lata de sardinas de su nave espacial, durante su viaje de ida y vuelta a Marte, no son precisamente extraños. Nacidos el mismo día —el 4 de noviembre de 1949— en Reading, Pennsylvania, crecieron juntos, fueron a la misma escuela y compartieron un dormitorio en Princeton. Salían con las mismas chicas, y fue el capitán Oxenshuer quien presentó al mandante Vogel a su futura esposa, Claire Barnes, en 1973. «En realidad, él me la birló», suele decir el alto y delgado astronauta a los periodistas, sonriendo para demostrar que no guarda rencor a su amigo. En cierto sentido, el comandante Vogel le devolvió el favor, ya que el capitán Oxenshuer se casó el 30 de marzo de 1978 con Lenore Reiser, prima hermana de su amigo, a quien conoció en la boda de éste. Después de obtener importantes títulos científicos —el capitán Oxenshuer se licenció en meteorología y mecánica celeste, el comandante Vogel en geología y navegación espacial—, ingresaron juntos en el programa espacial, en la primavera de 1979;

poco tiempo después fueron elegidos como miembros del grupo primitivo de treinta y seis hombres que se entrenaban para el primer vuelo tripulado al planeta rojo. Según sus compañeros astronautas, se distinguieron rápidamente por sus veloces e imaginativas respuestas a situaciones de tensión, por su brillante trabajo de equipo y también por sus compartidas preferencias por las travesuras y las bromas, que más de una vez les causaron problemas con jefes más convencionales de la NASA. Pese a alguna que otra reprimenda, eran considerados como la elección obvia para el primer viaje a Marte; su designación fue anunciada el 18 de mayo de 1985. El coronel Walter (Bud) Richardson, que fue nombrado comandante de la misión a Marte el mismo día, no comparte los antiguos vínculos que unen al capitán Oxenshuer y al comandante Vogel, pero ha estado estrechamente vinculado con ellos en el programa de astronavegación de los últimos diez años, y hace mucho que es su más íntimo amigo. El coronel Richardson, el tercero de los tres mosqueteros interplanetarios de este país, nació en Omaha, Nebraska, el 5 de junio de 1948. Desde la infancia deseó ser astronauta y...

Cruzaron la plaza, dirigiéndose al comedor. Después de cruzar la puerta se encontraron en un vestíbulo de paredes oscuras y techo bajo. Unas puertas de vaivén lo comunicaban con los salones. Por los cristales de las puertas, Oxenshuer pudo ver un amplio espacio, poco iluminado, a derecha e izquierda, en el que mucha gente de aspecto solemne, vestida con las mismas túnicas que llevaban sus tres compañeros, se sentaba ante largas mesas de madera desnuda, pasándose fuentes de comida. Nick dijo a Oxenshuer que se quitara la mochila y la dejara en el vestíbulo; nadie la tocaría, aseguró. Cuando iban a entrar, un chico de diez años se coló como un rayo por la puerta de la izquierda, chocando casi con Oxenshuer. El chico se detuvo a tiempo, retrocedió dos pasos, observó con desvergonzada curiosidad la cara de Oxenshuer y, sonriendo, señaló la barbilla afeitada de Oxenshuer, acariciando la suya propia, como indicando que era raro ver a un hombre sin barba. Matt lo cogió por los hombros y lo estrechó contra su pecho; Oxenshuer pensó que iba a propinarle un azote como castigo por su falta de respeto, pero no; Matt lo abrazó con ternura, lo balanceó en el aire y volvió a dejarlo cariñosamente en el suelo. El chico estrechó con rapidez los

poderosos antebrazos de Matt y salió corriendo por la puerta de la derecha.

—¿Su hijo? —preguntó Oxenshuer.

—Mi sobrino. Tengo doscientos sobrinos. Todos los hombres de esta ciudad son hermanos míos, ¿no? Así que todos los niños son mis sobrinos.

—¿Podría concederme unos minutos para hacerle una o dos preguntas, capitán?

—Si son realmente unos minutos. Tengo que estar en Control de Misión a las 08:30, y...

—Entonces me limitaré a un tema de gran importancia para nuestros lectores. ¿Cuáles son sus sentimientos ante la divinidad, capitán? Usted, como astronauta que pronto saldrá rumbo a Marte, ¿cree en la existencia de Dios?

—Según mi resumen biográfico, se sabe que voy a misa de vez en cuando.

—Sí, claro; sabemos que usted es católico practicante. Pero... Bueno, capitán, hay mucha gente que cree que para algunos astronautas la práctica religiosa es más un problema de relaciones públicas que de necesidades espirituales auténticas. No quiero ofenderlo, capitán, pero estamos tratando de averiguar la verdadera naturaleza de su relación, si es que la tiene, con la presencia divina, más bien que...

—De acuerdo. Me ha hecho una pregunta complicada y no veo ninguna respuesta sencilla. Si me está preguntando si creo literalmente en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, si pienso que Jesús bajó para salvarnos y fue crucificado por nosotros y al tercer día resucitó y subió al cielo, tengo que decir que no. Salvo en un sentido vago y metafórico. Pero sí creo en... ¡Ah...! Supongamos que creo en la existencia de una fuerza que organiza el universo, un poder de sublime sabiduría que mantiene la unidad, un principio de justicia subyacente al que llamamos Dios a falta de un nombre mejor. Y al que trato de acercarme, cuando siento la necesidad de hacerlo, por medio de la Iglesia católica, porque así lo aprendí en mi infancia.

—Ésa es una filosofía muy abstracta, capitán.

—Sí; abstracta.

—Su punto de vista es muy racionalista. ¿Usted diría que su frío

racionalismo es característico de todo el grupo de astronautas?

—No puedo hablar por todo el grupo. No salimos del mismo molde. Tenemos algunos chicos cien por cien americanos, que van todos los domingos a la iglesia y piensan que el mismo Dios escucha personalmente cada una de sus palabras; tenemos un par de ateos, aunque no le diré quiénes son, y no nos faltan otros muchachos a quienes tanto les da. Puedo decirle que también tenemos unos pocos místicos, algunos auténticos gurús. No se deje engañar por los uniformes y el pelo corto. Vaya, hay momentos en que yo mismo he sentido la atracción del misticismo.

—¿De qué modo?

—No estoy seguro. Es como una sensación de estar al borde de alguna clase de oportunidad cósmica. La conciencia de que puedan existir fuerzas reales fuera quede mi alcance; no abstracciones, sino entidades reales que funcionan con dinamismo, con las que podría sintonizar si pudiera encontrar la clave. Se sienten cosas así cuando se sale al espacio, por mucho que pienses que eres racionalista. Lo he sentido cuatro o cinco veces, en vuelos de entrenamiento, en misiones orbitales. Quiero sentirlo de nuevo. Quiero pasar. Quiero llegar a Dios, ¿me entiende? Quiero llegar a Dios.

—Pero acaba de decirme, literalmente, que no cree en Él, capitán. Eso suena contradictorio.

—¿Realmente?

—Sí, señor.

—Bueno, si es así, no pediré excusas. No tengo que pensar siempre de forma coherente; tengo derecho a algunas contradicciones. Soy capaz de creer en cosas diametralmente opuestas. Oiga, si quiero coquetear un poco con la locura, a usted ¿qué le importa?

—¿Con la locura, capitán?

—Locura. Sí. Es exactamente eso, amigo. Hay momentos en que Johnny Oxenshuer se cansa de ser tan jodidamente sensato. Puede ponerlo así mismo. ¿Entendió bien? Hay momentos en que Johnny Oxenshuer se cansa de ser tan jodidamente sensato. Pero no lo publique hasta que haya despegado hacia Marte, ¿eh? No quiero que me separen de esta misión por esquizofrenia incipiente. Quiero ir. Quizás esta vez encuentre a Dios allá arriba, ¿sabe? Quizá no. Pero quiero ir.

—Creo que comprendo lo que quiere decir, señor. Dios lo bendiga, capitán Oxenshuer. Que tenga un buen viaje.

—Seguro. Gracias. ¿Le he servido para algo?

Casi nadie lo miró —sólo algunos niños— mientras Matt lo conducía por el largo pasillo hacia la mesa que había en la plataforma, en el fondo del salón. La gente parecía extremadamente reservada, como si estuviera en posesión de algún maravilloso secreto del que Oxenshuer se hallara excluido para siempre, y como si pasarse las fuentes de comida le pareciera mucho más interesante que el forastero. Un olor a huevos revueltos dominaba el gran salón. Ese olor grasiento y pesado parecía crecer y expandirse hasta expulsar todo el aire. Oxenshuer descubrió que le faltaba la respiración y se apoderaron de él las náuseas. Sintió pánico. Nunca había imaginado que el olor de unos huevos revueltos pudiera inspirarle terror.

—Por aquí —dijo Matt—. Cálmate, hombre. ¿Te sientes bien?

Por último, llegaron a la mesa elevada. En ella se sentaban sólo hombres de aspecto digno y sereno, probablemente los ancianos de la comunidad. La cabecera de la mesa la ocupaba uno que tenía el aspecto inconfundible de un sumo sacerdote. Tenía bastante más de setenta años —u ochenta o noventa—, y su rostro curtido, de rasgos acusados, estaba lleno de surcos y arrugas. Sus ojos eran inteligentes e intensos y transmitían, al mismo tiempo, una fiera perseverancia y una cálida y generosa humanidad. De cuerpo pequeño, ágil, con un peso de cuarenta y cinco kilos como máximo, se sentaba muy erguido. Era un hombrecillo que imponía mucho. Un adorno metálico en el cuello de su túnica era, quizás, el distintivo de su rango. Inclinandose sobre el anciano, Matt dijo en tono exageradamente claro y fuerte:

—Éste es John. Me gustaría ser su hermano cuando llegue la Fiesta, si puedo. John, éste es nuestro Orador.

Oxenshuer había conocido a papas y presidentes y secretarios generales y, protegido por su propia celebridad, nunca se sintió torpe y cohibido. Pero allí no era una celebridad; no era nadie: un forastero, un desconocido, y se sintió perdido ante el Orador. Mudo, aguardó auxilio. El anciano dijo con una voz tan melodiosa y sonora como el sonido de un violonchelo:

—¿Te unirás a nuestra comida, John? Bienvenido a nuestra

ciudad.

Dos de los ancianos le hicieron un sitio en el banco. Oxenshuer se sentó a la izquierda del Orador; Matt, a su lado. Dos chicas de unos catorce años trajeron un cubierto: un plato de plástico, un cuchillo, un tenedor, una cuchara, un vaso. Matt le sirvió huevos revueltos, tostadas y salchichas. A su alrededor continuaba el clamor de la comida. El plato del Orador estaba vacío. Oxenshuer luchó contra las náuseas y se obligó a atacar los huevos.

—Tomamos todas las comidas juntos —dijo el Orador—. Ésta es una comunidad muy unida, a diferencia de todas las comunidades que conozco en la Tierra.

Una de las chicas que servían dijo amablemente:

—Con permiso, hermano —y estirándose sobre el hombro de Oxenshuer llenó su vaso de vino tinto.

¿Vino con el desayuno? Aquí se adora a Dionisos, recordó Oxenshuer. El Orador dijo:

—Te alojaremos. Te alimentaremos. Te amaremos. Te conduciremos a Dios. Por eso llegaste aquí, ¿verdad? Para estar más cerca de Él, ¿no? Para entrar en el océano de Cristo.

—¿Qué quieres ser de mayor, Johnny?

—Astronauta, señora. Quiero ser el primer hombre que vuela a Marte.

No. Nunca había dicho semejante cosa.

Aquella mañana, más tarde, se instaló en casa de Matt, en el perímetro de la ciudad, con vistas a una de las mesetas. La casa era apenas una cajita verde, de tablas por fuera y delgados tabiques de contra chapado por dentro: un saloncito, tres dormitorios, un baño. Ni cocina ni comedor. («Tomamos todas las comidas juntos.») Las paredes estaban desnudas: ni iconos, ni crucifijos, ni objetos personales en ninguna parte: había una escopeta, una docena de libros y revistas viejos, algunas túnicas y un par de botas en un armario; nada más. La esposa de Matt era una mujercita de treinta años largos, ojos dulces, sumisa y empequeñecida por su robusto marido. Se llamaba Jean. Había tres niños: un chico de doce y dos chicas de nueve y siete. El varón había tenido una habitación propia; sin quejarse, se mudó con sus hermanas, que compartieron una cama, cediéndole la otra, y Oxenshuer ocupó el cuarto del niño.

Matt les dijo el nombre de su huésped, pero no parecieron reconocerlo. Era obvio que nunca lo habían escuchado. ¿Se habrían enterado de que, últimamente, una nave espacial terrestre había viajado a Marte? Probablemente, no. Eso le pareció interesante. Durante años, Oxenshuer había tenido que soportar niños paralizados de asombro al encontrarse en presencia de un astronauta genuino. Aquí podía desprenderse del peso de la fama.

Se dio cuenta de que no sabía el apellido de su anfitrión. Le pareció que ya era tarde para preguntárselo directamente a Matt. Cuando una de las niñas entró en su cuarto, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Toby —respondió, enseñando una boca donde faltaban dientes.

—¿Toby qué?

—Toby. Sólo Toby.

¿No habría apellidos en la comunidad? Muy bien. ¿Para qué preocuparse por apellidos en un sitio donde todos conocen a todos? Viajad ligeros, hermanos, viajad ligeros; liberaos del exceso de equipaje.

Matt entró y dijo:

—Esta noche, en el consejo, solicitaré oficialmente ser tu hermano. Es sólo una formalidad. Nunca han rechazado una solicitud.

—¿Qué significa, en realidad?

—Es difícil de explicar; todavía no conoces bien nuestras costumbres. Quiere decir... Bueno, que yo seré tu portavoz, tu guía en nuestros rituales.

—¿Una especie de patrocinador?

—Bueno, no. Will y Nick serán tus patrocinadores. Ése es otro nivel de hermandad, inferior, no tan cercano. Yo seré una especie de padrino tuyo, supongo; no puedo explicártelo mejor. A menos que no quieras. No te he consultado. ¿Quieres que sea tu hermano, John?

Era una pregunta imposible. Oxenshuer no podía valorar nada de aquello. Sintiendo deshonesto, dijo:

—Será un gran honor, Matt.

Matt preguntó:

—¿Tienes verdaderos hermanos? ¿Hermanos de sangre?

—No. Una hermana en Ohio —Oxenshuer pensó un momento—. Hubo un hombre que era como un hermano para mí. Nos conocíamos desde pequeños. Estábamos muy unidos; sí, era un hermano.

—¿Qué le pasó?

—Murió. En un accidente. Muy lejos de aquí.

—Lo siento muchísimo —dijo Matt—. Yo tengo cinco hermanos. Tres fuera de aquí; hace años que no sé nada de ellos. Y dos en la ciudad; ya los conocerás. Te aceptarán como pariente. Todos lo harán. ¿Qué te pareció el Orador?

—Un anciano maravilloso. Me gustaría volver a hablar con él.

—Hablarás mucho con él. Es mi padre, ¿sabes? —Oxenshuer trató de imaginar a aquel hombretón surgiendo de la semilla del menudo Orador, y no lo consiguió. Supuso que Matt estaba hablando de nuevo me— tafóricamente.

—¿Quieres decir como ese chico que es sobrino tuyo?

—Es mi verdadero padre —dijo Matt—. Soy carne de su carne. Fue hasta la ventana. Estaba abierta unos diez centímetros.

—¿Demasiado frío para ti, John?

—Está estupendo.

—A veces hace frío, en estas noche de invierno.

Matt guardaba silencio, tratando de medir a Oxenshuer. Luego dijo:

—Oye, ¿has luchado alguna vez?

—Un poco. En la universidad.

—Qué suerte.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es una de las cosas que hacen los hermanos aquí; forma parte del ritual. Luchamos un poco. Especialmente el día de la Fiesta. Es importante para el culto. No querría lastimarte cuando lo hagamos. Tú y yo, John, lucharemos un poco estos días a fin de entrenarnos para la Fiesta. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?

Lo dejaban ir a todas partes. Vagabundeaba solo por el laberinto de la ciudad, aquella red increíble de callejuelas, a primera hora de la tarde. El laberinto estaba tan astutamente construido, una calle ondulaba hacia la otra de una forma tan maravillosa, que los edificios quedaban muy juntos y el brillante sol del desierto apenas penetraba; Oxenshuer andaba a la sombra la mayor parte del

tiempo. Los retorcidos pasajes del laberinto lo desconcertaban. Los fines de aquella parte de la ciudad parecían claramente simbólicos. Todos los que vivían allí se veían obligados a pasar por las calles sinuosas e intercomunicadas para llegar desde el vulgar barrio residencial, donde la gente vivía aislada en grupos familiares, hasta el comedor, donde toda la comunidad tomaba el sacramento de la comida, y a la iglesia, donde se encontraban la redención y la salvación. Sólo cuando se habían purgado del error y la duda, sólo cuando se habían familiarizado con el verdadero camino (¿o habría más de un camino, en el laberinto?, se preguntó Oxenshuer) podían alcanzar la armonía de la comunidad. Él aún no había sido iniciado; era un forastero. Por mucho que anduviera, danzando incansablemente por las callejuelas secretas, nunca llegaría si no lo ayudaban.

Pensó que sería menos difícil de lo que le había parecido al principio encontrar el camino desde la casa de Matt hasta la plaza interior, pero se equivocaba: las calles estrechas, llenas de meandros, lo engañaban de tal modo que, a veces, se alejaba de la plaza cuando creía estar acercándose a ella, y después de recorrer una serie de corredores e intersecciones durante un cuarto de hora se daba cuenta de que había vuelto a una de las calles residenciales en el exterior del laberinto. Atentamente, lo intentaba de nuevo. Un astronauta, entrenado para desplazarse con seguridad por los desiertos marcianos, tenía que poder orientarse en una pequeña ciudad. Recuerda los puntos destacados, Johnny. Sigue los dibujos de las sombras. Apretó los labios, se concentró y trazó una ruta. Mientras paseaba, veía ocasionalmente caras que lo espiaban desde las ventanas altas de los austeros edificios con aspecto de almacenes que flanqueaban las calles. ¿Estarían sonriendo? Llegó a un grupo de calles que le pareció familiar y siguió, y siguió, hasta que entró en un callejón cerrado en ambos extremos, del que sólo se podía salir por una hendidura en la que apenas pasaba un hombre si contenía la respiración y se deslizaba de lado. Atrás, la cruz metálica de la iglesia se recortaba contra el cielo, alentándole; se había acercado al centro del laberinto. Pasó por la hendidura y se encontró en un callejón sin salida; cinco minutos de cuidadosa inspección no revelaron ninguna. Volvió sobre sus pasos y buscó otra ruta.

Uno de los edificios más grandes del laberinto era, evidentemente, una escuela. Oía las voces agudas y claras de los niños cantando misteriosos himnos. Las melodías tenían la cadencia convencional de los cánticos piadosos, pero la letra era rara:

Reúnenos. Llévanos al océano.

Ayúdanos a nadar. Danos de beber.

Vino en mi corazón hoy,
sangre en mi garganta hoy,
fuego en mi alma hoy.

Te alabamos, oh, Señor.

Voces dulces y temblorosas hacían parecer aún más grotescas las extrañas palabras. Sangre en mi garganta hoy. Ciudad irreal. ¿Cómo puede existir? ¿De dónde viene el vino? ¿Qué clase de dinero usan? ¿Qué hace la gente todo el día? Tienen electricidad: ¿qué combustible alimenta el generador? Tienen agua corriente. ¿Están conectados a las tuberías de suministro de algún distrito? Si es así, ¿por qué esta ciudad no estaba en mi mapa? Fuego en mi alma hoy. Vino en mi corazón hoy. ¿Qué son estas fiestas, quiénes son estos santos? Éste es el dios que arde como el fuego. Éste es el dios cuyo nombre es música. Usted fue llamado, señor Oxenshuer. ¿Puede decir que no? No puede decir no a nuestra ciudad. A nuestro santo. A Jesús. ¿Vamos?

¿Cómo se sale de aquí?

Tres veces por día toda la población iba andando desde sus casas hasta el comedor, por el laberinto. Aparentemente, había por lo menos media docena de maneras de llegar a la plaza central, pero aunque cada vez estudiaba con el mayor cuidado la ruta, Oxenshuer no podía recordarla bien. Los alimentos eran simples, nutritivos y abundantes. El vino corría con generosidad en todas las comidas. Chicos y chicas servían, cargando alegremente con enormes fuentes desde la cocina. Oxenshuer no sabía quién cocinaba, pero suponía que la tarea correspondería, de forma rotativa, a las mujeres de la comunidad. (Los hombres tenían otras tareas. La ciudad, supo Oxenshuer, se había levantado gracias al trabajo gratuito de sus habitantes. Ahora mismo, había varias casas en construcción. Y campos en regadío entre las mesetas). En el comedor, la gente se sentaba al azar en las largas mesas pero, generalmente, parecía llegar en grupos familiares. Oxenshuer conoció a los dos hermanos

de Matt, Jim y Ernie, ambos más bajos que Matt, pero muy fuertes. Ernie abrazó a Oxenshuer. Fue un gesto impulsivo.

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Hermano!

El Orador recibió a Oxenshuer en el estudio de su residencia en la plaza, una habitación oscura en la planta baja cuyas paredes estaban cubiertas hasta el techo con estanterías de libros. Allí, la mayoría de la gente afectaba modales rústicos, y hablaba con un acento campesino que implicaba poco interés por los problemas intelectuales, pero los libros del Orador tendían a tratar de abstrusos temas filosóficos y teológicos, y parecían haber sido leídos muchas veces. Los libros confirmaron su primera impresión fragmentaria del Orador: éste era un hombre de mente flexible y rica, refinada y compleja. El Orador le ofreció una copa de vino fresco y áspero. Bebieron en silencio. Cuando casi había vaciado su copa, el anciano arrojó tranquilamente el resto al piso de pizarra lustrada.

—Una ofrenda a Dionisos —explicó.

—Pero ustedes son cristianos —objetó Oxenshuer.

—Sí; ¡claro que somos cristianos! Pero tenemos nuestro propio santoral. Adoramos a Jesús disfrazado de Dionisos y a Dionisos disfrazado de Jesús. Supongo que algunos nos llamarían paganos. Pero donde está Cristo, ¿no hay cristiandad? —El Orador rió—. ¿Eres cristiano?

—Supongo que sí. Me bautizaron. Me confirmaron. He comulgado. De vez en cuando, me confieso.

—¿Eres católico?

—Más que cualquier otra cosa.

—¿Crees en Dios?

—De forma abstracta.

—¿Y en Jesucristo?

—No lo sé —admitió Oxenshuer, sintiéndose incómodo—. En un sentido literal, no. Quiero decir... Supongo que en Palestina hubo un profeta llamado Jesús y que los romanos lo crucificaron, pero nunca tomé muy en serio el resto de la historia. Sin embargo, puedo aceptar a Jesús como un símbolo. Como una metáfora del amor. Del amor de Dios.

—Una metáfora de *todo* el amor —subrayó el Orador—. El amor de Dios por la humanidad. El amor de la humanidad por Dios. El

amor de hombre y mujer, el amor de padre e hijo, el amor fraterno; todos los amores que existen. Jesús es el espíritu del amor. Dios es amor. Eso es lo que creemos aquí. Por medio del éxtasis en común recordamos el nuevo mandamiento que Él nos dio: amaos los unos a los otros, Y como se dice en Romanos, el Amor es el cumplimiento de la ley. Seguimos Sus enseñanzas; por lo tanto, somos cristianos.

—¿Aun cuando adoran a Dionisos como santo?

—Especialmente por eso. Creemos que, en la divina locura de Dionisos, nos acercamos más a Él que otros cristianos. A través de las orgías, del canto, de los placeres de la carne, del éxtasis, de la mutua unión en cuerpo y alma..., a través de todo eso rompemos nuestro aislamiento y nos unimos con Él. En la próxima vida todos seremos uno. Pero primero debemos vivir ésta y compartir la creación del amor que es Jesús, que es Dios. Nuestra finalidad es que todos se unan con Jesús, de modo que nos transformemos en gotitas del océano del amor, que es Dios, renunciando a nuestras personas individuales.

—Eso me suena casi a hindú. O budista.

—Jesús es Buda. Buda es Jesús.

—Ninguno de ellos predicó una religión orgiástica.

—Dionisos sí. Hacemos nuestra propia síntesis de los mandamientos espirituales. De modo que no vemos virtud en la abnegación, porque contradice el amor. Lo que es virtud para otros cristianos es pecado para nosotros. Y viceversa, supongo.

—¿Y la doctrina de la virginidad de María? ¿Y la virginidad del mismo Cristo? ¿Y toda la idea de la pureza por medio de la represión y el ascetismo?

—Esos conceptos no forman parte de nuestras creencias, amigo John.

—Pero ¿reconocen el concepto del pecado?

—Los pecados que deploramos son cosas como la frialdad, el egoísmo, la altanería, la envidia, la malicia, todas esas cosas que separan a los hombres. Castigamos a los pecadores sumergiéndolos en amor. Pero no reconocemos pecados que surjan del amor mismo o de los excesos del amor. Como el mundo, especialmente el mundo cristiano, considera odiosos y peligrosos nuestros principios, hemos decidido retirarnos del mundo.

—¿Cuánto hace que están aquí? —preguntó Oxenshuer.

—Muchos años. Nadie nos molesta. Pocos forasteros llegan hasta aquí. Eres el primero en muchísimo tiempo.

—¿Por qué hizo que me trajeran a la ciudad?

—Sabíamos que nos habías sido enviado —dijo el Orador.

Por la noche había reuniones desenfrenadas en algunos edificios altos y sin ventanas, en lo más profundo del laberinto. No le permitían tomar parte en ellas. Las danzas, las canciones, la bebida, cualquier otra cosa que sucediera allí, aún no era para él. Aguarda a la Fiesta, le dijeron, aguarda a la Fiesta; después podrás venir con nosotros. De modo que pasaba la velada solo. Algunas noches se quedaba en casa con los niños. En la ciudad las *babysitters* no eran necesarias, pero de todos modos se dedicó a serlo, jugando a los dados con las niñas y al balón con el niño, contándoles cuentos mientras se dormían. Les contó su vuelo a Marte, habló de cómo el mundo rojo se agrandaba cada día, describió el aterrizaje, lo diferente que era todo, las arenas de color óxido rojo, las pequeñas lunas resplandecientes. Lo escuchaban en silencio, quizá fascinados, acaso sin ningún interés. Sospechó que pensaban que se trataba de invenciones suyas. Nunca dijo nada acerca del destino de sus compañeros.

Algunas noches paseaba por la ciudad, recorriendo una calle silenciosa tras otra, encaminándose, supuestamente al azar, hacia el centro del laberinto. De pie cerca del perímetro del laberinto —aun ahora no podía orientarse por la noche y temía perderse si se internaba—, oía los sonidos distantes de la fiesta, los tambores, los cánticos, los himnos simples y repetitivos.

Éste es el dios que arde como el fuego,

éste es el dios cuyo nombre es música,

éste es el dios cuya alma es vino.

Y también les oía cantar:

Dile al santo que caliente mi corazón,

dile al santo que me dé aliento,

dile al santo que sacie mi sed.

Y en otra ocasión:

Saltando, gritando, cantando, golpeando,

levantando, trepando, volando, remontándose,

disolviéndose, uniéndose, amando, brillando,

cantando, remontándose, uniéndose, amando.

Algunas noches caminaba hasta el borde del desierto, metiéndose unos cientos de metros en él, extrayendo un oscuro placer de su soledad, del crujido de la arena bajo sus botas, del filo frío del viento, de los cactus solitarios y rotos, de las tímidas ratas canguro y hasta de los ocasionales escorpiones. Acurrucado en un monte de arena, mirando hacia arriba, entre las estrellas frías y brillantes hacia Marte, pensaba en Dave Vogel, en Bud Richardson, en Claire y en él mismo, en quién había sido, en lo que había perdido. Antes, recordaba, era un hombre optimista, que reía con facilidad y expresaba sus sentimientos abierta y rápidamente. Le gustaba bromear, correr, nadar, beber; todas las cosas activas y extrovertidas. Saltando, gritando, cantando, golpeando. Levantando, trepando, volando, remontándose. Y luego aquella indiferencia había caído sobre él, aquella ausencia de respuesta, aquella cáscara helada. Marte lo había robado a sí mismo. ¿Por qué? ¿La culpa? La culpa, la culpa, la culpa... Se había perdido a sí mismo en la culpa. Y ahora estaba perdido en el desierto, en aquella ciudad imposible. Aquellos ritos, aquel culto. Vino y gritos. No tenía idea de cuánto tiempo había estado allí. ¿Se acercaba la Navidad? Posiblemente faltarían pocos días. Árboles de Navidad de plástico azul brotarían frente a los grandes almacenes del bulevar Wilshire. Alegres san Nicolás recorrerían las aceras. Oropeles y brillos. La Navidad era un momento apropiado para la Fiesta de san Dionisos. Las saturnalias revivían. ¿Faltaría poco para la Fiesta? La esperaba con ansia y temor.

A última hora de la noche, cuando el último vino se acababa y terminaban los cantos, Matt y Jean volvían sonrojados, empapados en vino y felices. A través del estrecho tabique que separaba la habitación de Oxenshuer de la suya, llegaban los sonidos del amor, las titánicas resonancias de sus abrazos hasta que amanecía.

—Se supone que los astronautas son sensatos, Dave.

—¿Son sensatos? ¿Lo son, Johnny?

—Claro que sí.

—¿Tú eres sensato?

—Condenadamente sensato, Dave.

—Sí, sí. Supongo que te lo crees.

—¿Tú no lo crees?

—Sí, claro que sí, Johnny. Más sensato de lo necesario. Si

alguien me pidiera que nombrara a un hombre sensato, citaría a John Oxenshuer. Pero no es así. En potencia, estás loco de remate.

—Gracias.

—Era un cumplido.

—¿Y tú? ¿No eres sensato?

—Yo estoy loco, Johnny. Y cada vez más.

—¿Y si la NASA descubre que Dave Vogel está loco?

—No lo harán, amigo. Saben que soy un astronauta estupendo, así que, por definición, no estoy loco. No saben qué hay dentro de mí. No pueden saberlo. Por definición no podrían ser burócratas de la NASA si supieran qué hay dentro de un hombre.

—¿Saben que no estás loco porque eres astronauta?

—Claro, Johnny. ¿Qué sabe un astronauta de lo irracional? Además, ¿qué clase de capacidad para el éxtasis posee? Se entrena durante diez años, corre dentro de una centrifugadora, hace ejercicios con un ordenador, soporta cien simulacros antes de atreverse a estornudar, piensa en la jerga del espacio, va a la iglesia los domingos y no reza. Se transforma en una máquina para poder conducir las máquinas más complejas que se han inventado. Y para los de afuera está más muerto que un banquero, más muerto que un agente de bolsa, más muerto que un gerente de ventas. Míralo, con su corte de pelo de 1975 y su uniforme de 1965. ¿Acaso un hombre así puede saber *qué es* una experiencia mística? Bueno, algunos de nosotros somos realmente así. Nos adaptamos a la imagen oficial del astronauta. A veces pienso que tú lo haces, Johnny, o que, al menos, quieres hacerlo. Pero yo no. Mira, yo soy yogui. Los yoguis se entrenan durante décadas para poder entrever el Todo. Sujetan sus cuerpos a disciplinas absurdas. Aprenden técnicas muy especializadas. Un yogui y un astronauta no están tan alejados, hombre. Lo que hago no es tan diferente de lo que hace un yogui, y nos mueve la misma razón. Es para poder ver la Luz blanca. ¡Claro, te ríes! Pero lo digo en serio, Johnny. Cuando ese gran puño me envía de un golpe a la órbita, cuando veo el mundo entero colgando allí, es un momento increíble para mí; es el éxtasis, el nirvana. Vivo para esos momentos. Hacen que valga la pena soportar todas las idioteces de la NASA. Son los momentos de ruptura, cuando entro en un reino totalmente nuevo. Ésa es la única razón de que esté en esto. ¿Y sabes una cosa? Creo que a ti te pasa lo mismo, lo sepas o

no. Es una cosa mística, Johnny, una cosa loca la que nos da fuerzas, la que nos empuja. El yoga del espacio. Un día lo descubrirás. Un día te verás como el loco que eres en realidad. Te abrirás a todas las fuerzas salvajes que hay dentro de ti, a los impulsos lunáticos que te enviaron a la NASA. Descubrirás que, después de todo, no eras sólo una máquina, no eras un agente de bolsa disfrazado; descubrirás que eres un yogui, un santón, un extático. Y verás qué viaje, verás que la locura controlada es el único secreto verdadero y que siempre has sabido cuál es el Camino. Dejarás de lado todo lo que quede de tu antigua personalidad sensata. Te entregarás completamente a fuerzas que no puedes y no quieres entender. Y te gustará, Johnny, te gustará.

Cuando hacía tres semanas que estaba en la ciudad —le parecía que habían sido unas tres semanas, aunque quizá fueran dos o cuatro— decidió marcharse. Esta decisión no fue súbita; siempre había sentido, en lo más profundo de su cabeza, que no quería estar allí y, gradualmente, la sensación llegó a dominarlo. Nick le había prometido soledad mientras estuviera en la ciudad si así lo deseaba, y ciertamente había disfrutado de ella. Nadie lo había molestado, nadie le había exigido nada; la ciudad funcionaba perfectamente bien sin su colaboración. Pero no era la soledad adecuada. Estar solo en medio de varios miles de personas era peor que acampar en solitario en el desierto. Es verdad que Matt le había prometido que después de la Fiesta ya no estaría solo. Pero Oxenshuer se preguntaba si realmente quería quedarse allí el tiempo necesario para experimentar los misterios de la Fiesta y la unidad que, presumiblemente, seguiría a ella. El Orador había hablado de entregar todo el dolor al entrar en el cuerpo ecuménico de Jesús. Pero ¿qué entregaría? ¿Su dolor o su identidad? ¿Podría perder el uno sin perder la otra? Quizá fuera mejor evitar todo esto y volver a su plan original de internarse él solo en el desierto.

Una noche, después que Matt y Jean se marcharon a la fiesta, Oxenshuer cogió silenciosamente su mochila del armario, comprobó su equipo, llenó su cantimplora y se despidió de los niños. Lo miraron con extrañeza, como si se preguntaran por qué tomaba la mochila para dar un paseo, pero no dijeron nada. Fue por la amplia avenida hasta la empalizada, pasó por el portón abierto y, en diez minutos, estuvo en el desierto, alejándose a paso regular de la

Ciudad de la Palabra de Dios.

Era una noche fría y clara, muy oscura; el brillo de las estrellas resultaba casi doloroso, y Marte destacaba particularmente. Anduvo en dirección Este por un terreno accidentado, cortado por barrancos, y pronto las mesetas que flanqueaban la ciudad se perdieron de vista. Había esperado cubrir ocho o diez kilómetros antes de acampar, pero los barrancos dificultaban su marcha; al cabo de una hora, una de las botas comenzó a hacerle daño, y en un músculo de la pierna izquierda le dio un calambre. Decidió que sería mejor detenerse. Eligió para acampar un sitio cercano a un grupo de yucas, erguidas como grotescos centinelas, con sus brazos rígidos y erizados, al borde, de una profunda zanja. Súbitamente, se levantó un viento que barrió la llanura desértica, agitando con violencia las ramas angulosas de las yucas. A Oxenshuer le parecía que las ráfagas le llevaban el sonido de los cánticos de la cercana ciudad:

Voy a casa del dios y su fuego me consume.
Grito el nombre del dios y su trueno me ensordece.
Tomo la copa del dios y su vino me disuelve.

Pensó en Matt y Jean; en Ernie, que lo había llamado hermano; en el Orador, que le había ofrecido amor y protección; en Nick y Will, sus patrocinadores. Reprodujo en su mente las curvas del laberinto hasta que se sintió mareado. Era imposible, se dijo, escuchar los cantos desde allí. Estaba a tres o cuatro kilómetros de distancia, por lo menos. Preparó el campamento y desenrolló su saco de dormir. Pero era demasiado temprano. Se acostó y, totalmente despierto, escuchó el viento, contó estrellas y se repitió los cánticos de la ciudad dentro de la cabeza. Ocasionalmente dormitaba, pero sólo unos momentos. Mañana, pensó, haría veinticinco o treinta kilómetros, llegaría casi hasta las primeras estribaciones de las montañas del Este y armaría media docena de alambiques solares. Después se instalaría, para reflexionar con tiempo sobre todo lo que le había sucedido.

Las horas pasaron lentamente. A eso de las tres de la madrugada decidió que no podría dormir. Se levantó, se vistió y se paseó por el borde de la zanja. Un sonido llegó hasta él, suave, casi como un

ronroneo. Vio una luz en la distancia. Una segunda luz. El sonido se duplicó, cuando un segundo ronroneo se sumó al otro. Después, una tercera luz, más lejana. Las tres luces se movían. Reconoció el ruido: eran motores de motocicletas de arena. ¿Viajeros atravesando el desierto en medio de la noche? Los faros de las motos trazaban amplias órbitas circulares delante de él. ¿Una partida de rescate de la ciudad? ¿Qué otra razón había para que condujeran así, cortando arcos de desierto de forma sistemática?

Sí. Voces.

—¿John? ¡John ¡Eh, John!

Lo estaban buscando. Pero el desierto era inmenso y los buscadores estaban lejos. Sólo tenía que juntar sus cosas y meterse en la zanja; pasarían sin verlo.

—¿John? ¡John! ¡Eh, John! Era la voz de Matt.

Oxenshuer bajó a la zanja, se detuvo un momento en la parte más profunda y, sorprendido, empezó a trepar por el otro lado. Allí se quedó unos minutos en silencio, mirando las motos que trazaban círculos y oyendo los gritos. Aún le parecía que el viento arrastraba los cantos de la gente de la ciudad. Éste es el dios que arde como fuego. Éste es el dios cuyo nombre es música. Jesús aguarda. El santo te conducirá a la bienaventuranza, querido y fatigado John. Sí, sí. Finalmente, acercó las manos a la boca y gritó:

—¡Eh! ¡Aquí estoy! ¡Eh!

Dos de las motos se detuvieron inmediatamente. La tercera, girando hacia la izquierda, se detuvo un instante después. Oxenshuer aguardó una respuesta que no llegó.

—¡Eh! —gritó nuevamente—. ¡Aquí, Matt, aquí!

Oyó que se reanudaba el ronroneo. Las luces se volvieron a poner en movimiento, y sus rayos atravesaron el desierto y llegaron hasta él. Las motos se acercaron. Oxenshuer volvió a cruzar la zanja, juntó su equipo y estaba aguardando en el lado más próximo a la ciudad cuando los buscadores llegaron hasta él: Matt, Nick y Will.

—¿Pasando la noche fuera? —preguntó Matt. Su aliento olía a vino.

—Supongo.

—Nos preocupamos un poco cuando no volviste a medianoche. Pensamos que podías haber tropezado en un lago seco y haberte

hecho daño. Pero, por tu aspecto, veo que no había razones para alarmarse.

Lanzó una mirada a la mochila de Oxenshuer, pero no dijo nada.

—Ya que estás bien, supongo que podemos dejar que termines lo que estás haciendo. Nos veremos mañana, ¿no?

Se alejó. Oxenshuer miró cómo subían a las motos.

—Aguarda —dijo. Matt lo miró.

—Ya he terminado, aquí. Os agradecería que me llevarais hasta la ciudad.

—Es un problema de integridad —proclamó el Orador—. Al principio, el género humano era todo uno. Estábamos en contacto. La comunión de alma con alma. Pero, luego, todo se derrumbó. *En la caída de Adán pecamos todos*, ¿recuerdas? Y esa Caída, ese pecado original, John, fue una separación, un distanciamiento, un precipitarse en la maldad de las enemistades. Cuando estábamos en el Edén éramos más que una sola familia; éramos un ser, una entidad universal, y salimos del Edén como individuos: Adán y Eva, Caín y Abel. El ser universal originario, roto en pedazos. Aquí, John, tratamos de volver a unir los pedazos. ¿Me sigues?

—Pero ¿cómo se logra? —preguntó Oxenshuer.

—Permitiendo a Dionisos que nos conduzca hasta Jesús. Y el sagrado frenesí del santo crea la unidad de los opuestos. Unimos a las tribus hostiles. Unimos a los hermanos distanciados. Unimos al hombre y la mujer.

Oxenshuer se encogió de hombros.

—Habla en metáforas y parábolas.

—No hay otro modo.

—¿Cuál es su método? ¿En qué principios suele apoyarse?

—El principio en que nos apoyamos es el éxtasis místico. Nuestro método es compartir la carne y la sangre del dios.

—Suenas muy familiar. Toma, come. Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre.

—¿Su fiesta es una misa mayor? —El Orador sonrió.

—En cierto sentido. Hemos hecho nuestra síntesis entre el paganismo y el cristianismo ortodoxo, y hemos tratado de retroceder desde el ritual simbólico al acto literal. ¿Sabes dónde se perdió el cristianismo? En el mismo lugar donde descarrilaron todas las otras religiones: en el punto en que la experiencia espiritual fue

reemplazada por el culto mecánico. Mira a los lamas, haciendo girar sus molinos de oraciones. Mira a los judíos, murmurando cosas del faraón en un lenguaje que han olvidado. Mira a los cristianos, haciendo fila para comulgar, ¡tomando un trocito de pan y un sorbo de vino y no sintiendo nunca el terror y el esplendor de saber que están comiendo a su dios! Las religiones se transforman demasiado pronto en doctrina. Se transforman en profesiones de fe, fórmulas, talismanes, vaciedad. «Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, que fue concebido por obra del Espíritu santo. Nació de santa María, virgen...» Palabras, sólo palabras. Nosotros, John, no creemos que el culto religioso consista en recitar narraciones de antiguas historias. Queremos que sea inmediato, real. Deseamos *ver* a nuestro Dios, *saborear* a nuestro Dios, *transformarnos* en nuestro Dios.

—¿Cómo?

—¿Sabes algo acerca de los antiguos cultos de Dionisos?

—Sólo que eran salvajes y sangrientos, con mucha bebida, orgías y quizá sacrificios humanos.

—Sí, sacrificios humanos. Pero antes de los sacrificios humanos vinieron los sacrificios divinos, el dios que da su vida por su pueblo. En los cultos dionisiacos prehistóricos el mismo dios era desgarrado y devorado; era la figura central en un rito místico de destrucción en el que sus extáticos adoradores se saciaban con su carne cruda, una comida sacramental que les permitía llenarse del dios y adquirir bienaventuranza, mientras el dios muerto se transformaba en el chivo expiatorio de los pecados humanos. Y luego el dios renacía y todas las cosas se transformaban en una, gracias a su renacimiento. Por eso, en Grecia y en Asia Menor, los sacerdotes de Dionisos eran desgarrados en trozos como representantes del dios, y sus adoradores compartían sangre y carne en fiestas caníbales de amor. En tiempos más civilizados se sacrificaron animales en lugar de hombres, y aun después, cuando la religión de Jesús reemplazó las diversas religiones dionisiacas, el pan y el vino se transformaron en las especies de la comunión, en metáforas de la carne y la sangre del dios. En el nivel simbólico, todo era lo mismo: devorar al dios, lograr contacto con el dios de la manera más directa, experimentar el rapto del éxtasis cuando uno está poseído por el dios, unir lo que la sociedad ha separado, romper todas las fronteras y todos los

grilletes, entregarnos a nuestro santo, nuestro santo loco, el dios borracho que es nuestro santo, el loco dios santo que abate muros y une todas las cosas. ¿Sí, John? Nos integramos a través de la desintegración. Nos disolvemos en el gran océano. Ardemos en el gran fuego. ¿Sí, John? Entrega tu alma alegremente a Dionisos el santo, John. Recupera tu integridad en su bendito fuego. Has estado dividido demasiado tiempo.

Los ojos del Orador habían adquirido un brillo terrorífico.

—¿Sí, John? ¿Sí? ¿Sí?

Una noche, en el comedor, Oxenshuer bebe demasiado vino. La sed lo asalta gradual e inesperadamente; al principio sólo bebe unos sorbos mientras come, según su costumbre, pero cuanto más bebe, más se le seca la garganta, hasta que, cuando la carne llega a la mesa, se siente impelido a echar mano de la jarra cada pocos minutos, llenando su copa, vaciándola, llenándola, vaciándola, llenándola, vaciándola. Está mareado y se pone bullicioso; en la mesa, alguien empieza a cantar un himno, y Oxenshuer se une a él, aunque no sabe bien la letra y desentona. Los que lo rodean ríen, palmean su espalda, cantan aún más fuerte haciéndole señas, alentándolo a que cante con ellos. Ernie y Matt beben tanto como él, y ahora, cada vez que su copa se vacía, la llenan antes de que él pueda hacerlo. Una de las chicas de servicio trae una garrafa llena. Siente un escozor en los lóbulos de las orejas y en la punta de la nariz, siente una franja cálida en el pecho y los hombros y comprende que se está emborrachando, pero deja que suceda. Aquí reina Dionisos. Ya ha estado bastante tiempo sobrio. Y se le ha ocurrido que su ebriedad quizás haga que lo admitan en los festejos nocturnos. Pero eso no sucede. La cena termina. El Orador y los otros ancianos que se sientan a su mesa se van del salón. Es la señal para que los demás se retiren. Oxenshuer se pone de pie. Vacila. Se balancea. Se recupera. Ríe. Coge del brazo a Matt y Ernie.

—Hermanos—dice—. Hermanos.

Salen juntos del comedor, pero fuera, en la gran plaza, Matt le dice:

—Será mejor que esta noche no vayas a vagabundear por el desierto, porque te romperás el cuello.

De modo que siguen excluyéndolo. Vuelve por el laberinto con Matt y Jean hasta su casa, lo llevan hasta su cuarto, le dan una jarra

de vino, por si aún siente sed, y se marchan. Oxenshuer se tira en la cama. Su cabeza da vueltas. El hijo de Matt se asoma y pregunta si se siente bien.

—Sí —le dice Oxenshuer—. Sólo necesito quedarme un rato acostado.

Siente vergüenza de estar tan borracho, pero se recuerda a sí mismo que en esta ciudad de Dionisos nadie tiene que pedir disculpas por beber demasiado vino. Cierra los ojos y aguarda el retorno de la estabilidad. En la oscuridad, una visión llega hasta él: la muerte de Dave Vogel. Con una extraña y brillante claridad, Oxenshuer ve el paisaje de Marte desplegándose en la pantalla de su mente, pequeñas colinas cuyas laderas descienden hasta amplias llanuras picadas de cráteres, peñascos roídos y desolados, cielo purpúreo, partículas rojas y ásperas llevadas por el viento. La tortuga ha iniciado hace rato su viaje hacia el Oeste, en dirección a Gulliver. Richardson conduce y Vogel se ocupa de tomar fotografías, controlar los miles de sensores e inclinarse hacia el micrófono para relatar lo que ve. Ahora están en Gulliver, preparándose a salir de la tortuga, cuando los sorprende el súbito comienzo de la tormenta de arena. Sin previo aviso, el cielo se vuelve rojo a causa de las capas ondulantes de arena que se precipitan sobre ellos como copos de nieve en una ventisca. El vehículo queda cubierto durante los primeros momentos de la tormenta. Pocos minutos después, hay un metro de arena sobre el techo curvo y transparente de la tortuga. Sus ocupantes no ven nada, y la arena cae cada vez con mayor rapidez a medida que aumenta la intensidad de la tormenta. Richardson aferra los controles, pero las ruedas de la tortuga no se mueven.

—Nunca he visto una cosa así —murmura Vogel.

El vehículo tiene antenas extensibles, pero cuando Vogel las estira al máximo descubre que, aun así, quedan cubiertas por la arena. Los ojos de la tortuga están ciegos; sus antenas, enterradas. Se están ahogando en arena. Dunas enteras se están amontonando encima de ellos.

—Nunca he visto una cosa así —repite Vogel—. No puedes imaginarlo, Johnny. No ha durado cinco minutos y ya debemos de tener encima tres o cuatro metros de arena.

El motor de la tortuga se esfuerza por liberarlos.

—Johnny, no te oigo. Johnny. Responde, Johnny. No hay más que silencio en la banda de comunicación tortuga-nave.

—Eh, Houston —dice Vogel—. Estamos en medio de esta maldita tormenta y parece que he perdido contacto con la nave. ¿Podrían alertarla?

Houston no responde.

—Control de Misión, ¿me oyen? —pregunta Vogel.

Todavía piensa que se podría establecer un relé tortuga-Tierra-nave, pero lentamente comprende que también ha perdido contacto con la Tierra. Todas las transmisiones se han interrumpido. Sudando dentro de su traje espacial, Vogel grita al micrófono, mueve los controles, conecta los bancos de comunicación a prueba de fallos sólo para descubrir que todo ha fallado: la arena ha invadido la tortuga y los envuelve como una mortífera manta.

—Imposible —dice Richardson—. ¿Desde cuándo la arena interfiere en las ondas radiales?

Vogel se encoge de hombros.

—No es un problema de interferencias, tonto. Es un problema de fallo total de los sistemas. No sé por qué.

Ahora deben de estar a diez metros de la superficie. Enterrados. Vogel golpea la escotilla, pensando que si pudieran salir de la tortuga, quizá lograrán llegar hasta la superficie, a través de la arena floja, y después... Después, ¿qué? ¿Volver andando hasta la nave, a noventa kilómetros de distancia? Sus trajes tienen suministro de oxígeno para treinta y seis horas. Deberían avanzar a dos kilómetros y medio a la hora por un terreno accidentado y lleno de cráteres, a fin de llegar a tiempo, y con la tormenta sus posibilidades de sobrevivir para avanzar un kilómetro son desalentadoras. Oxenshuer no tiene una tortuga de reserva en la que ir a buscarlos, si conociera su situación; sólo dispone del pequeño vehículo unipersonal que usan para las exploraciones geológicas a corta distancia, en las cercanías de la nave.

—¿Sabes una cosa? —dice Vogel—. Somos hombres muertos, Bud. Richardson menea la cabeza con vehemencia.

—¡No digas idioteces! Aguardaremos a que termine la tormenta y después saldremos de aquí. Mientras tanto, será mejor rezar.

Pero su voz no es convincente. ¿Cómo se enterarán de que la tormenta ha terminado? Ya están muy por debajo de la nueva

superficie de la llanura marciana, y donde se hallan todo está tranquilo y abrigado. Toneladas de arena mantienen cerrada la escotilla de la tortuga. No hay escape. Vogel tiene razón: son hombres muertos. La única cuestión pendiente es el tiempo: son hombres muertos. ¿Deben aguardar a que se agoten las reservas de aire de la tortuga o deben tomar alguna medida inmediata para apresurar el inevitable final, haciendo un mutis honorable, rápido y sin dolor? Aquí, la visión de Oxenshuer vacila. No sabe cómo habrían montado la coreografía de su muerte. Sólo sabe que, cualquiera que fuese su decisión, llegarían a ella sin amargura ni pánico, y que partirían con serenidad. La visión se desvanece. Yace solo en la oscuridad. El final de la borrachera ha desaparecido de su mente.

—Ven —dijo Matt—. Luchemos un poco.

Era una seca mañana invernal, no muy fría; un día cuya luz era clara y deslumbrante. Matt lo llevó al centro y, por primera vez, Oxenshuer entró en uno de los altos edificios de ladrillo que daban a las calles del laberinto. Dentro había un gimnasio amplio y desnudo, sin calefacción, con tristes paredes amarillas y unas delgadas colchonetas púrpura en el suelo. Will y Nick ya estaban allí. Sus voces resonaban en la cavernosa habitación. Rápidamente, Matt se desvistió, quedando en calzoncillos. Desnudo parecía aun más corpulento que vestido. Sus músculos eran gruesos, su pecho prominente, y sus muslos, como columnas. Estaba cubierto de vello rubio y rizado, que le llegaba hasta la espalda y los hombros. Medía dos metros, por lo menos, y debía pesar cerca de 110 kilos. Oxenshuer, alto, pero no tanto como Matt, fornido, pero veinte kilos más ligero por lo menos, se sintió superado. En todo caso, era hábil y rápido; quizás esas cualidades le serían útiles. Tiró sus ropas a un lado.

Matt lo observó atentamente.

—No está mal —dijo—. Te vendría bien un poco más de carne sobre los huesos.

—Supongo que habrá que engordarlo un poco para la fiesta —dijo Will.

Sonrió amistosamente. Los tres hombres rieron, pero la observación pareció menos graciosa a Oxenshuer.

Matt hizo una señal a Nick, que sacó una botella de vino de un

armario y se la dio. Después de destaparla, Matt bebió un buen trago y pasó la botella a Oxenshuer. Era el frente del que bebían en las comidas: más espeso, más dulce, como vino de consagrar. Oxenshuer lo tragó. Luego fueron hasta la colchoneta central.

Se agacharon, estiraron los brazos y giraron uno alrededor del otro, explorando, con los brazos buscando una brecha. Oxenshuer hizo el primer movimiento. Se acercó velozmente, descubriendo que Matt era terriblemente lento para ponerse en guardia, y su técnica defensiva estaba poco perfeccionada. Sin embargo, el hombretón pudo romper la llave de Oxenshuer con un fiero impulso de su cuerpo, sacudiéndolo con facilidad y haciéndolo caer de espaldas. Nuevamente giraron uno alrededor del otro. Matt parecía dispuesto a ceder a la iniciativa a Oxenshuer, quien avanzó con cautela e hizo una finta a los hombros de Matt, cogiéndolo luego por el brazo, pero Matt ignoró plácidamente la presa y, de algún modo, giró de forma tal que Oxenshuer, llevado por su propio impulso, perdió el equilibrio y quedó vulnerable al abrazo de oso. Matt lo tiró al suelo. Durante unos treinta segundos, Oxenshuer se resistió tercamente, arqueando su cuerpo; después, Matt lo atrapó. Se pararon y Nick volvió a ofrecerles vino. Oxenshuer bebió, jadeando entre sorbo y sorbo.

—Tienes buenos movimientos —le dijo Matt— Pero la segunda caída llegó enseguida, y la tercera no exigió grandes esfuerzos.

—No te preocupes —murmuró Will a Oxenshuer cuando salían del gimnasio—. El día de la Fiesta, el santo te guiará contra él.

Ahora bebe mucho todas las noches, hasta que su cara enrojece y su mente se nubla. Matt, Will y Nick están siempre muy cerca, vigilando que su copa no quede mucho tiempo vacía. El vino lo marea, lo aturde y, con frecuencia, ve visiones mientras yace atontado en la cama, recuperándose. Ve la cara de Claire Vogel resplandeciente en la oscuridad, y la visión hace que su corazón sufra la congoja del amor. Mantiene largos diálogos imaginarios con el Orador acerca de la naturaleza de la comunión extática. Se ve a sí mismo danzando en la casa del dios, con la gente de la ciudad; danzando hasta el agotamiento y el éxtasis. Hasta recibe la visita de san Dionisos. El santo tiene un aspecto juvenil y —es curioso— inocente, con su gran barriga, sus muslos gordos, sus cabellos rubios rizados y una barba dorada y flotante; parece un san Nicolás

rejuvenecido. «Ven —le dice en voz baja—, vamos al océano». Toma la mano de Oxenshuer y ambos avanzan sin tocar el suelo por las calles oscuras y silenciosas hacia el desierto, por encima de las dunas arremolinadas, flotando en la noche hasta que llegan a un amplio mar que refleja la luz de la luna como si se tratara de un frío y blanco fuego. ¿Qué mar es éste? El santo dice: «Éste es el mar que te trajo al mundo, el mar inmortal que trae a la vida a todos los mortales. ¿Por qué abandonaste al mar? Mira. Entra conmigo en él». Oxenshuer entra. El agua es tibia, reconfortante, curiosamente viscosa. Se entrega a ella hasta el tobillo, hasta la pantorrilla, hasta el muslo; siente el murmullo de una canción alzándose desde las dulces ondas y nota que lo abandonan las penas, el dolor y la sensación de que está separado de los demás. Hay bañistas balanceándose en las crestas de las olas. Mira: Dave Vogel está aquí, y Claire, sus padres y sus abuelos, y miles de personas a las que no conoce; millones, una horda que llega hasta muy lejos de la costa; toda la progenie de Adán, hasta el mismo Adán, sí, y la Madre Eva, con su suave cuerpo rosa brillando en el agua. «Descansa —susurra el santo—, abandónate, flota. Ríndete. Duerme. Entrégate al océano, querido John». Oxenshuer pregunta si encontrará a Dios en este océano. El santo replica: «Dios es el océano. Y Dios está dentro de ti. Siempre ha estado allí. El océano es Dios. Tú eres Dios. Dios está en todas partes, John, y nosotros somos Sus átomos indivisibles. Dios está en todas partes. Pero, ante todo, Dios está dentro de ti».

¿Qué dice el Orador? Él Orador habla de sabiduría freudiana. Dentro de nosotros, afirma, habita una fuerza, una entidad —llámala subconsciente; es un nombre tan bueno como cualquier otro— que desde su escondite domina y controla nuestras vidas, aunque su funcionamiento es misterioso e incomprensible para nosotros. Un dios dentro de nuestro cráneo. Hemos perdido contacto con ese dios, dice el Orador; no somos capaces de llegar a él ni de comprender su poder, y así estamos separados de nosotros mismos, de nuestra principal fuente de fuerzas, y también de los demás. El dios que está dentro de mí ya no puede llegar al dios que está dentro de ti, aunque tanto tú como yo procedamos del mismo océano primordial, de ese mar de inconsciencia divina en el que todos los seres son uno. Si pudiéramos llegar hasta esa fuerza, dice

el Orador, si lográsemos establecer contacto con ese dios oculto, si consiguiéramos elevarlo hasta la conciencia o sumergirnos en el reino del inconsciente, la separación de nuestras almas quedaría curada y, por último, tendríamos acceso pleno a nuestra divinidad. ¿Quién puede saber en qué clase de criaturas nos transformaríamos entonces? Hablaríamos de mente a mente. Viajaríamos por el espacio y el tiempo con sólo desearlo. Obraríamos milagros. Los errores del pasado podrían corregirse, y la urdimbre de las antiguas penas se tejería de otro modo. Nos sería dado hacer cualquier cosa, dice el Orador, si llegáramos al dios oculto y nos transformáramos en los dioses que deberíamos ser. Cualquier cosa. Cualquier cosa. Cualquier cosa.

Éste es el amanecer del día de la Fiesta. Durante toda la noche, los tambores y los conjuros han resonado por la ciudad. Ha estado solo en la casa, porque ni siquiera los niños se han quedado en ella; todos bailaban en la plaza y sólo él, no iniciado, ha quedado excluido de la diversión. Durante buena parte de la noche no ha podido dormir. Pensó en usar del vino para calmarse, pero se abstuvo de tocar la botella por miedo a tener visiones. Ahora es por mañana, temprano, y debe haber dormido, porque se descubre emergiendo de un sueño profundo, pero no recuerda haber entrado en él. Se sienta. Oye pasos; alguien anda por la casa.

—¿John? ¿Estás despierto, John? —Es la voz de Matt.

—¡Estoy aquí! —grita Oxenshuer.

Entran en su cuarto Matt, Nick y Will. Tienen las túnicas manchadas de vino tinto, las caras demacradas y los ojos enrojecidos y demasiado brillantes; es evidente que no han dormido en toda la noche. Sin embargo, detrás de su fatiga, Oxenshuer percibe la euforia. Están excitados, muy excitados, casi en estado extático, y apenas es el amanecer del día de la Fiesta. Ve que los dedos de sus amigos tiemblan. Sus cuerpos están tensos y expectantes.

—Hemos venido a buscarte —dice Matt—. Toma, ponte esto.

Le tira a Oxenshuer una túnica similar a la que llevan ellos. Durante todo este tiempo, Oxenshuer ha seguido usando sus ropas mundanas, que lo señalaban, lo convertían en un forastero notorio. Desnudo, sale de la cama y coge sus calzoncillos, pero Matt menea la cabeza. Hoy, dice, sólo se lleva túnica. Oxenshuer asiente y se

viste con la túnica el cuerpo desnudo. Después se adelanta: Matt lo abraza solemnemente, con un abrazo fuerte y cálido, y luego Will y Nick hacen lo mismo. Los cuatro hombres dejan la casa. Las sombras largas del amanecer se estiran en la avenida que lleva al laberinto; las montañas que hay detrás de la ciudad tienen las cimas manchadas de rojo. Allá adelante, donde la avenida deja paso a las calles estrechas, se ve una lengua de humo negro que lame el cielo. La reverberación de la música golpea los muros de los edificios. Oxenshuer siente una extraña sensación de confianza y está seguro de que podría franquear el laberinto sin ayuda esta mañana; cuando llegan a su borde exterior anda delante de los otros, pero una súbita confusión lo asalta, una imposibilidad de distinguir una calle de otra, y se queda atrás en silencio, dejando que Matt lo guíe.

Diez minutos después llegan a la plaza.

Tiene un aspecto abigarrado y caótico. Todos los habitantes de la ciudad están allí, unos bailando, otros cantando, golpeando tambores, soplando trompetas o yaciendo exhaustos. Pese a la frialdad del aire, muchas túnicas están abiertas y algunos ciudadanos han prescindido completamente de ellas. Los niños corren, gritando y jugando a perseguirse. A lo largo del frente del comedor se han instalado barricas de vino, que brota libremente de las canillas, empapando a quienes acercan su copa o, simplemente, arriman los labios al chorro. Más atrás, frente a la casa del Orador, ha surgido una plataforma de madera y el Orador con los ancianos de la ciudad se sienta, entronizado, sobre ella. Una gigantesca hoguera, que ocupa unos veinte metros cuadrados, ha sido encendida en el centro de la plaza, alimentada por leños dispuestos en una inmensa pirámide, acarreada, sin duda, desde algún depósito en el laberinto. El calor que despidе es enorme, y el humo que desprende es el que vio Oxenshuer desde el borde de la ciudad.

Su llegada a la plaza sirve de señal. En pocos instantes, se hace el silencio. La música muere, la danza se detiene y nadie se mueve. Oxenshuer, flanqueado por sus patrocinadores Nick y Will, y precedido por su hermano Matt, avanza inquieto hacia el trono del Orador. El anciano se pone de pie y hace un gesto, evidentemente una bendición.

—Que Dionisos te reciba en su seno —dice el Orador, y su voz sonora llega a toda la plaza—. Bebe y deja que el santo cure tu

alma; bebe y deja que el océano bendito te sumerja. Bebe. Bebe.

—Bebe —dice Matt, y lo guía hacia las barricadas.

Una chica de unos catorce años, desnuda, con el cuerpo brillante de sudor, le da una copa. Oxenshuer la llena y se la lleva a los labios. Es el vino dulce y espeso, el vino sacramental que bebió el día que luchó con Matt. Se desliza fácilmente por su garganta. Bebe más y se sirve una y otra vez, a medida que se le termina.

El Orador hace un gesto y la música se reanuda. Se reemprenden los frenéticos bailes. Tres hombres desnudos arrojan más leños al fuego y éste arde con furia, enviando chispas hasta lo alto de la cruz que remata la iglesia. Nick, Will y Matt conducen a Oxenshuer hasta un grupo de bailarines que giran a toda velocidad alrededor del fuego gritando, cantando, golpeando los pies contra el pavimento y alzando los brazos al cielo. Al principio, Oxenshuer se siente desconcertado por sus coribánticos movimientos y siente vergüenza de imitarlos, pero cuando el vino llega a su cerebro deja de lado su timidez y salta con tantas ganas como los demás; deja de ser un espectador de sí mismo y participa plenamente. Gira. Golpea. Salta. Grita. Gira. Golpea. Salta. Grita. La danza centrifuga su mente: lagos de sangre se forman en las paredes de su cráneo y, mientras gira, invaden las circunvoluciones de su cerebelo. El calor del fuego hace brillar su piel. Canta:

Dile al santo que caliente mi corazón,
dile al santo que me dé aliento,
dile al santo que sacie mi sed.

Sed. Cuando ha danzado tanto que su aliento es fuego en la garganta, sale vacilante del círculo y se sirve generosamente de una canilla. Su ansia por el vino espeso lo asombra. Es como si estuviera sediento desde hace siglos, como si cada una de sus células se hallara reseca y marchita, y sólo el vino pudiera restaurarlo.

Regresa al círculo. Su cabeza late, sus pies descalzos golpean los guijarros, sus brazos quieren abrazar el cielo. Éste es el dios cuyo nombre es música. Éste es el dios cuya alma es vino. Hay noventa o cien personas en el círculo central de bailarines, ahora, y se han formado otros círculos en las esquinas de la plaza, de modo que todo el inmenso espacio es un nido de cegadores vórtices de movimiento. Esos vórtices le atraen, le absorben fuera de sí mismo; está perdiendo todo sentido de su persona como entidad individual.

Saltando, gritando, cantando, golpeando,
levantando, trepando, volando, remontándose,
disolviéndose, uniéndose, amando, brillando,
cantando, remontándose, uniéndose, amando.

—Ven —murmura Matt—. Ahora tenemos que luchar un poco.

Descubre que han construido un foso para la lucha en la esquina más lejana de la plaza, frente a la iglesia. Es cuadrado y tiene listones bajos de madera, de unos diez metros de longitud por cada lado, que limitan el espacio lleno de arena del desierto. El Orador ha girado su majestuoso asiento, de modo que ahora mira hacia el foso; todos los demás se amontonan alrededor del lugar donde lucharán. La multitud abre paso a Matt y Oxenshuer. No lejos del foso, Matt se quita la túnica; su fornido cuerpo desnudo está brillante de sudor. Oxenshuer también se desnuda, después de vacilar un instante. Avanzan hacia la entrada del foso. Antes de entrar, un chico les da una botella de vino a cada uno. Oxenshuer, que ya se siente flojo y mareado a causa de la bebida, se pregunta qué efecto tendrá ese vino en su coordinación física, pero coge la botella y bebe varios sorbos. Un momento después, está vacía. Una jovencita le ofrece otra.

—Bebe unos pocos sorbos —le aconseja Matt—. En honor del dios.

Oxenshuer hace lo que le dicen. También Matt está bebiendo de la segunda botella. Luego sonrío, y de repente arroja el vino sobrante a Oxenshuer, que no vacila en tomar su desquite. Se oyen gritos de alegría. Ambos hombres están empapados en vino dulce y pegajoso. Matt ríe a carcajadas y le da una palmada en la espalda a Oxenshuer. Entran en el foso.

Vino en mi corazón hoy,
sangre en mi garganta hoy,
fuego en mi alma hoy,
te alabamos, oh, Señor.

Giran uno alrededor del otro, cautelosamente. Hermano contra hermano. Rómulo y Remo, Caín y Abel, Osiris y Set; el antiguo ritual, el conflicto eterno. Ninguno de los dos ataca. Oxenshuer se siente pesado por el vino y su cerebro está obtuso, pero se siente poseído por una extraña liviandad; cada vez que sus pies tocan la arena, el contacto le provoca un sobresalto de placer. Está muy

consciente de hallarse vivo, móvil, vigoroso. La sensación crece y lo posee. Se lanza de súbito hacia delante, agarra a Matt y trata de derribarlo. Forcejean rígidos y casi inmóviles. Matt no cae, pero su contraataque no puede con Oxenshuer. Están de pie, enlazados, cuerpo contra cuerpo sudado y manchado de vino, y después de unos dos minutos de intensa tensión se sueltan, como si se hubieran puesto de acuerdo, y retroceden temblorosos, alejándose. Giran nuevamente. Hermano. Hermano. Abel. Caín. Oxenshuer se agazapa. Extiende las manos, tratando de agarrar algo. Nuevamente saltan el uno hacia el otro, se aferran y quedan inmóviles. Esta vez los brazos de Matt pasan como garfios alrededor de Oxenshuer y tratan de levantarlo del suelo para derribarlo. Oxenshuer no se mueve. En la frente de Matt las venas están hinchadas, y Oxenshuer sospecha que en la suya también. Sus caras aparecen amoratadas. Los músculos laten a causa del esfuerzo continuado. Matt jadea, pierde apoyo y trata de retroceder; instantáneamente, Oxenshuer se hace a un lado, le coge el brazo y se lo acerca. Una vez más, se abrazan. Por turno, se balancean, pero no caen. El vino y el esfuerzo nublan la visión de Oxenshuer, que está borracho de fatiga. Empujando, apretando, retorciendo, tirando, recorre el foso con Matt hasta que, bruscamente, sus percepciones disminuyen, tiene un momento de oscuridad total y cuando recupera los sentidos queda atónito al descubrir que está luchando no con Matt, sino con Dave Vogel. Amigo de infancia, rival en el amor, compañero en el espacio. Vogel, más próximo a él que cualquier hermano de sangre, ahora aquí, en el foso, con él. Delgado, cabellos rubios, nariz respingada, cejas gruesas, hombros musculosos.

—¡Dave! —grita Oxenshuer—. ¡Oh, Dios mío, Dave, Dave!

Lo abraza. Vogel le sonríe y se derrumba en el suelo del foso.

—¡Dave! —grita Oxenshuer cayendo encima de él—. ¿Cómo llegaste aquí, Dave?

Cubre el cuerpo de Dave con el suyo. Lo abraza con una terrible llave. Murmura el nombre de Vogel, susurrando maravillado, y deja escapar mil preguntas. ¿Vogel le responde? Oxenshuer no está seguro. Piensa que oye respuestas, pero no corresponden a las preguntas. Después, Oxenshuer siente unos dedos que le golpean la espalda.

—Muy bien, John —está diciendo Will—. Lo derrotaste sin

discusión. Ya terminó. Ponte en pie, hombre.

—Ven, Coge mi mano —dice Nick.

Confuso, Oxenshuer se levanta. Matt está tirado en la arena, tratando de recuperar el aliento y masajeándose el cuello, pero sonríe.

—Oye, esa llave es estupenda —dice—. ¿La aprendiste en la universidad?

—¿Disputamos otra caída? —pregunta Oxenshuer.

—No hace falta. Ahora vamos a la casa del dios —le propone Will.

Ayudan a Matt a levantarse. Les traen vino, que Oxenshuer traga con avidez. Los cuatro se alejan del foso, pasan a través de la multitud que se separa y se dirigen hacia la iglesia.

Oxenshuer nunca había estado allí. A excepción de una especie de altar en el otro extremo, el enorme edificio se encuentra totalmente vacío: no hay púlpitos, bancos, sillas, capillas ni coro. Una luz misteriosa se filtra por las vidrieras de colores e impregna el vasto espacio interior. El Orador ya ha llegado; está de pie ante el altar. Oxenshuer se arrodilla ante él, como le indica Matt en un susurro. Matt se arrodilla a la izquierda de Oxenshuer; Nick y Will detrás de ellos. Una música de órgano fantasmal y etérea comienza a filtrarse por una reja oculta. La congregación se está reuniendo. Oxenshuer escucha los ruidos de la gente detrás: toses y algunos murmullos. Pronto, los himnos familiares resuenan en la iglesia.

Voy a casa del dios y su fuego me consume.

Grito el nombre de dios y su trueno me ensordece.

Tomo la copa del dios y su vino me disuelve.

Vino. El Orador ofrece un cáliz dorado a Oxenshuer, que bebe. Un vino distinto: frío, transparente. A su espalda comienza un himno, que nunca había oído, en un lenguaje que no entiende. ¿Griego? Los ritmos son fieros y marcados; es la música de las bacantes, una canción órfica, extraña y aterradora al principio, y después, extrañamente reconfortante. Oxenshuer apenas conserva la conciencia. No comprende nada. Le están ofreciendo la comunión. Una hostia en una bandeja de plata: pan moreno, crujiente,

marcado con un signo desconocido. Come, bebe. Éste es mi cuerpo. Está es mi sangre. Más vino. Hay figuras moviéndose a su lado, y otros se adelantan para comulgar. Está perdiendo el sentido del espacio y del tiempo. Se aleja de la dimensión física y deriva por un océano, un vasto mar cálido, un mar de suaves ondulaciones que lo sostiene fácil y alegremente. Percibe luz, calor, tamaño y ausencia de peso, pero no percibe nada tangible. El vino. La hostia. ¿Una droga en el vino, quizá? Se desliza del mundo y cae en el universo. Éste es mi cuerpo. Ésta es mi sangre. Ésta es la experiencia de unidad y totalidad. Tomo la copa del dios y su vino me disuelve. Qué calma hay aquí. Qué vacío. No hay nadie aquí; ni siquiera estoy yo. Y todo irradia una luz tibia y pura. Floto. Avanzo. Yo, yo, yo. John Oxenshuer. John Oxenshuer no existe. John Oxenshuer es el universo. El universo es John Oxenshuer. Éste es el dios cuya alma es vino. Éste es el dios cuyo nombre es música. Éste es el dios que arde como el fuego. Dulce llama del olvido. El cosmos se está expandiendo como un globo. Creciendo. Creciendo. Ve, hijo; nada hacia Dios. Jesús aguarda. El santo, el santo loco, el viejo dios borracho que es un santo te conducirá a la bienaventuranza, querido John. Recupera tu integridad. Recupera tu nada. Voy a casa del dios y su fuego me consume. Ve. Ve. Ve. Grito el nombre del dios y su trueno me ensordece. *¡Dionisos! ¡Dionisos!*

Todas las cosas se disuelven. Todas las cosas se vuelven una.

Esto es Marte. Oxenshuer, utilizando los controles manuales, deja que su nave se deslice livianamente los últimos quinientos metros antes de tocar tierra, controlando el cabeceo, moviéndose serenamente entre las nubes rojas que giran a causa del escape de sus cohetes. Luz de contacto. Motor detenido.

—Muy bien, Houston. He aterrizado en la base de Gulliver.

Su mensaje viaja velozmente por el espacio. Con paciencia, aguarda a que llegue y, al fin, recibe la respuesta de Control de Misión.

—De acuerdo. ¿Está listo para controlar todos los sistemas antes del EVA?

—Empezaré el control ahora mismo, Houston.

Realiza velozmente la revisión de rutina, con la seguridad que nace de la total familiaridad. Todo está bien en la nave, cuyo elegante cerebro mecánico funciona maravillosamente, sin un fallo.

Ahora Oxenshuer se retuerce mientras se coloca el equipo en la espalda, grande e incómodo. Ponérselo sin la ayuda de otro astronauta es más difícil de lo que esperaba, aun con la baja gravedad marciana. Revisa su provisión básica de oxígeno, su sistema de ventilación, su circuito de agua, su sistema de comunicaciones. Con el casco, los guantes y el traje sellado, habita un universo de bolsillo totalmente autónomo. Desmontando la pala mecánica comprueba su provisión de aire comprimido. Todo está en orden.

—¿Tengo autorización para quitar la presión en la cabina, Houston?

—Tiene autorización, John. Usted manda. Quite la presión en la cabina.

Da la señal y aguarda que la presión se desangre. Los indicadores tiemblan. Finalmente, puede abrir la escotilla. Tiene autorización para salir de la nave, John. Se echa al hombro la pala y baja cuidadosamente por la escalerilla. Las botas muerden la arena roja. En esta longitud es mediodía en Marte, y el cielo púrpura tiene un cálido resplandor dorado. Oxenshuer se acerca al túmulo. Se alegra al descubrir que tendrá que excavar relativamente poco: la fuerza de sus cohetes, durante el descenso, ha desalojado buena parte de la arena que cubría la tumba de sus amigos. Ágilmente, coloca la pala en su lugar y empieza a retirar el resto de la arena. Pocos minutos después, la brillante cúpula de la tortuga es visible en varios lugares. Oxenshuer trabaja con más delicadeza, rascando con cuidado, hasta que toda la cúpula queda al descubierto. Enfoca su linterna hacia ella y ve los cuerpos de Vogel y Richardson. No llevan casco, y sus trajes están abiertos: vestimenta informal; la mejor para morir. Vogel está sentado ante los controles de la tortuga. Richardson yace detrás de él, en el suelo del vehículo. Sus caras están resacas, casi desprovistas de carne, pero sus rasgos conservan la expresión y Oxenshuer se da cuenta de que tuvieron una muerte pacífica, aceptando el final con tranquilidad. Pacientemente, trabaja para levantar la cúpula de la tortuga. Por fin, el cierre cede y la cúpula se abre. Metiéndose dentro, desliza sus brazos bajo el cuerpo de Dave Vogel y lo saca del traje espacial. Es muy ligero: una momia, una efigie. Vogel parece no pesar nada. Oxenshuer lleva el cadáver reseco hasta la nave con

facilidad. Sube la escalerilla con Vogel en sus brazos. Dentro, rompe el contenedor de plástico adornado con la bandera que le ha proporcionado la NASA, y envuelve tiernamente el cuerpo con él. Estiba a Vogel en la bodega de la nave. Luego vuelve a la tortuga para sacar a Bud Richardson. En una hora, termina el trabajo.

—Misión cumplida, Houston.

La cápsula de aterrizaje se precipita con toda precisión en el Pacífico. El barco de salvamento, a sólo tres kilómetros de distancia, se acerca al lugar mientras los helicópteros se colocan en posición sobre la nave espacial que se balancea. Los hombres rana acuden a colocar el cinturón de flotación: la vieja, vieja rutina. Inmediatamente, se abre la escotilla. Oxenshuer emerge. El helicóptero más próximo baja su barquilla de rescate. Oxenshuer desaparece dentro de la nave y vuelve un momento después con el cuerpo amortajado de Vogel, que entrega a los nadadores. Lo ponen en la barquilla y ésta sube hasta el helicóptero. Después, el cuerpo de Richardson y el mismo Oxenshuer.

El Presidente aguarda en la cubierta del barco de salvamento. Con él están las dos viudas, vestidas de negro, con los ojos secos, de pie, firmes y rígidas. El Presidente sonríe cálidamente a Oxenshuer y le estrecha la mano.

—Un trabajo estupendo, capitán Oxenshuer. Todo el mundo le está agradecido.

—Gracias, señor.

Oxenshuer besa a las viudas. A la mujer de Richardson primero; un abrazo y unos suaves murmullos de consuelo. Después se acerca a Claire, consciente de la presencia de las cámaras de televisión. La estrecha castamente. Castamente, aprieta su mejilla contra la de Claire.

—Tenía que traerlo, Claire. No podía descansar hasta recuperar esos cuerpos.

—No tenías por qué hacerlo, John.

—Lo hice por ti.

Le sonríe. Los ojos de Claire son brillantes y cariñosos.

Hay una ceremonia en cubierta. El Presidente concede condecoraciones póstumas a Richardson y Vogel. Oxenshuer se pregunta si sujetarán las medallas a los cuerpos, como las etiquetas que colocan a los cadáveres en el depósito, pero no; se las entregan

a las viudas. Después, Oxenshuer recibe a su vez una medalla por su dramático retorno a Marte. El Presidente pronuncia un pequeño discurso. Oxenshuer finge escuchar, pero casi todo el tiempo sus ojos están fijos en Claire.

Con Claire sentada a su lado, una vez más se aleja de Los Ángeles por la carretera de San Bernardino, en dirección Este, cruzando los suburbios de plástico, atravesando Alhambra y Azusa, pasando por Covina Hills, Forest Lawn, San Bernardino, Banning e Indio, hasta llegar al desierto. Es un hermoso día de finales de invierno y las lluvias recientes han reverdecido las colinas y hecho florecer los cactus. Él vigila cuidadosamente los puntos de referencia: llanuras, lagos secos.

—Creo que es aquí. En realidad, estoy seguro.

Deja la carretera y conduce el auto en dirección Noreste. Sí, no hay duda: allí está el lecho seco del lago y su coche abandonado, con aspecto antiguo, oxidado y corroído, con la capota levantada, las ruedas y el motor saqueados por los rateros hace mucho tiempo. Aparca su auto al lado, sale, se coloca la mochila. Hace señas a Claire.

—Vamos. Tendremos que andar bastante.

Ella sonríe tímidamente. Baja del coche y se apoya apenas contra John, rozando sus labios con los suyos. Él empieza a temblar.

—Claire. ¡Oh, Dios, Claire!

—¿Cuánto tendremos que andar?

—Horas.

 l adapta sus pasos a los de la muchacha. Si es necesario, acamparán durante la noche y llegarán a la ciudad al otro día, pero confía en estar allí antes del amanecer. Claire es fuerte, por lo que cree en la posibilidad de cubrir el trayecto en cinco o seis horas, pero existe la posibilidad de que él no pueda encontrar las mesetas gemelas. No tiene brújula, no tiene mapas; sólo cuenta con su intuición para guiarlo hasta la ciudad. Se encaminan hacia el Norte. Ninguno de los dos habla mucho. Cada media hora se detienen para descansar; él se quita la mochila y ella le da la cantimplora. El aire es suave y fragante. Unas liebres audaces los acompañan. Hay pimpollos por todas partes. Oxenshuer, transfigurado por el amor, siente deseos de saltar y elevarse.

—Pronto veremos las mesetas.

—Espero que sí. Estoy empezando a cansarme, John.

—Si quieres, podemos detenernos y acampar.

—No. No. Sigamos. No puede estar muy lejos, ¿verdad?

Siguen. Oxenshuer calcula que ya han recorrido doce o trece kilómetros. Y aunque se hayan desviado un poco, tendrían que entrever las mesetas; le preocupa no verlas. Si no las encuentra en la media hora siguiente acampará, porque no quiere andar después de la puesta del sol.

Súbitamente, suben a una pequeña colina y las mesetas aparecen: dos enormes rocas escarpadas de color gris oscuro que se recortan contra la arena. Las sombras del anochecer las oscurecen parcialmente, pero son inconfundibles.

—Allí están, Claire. Allá.

—¿Ves la ciudad?

—Desde aquí es imposible. No sé por qué, nos hemos acercado desde un costado. Pero llegaremos pronto.

A un paso más rápido, ahora, bajan por la suave pendiente hacia la llanura. Las mesetas dominan la escena. El corazón de Oxenshuer late con fuerza, y no es sólo por el esfuerzo de llevar su mochila. Allá aguardan Matt y Jean, Will y Nick, el Orador, la casa del dios, el laberinto. Darán la bienvenida a Claire, su mujer; le asignarán una casita en el borde de la ciudad, iniciarán a Claire en sus ritos. Pronto. Pronto. Las mesetas se acercan.

—John, ¿dónde está la ciudad?

—Entre las mesetas.

—No la veo.

—Desde aquí es imposible. Lo único visible es la empalizada, y cuando te acercas ves algunos tejados.

—Pero ni siquiera veo la empalizada, John. Sólo un espacio abierto entre las mesetas.

—Son las sombras. El ojo se engaña con facilidad.

Pero a él también le parece raro. Ciertamente, a la hora del crepúsculo es posible engañarse, pero tiene la impresión de que no hay nada entre las mesetas. ¿Acaso no serán las mismas mesetas? Resultaría difícil. A causa de su forma original y única, nunca podría confundirlas con otras formaciones. ¿Y la ciudad, entonces? ¿Dónde se ha ido la ciudad? A cada paso se siente más inquieto. Trata de esconder su nerviosismo a Claire, pero ella está tensa,

irritable, casi aterrada. Le pregunta repetidas veces qué ha sucedido, si se han extraviado. Él la tranquiliza lo mejor posible. Éste es el lugar, le dice. Quizá la ciudad es invisible a causa de una ilusión óptica, o tal vez por otra clase de ilusión, obra de la gente de la ciudad.

—¿Significa que no nos quieren, John? ¿Que nos están ocultando la ciudad?

—No lo sé, Claire.

—Estoy asustada.

—No tengas miedo. Dentro de unos minutos sabremos la respuesta.

Cuando están a unos quinientos metros de las mesetas, Claire pierde el control. Solloza y sale corriendo hacia delante, entre los cactus, hacia la separación de las mesetas. John la llama, le dice que lo aguarde, pero ella sigue corriendo, desvaneciéndose entre las profundas sombras. Incomodado por su enorme mochila, corre tras ella tropezando, jadeante. La ve desaparecer entre las mesetas. Débil y mareado la sigue, y pocos momentos después llega a la entrada del cañón.

No hay ciudad. No ve a Claire.

La llama. Sólo le responden unos ecos burlones. Desconcertado, entra en el cañón, mirando las escarpadas laderas de las mesetas, recordando calles, avenidas, casas.

—¿Claire?

Nadie. Nada. Y llega la noche. Se abre camino por el terreno disparejo y rocoso hasta que llega al otro extremo del cañón; mira las mesetas, mira el desierto y no ve a nadie. La ciudad la ha devorado y la ciudad ha desaparecido.

—¡Claire! ¡Claire! Silencio.

Fatigado, deja caer la mochila y se sienta durante un largo rato. Finalmente, extiende el saco de dormir. Se mete en él, pero no duerme. Espera que pase la noche y, cuando llega el amanecer, busca nuevamente a Claire, pero no hay rastros de ella. Muy bien. Muy bien. Se rinde. No hará preguntas. Carga con la mochila y comienza el largo camino de vuelta a la carretera.

A media mañana, llega al coche. Se vuelve y mira el desierto, resplandeciente a la luz del mediodía. Luego se mete en el auto y se aleja.

Entra en su apartamento del bulevar Hollywood. Desde aquí emprendió el camino hacia el desierto, hace muchos meses; ahora ha vuelto al punto de partida. Una gruesa capa de polvo cubre los muebles baratos y utilitarios. El aire huele a cerrado. Todas las cortinas están corridas. Vagabundea entre el vestíbulo y el saloncito, entre el saloncito y el dormitorio, entre el dormitorio y la cocina, entre la cocina y el vestíbulo. Se quita las botas y se acuesta en la gastada alfombra del saloncito, boca abajo, con los ojos cerrados. Tan cansado. Tan vacío. Descansaré un poco.

—¿John?

Es la voz del Orador.

—Déjeme en paz —dice Oxenshuer—. La he perdido. Lo he perdido a usted. Creo que me he perdido a mí mismo.

—Te equivocas. Ven con nosotros, John.

—Lo hice. No estaban allí.

—Ven ahora. ¿No sientes la llamada de la ciudad? La Fiesta ha terminado. Ya va siendo hora de que te instales aquí.

—No pude encontrarlos.

—En aquel momento seguías perdido en tus sueños. Ven ahora. Ven. El santo te llama. Jesús te llama. Claire te llama.

—¿Claire?

—Claire.

Lentamente, Oxenshuer se pone de pie. Cruza la habitación y abre las cortinas. La ventana da al bulevar Hollywood, pero mirando hacia fuera ve solamente las rojas llanuras de Marte, erosionadas y llenas de cráteres, brillando con la luz roja del mediodía. Vogel y Richardson están allí, saludándolo con los brazos. Sonriendo. Llamándolo. Las láminas delanteras de sus cascos brillan a la fría luz de las estrellas. Ven, le gritan. Te estamos aguardando. Oxenshuer responde a su saludo y va hacia otra ventana. Allí también ve un desierto deshabitado. ¿Será Marte, también, o el desierto de Mojave? Es incapaz de decirlo. Todo es seco, inhóspito y bello, con la serena y trascendente belleza de la desolación. Ve a Claire a cierta distancia. Ella le da la espalda. Se dirige con paso firme y confiado hacia las mesetas gemelas. Entre éstas se alza la Ciudad de la Palabra de Dios, dorada y radiante bajo la cálida luz del sol. Oxenshuer asiente. Es el momento. Irá hacia ella. Irá hacia la ciudad. La Fiesta de san Dionisos ha terminado y la

ciudad lo llama.

Reúnenos. Llévanos al océano.

Ayúdanos a nadar. Danos de beber.

Vino en mi corazón hoy,
sangre en mi garganta hoy,
fuego en mi alma hoy.

Te alabamos, oh Señor.

Oxenshuer corre, estirando el paso. Ve las mesetas; ve la empalizada. El sonido de lejanos cánticos resuena en sus oídos. «¡Por aquí, hermano!», grita Matt. «De prisa, John», grita Claire. Corre. Tropezas, y se recupera y vuelve a correr. Vino en mi corazón hoy. Fuego en mi alma hoy. «Dios está en todas partes —le dice el santo—. Pero, ante todo, Dios está dentro de ti». El desierto es un mar, el gran océano tibio que acuna, la inmortal madre marina de todas las cosas, y Oxenshuer se interna alegremente en él, deriva, flota y deja que se apodere de él y lo lleve donde quiera.

VIAJES

Trips

¿Este sendero tiene corazón? Todos los senderos son iguales: no llevan a ninguna parte. Son senderos que atraviesan los matorrales, que entran en los matorrales. En mi propia vida, podría decir que he seguido senderos muy, muy largos, pero no estoy en ninguna parte... ¿Este sendero tiene corazón? Si lo tiene, el sendero es bueno; si no, es inútil. Ambos senderos llevan a ninguna parte, pero uno tiene corazón y el otro no. Uno sirve para hacer un viaje gozoso; mientras lo recorres, te confundirás con él. El otro hará que maldigas tu vida.

Las enseñanzas de Don Juan

I

El segundo lugar adonde se llega —el primero se había demostrado insatisfactorio, por una u otra razón— es una ciudad que casi podría ser San Francisco. Quizá lo es, asentada allí en la península, entre el océano y la bahía, edificios blancos trepando sobre colinas increíblemente empinadas. En su espacio psíquico ocupa el lugar que San Francisco ha ocupado siempre, aunque en realidad todavía no sabe cómo se llama a sí misma esta ciudad. Quizá lo descubra dentro de poco.

Usted avanza. Lo primero que siente es la rareza de lo familiar y luego la total y desalmada familiaridad de lo raro. Los automóviles, por ejemplo, y hay muchos, son todos semiorugas: sedanes bajos, lustrosos, sexys, que tienen el llamativo diseño de Detroit, los cromados habituales, la línea aerodinámica habitual, las ventanas bajas y brillantes, pero sólo dos ruedas, ambas delante, con un par de cadenas de transmisión que giran interminablemente detrás.

¿Será un buen diseño para la ciudad? ¿Quién sabe? Evidentemente, alguien lo cree aquí. Y después, los periódicos: el formato es el mismo, columnas angostas, titulares llamativos y escandalosos, millas de tipografía negra sobre un papel ordinario blanco grisáceo, pero los nombres y los lugares han cambiado. Usted examina la primera página de un diario en el escaparate de la máquina vendedora automática que hay en el bordillo. Gran foto del Secretario DeGrasse haciendo de anfitrión en una recepción en honor del embajador de Patagonia. Un relato de las masacres tribales en las mesetas de Dzungaria. Detalles de la epidemia de soledad que está devastando Persépolis. Cuando los semiorugas se atascan en las laderas de las colinas, cosa que sucede con frecuencia, los otros conductores hacen sonar campanadas argentinas, expresando cortésmente su impaciencia. Hombres que tienen aspecto de navajos cantan lo que parecen sutras en las esquinas. Las luces de tránsito son azules y anaranjadas. Las ropas tienden hacia lo prosaico, grises y azul oscuro, pero el corte y la factura de las chaquetas masculinas tienen un aspecto anguloso, formal, siglo XVIII, que raya en la pomposidad. Levanta usted una moneda brillante que está tirada en la calle; es vagamente metálica pero gomosa, como si pudiera comprimirla entre sus dedos y sus gruesos cantos tienen una inscripción grabada: «A Dios debemos nuestras espadas». En la manzana contigua un edificio achaparrado de dos pisos está en llamas y unos agitados empleados interpretan una danza desesperada. El coche de los bomberos es de un verde brillante y su bomba parece un cañón diabólico, embellecido con majestuosas pestañas; despidе una resplandeciente espuma amarilla que devora las llamas y, oxidándose, corre por la cuneta un hilo de fluido azul inerte. Aquí, todo el mundo usa gafas; *todo el mundo*. En un café con mesas en la acera, pálidas camareras sirven jarras de leche hirviendo en las que los silenciosos e impasibles clientes ponen canela, mostaza y lo que parece ser tabasco. Ofrece usted su moneda y prueba una muestra, imitando lo que hacen, y todos se echan a reír. La chica que hay detrás de la barra empuja hacia usted un grueso montón de billetes, para darle la vuelta: República Federal Unida Colombiana reza cada billete. Válido para un intercambio. Firmas ilegibles. Retrato de un primitivo dirigente de la república, tan famoso que ningún rótulo lo identifica; lleva

peluca, tiene ojos descoloridos y aire extático. Bebe usted su leche, soplándola suavemente. Una ligera espuma comienza a formarse en su superficie moteada. Unas sirenas empiezan a gemir. Alrededor de usted, los demás bebedores de leche se agitan inquietos. Se acerca un desfile. Trompetas, tambores, cánticos lejanos. Mire. Cuatro muchachos desnudos llevan una litera abierta y cubierta de brocado en la que se apoya un inmenso bloque de hielo, un gran cubo cubierto de escarcha, misterioso, impenetrable.

—¡Patagonia! —gritan tristemente los mirones. Es como si les arrancaran la palabra—: ¡Patagonia!

Luego, andando, solitario, avanza un obispo mitrado, todo él de verde, haciendo reverencias a la multitud, arrojando vivaces bendiciones, como si fueran flores.

—¡Olvidad vuestros pecados! ¡Pagad vuestras deudas! ¡Todo vuelve a ser nuevo! ¡Todo es bueno!

Se estremece usted y estudia atentamente sus ojos cuando pasa a su lado, esperando que lo escoja para abrazarlo. Es terriblemente alto pero canoso y frágil, de algún modo, a pesar de su agilidad y energía. Le recuerda a Norman, el hermano mayor de su mujer y usted se pregunta si le podrá dar noticias de Elizabeth, la Elizabeth de este sitio, pero usted no dice nada y él sigue de largo. Y entonces llega un tremendo cadalso de madera sobre ruedas, un verdadero monstruo destructor de hombres en cuya cima se yergue una estatua pulimentada, labrada en una resplandeciente piedra negra: una figura humana masculina, gorda, con los brazos intrincadamente cruzados, rostro complaciente. La estatua emana una sensación de amplia calma sumeria. La cara es la del secretario DeGrasse.

—Moriré en la primera niebla —murmura un hombre a su izquierda. Otro, volviéndose bruscamente, dice con fuerza.

—No; se hará como corresponde. Durará hasta el tiempo de los accidentes, tal como se espera. Apuesto a que será así.

Instantáneamente están casi tocándose, mirándose furiosos y después apuestan... un ritual tenso y complicado que incluye golpes en las palmas de las manos, intercambios de trozos de papel, escupitajos formales, exhortaciones histéricas a los testigos. El clima emocional de aquí parece un poco excesivo. Decide usted marcharse. Cautelosamente se aleja del café, mirando en todas

direcciones.

II

Antes de que empezara sus viajes se le dijo que era esencial definir el papel que pensaba desempeñar. ¿Iba a ser turista, o explorador, o un infiltrado? Ésas son las opciones que se plantean a cualquiera que llega a un sitio nuevo. Cada una presenta riesgos especiales.

Optar por ser un turista es elegir la senda más fácil y despreciable; en el fondo es también la más peligrosa, en cierto sentido. Hay que aceptar los epítetos que corresponden al papel: pensarán en usted como un turista *tonto*, un turista *ignorante*, un turista *vulgar*, un *simple* turista. ¿Quiere ser considerado *simple*?

¿Es capaz de aceptar eso? ¿Es ésa realmente la imagen que prefiere... desconcertado, perplejo, dejándose llevar de la nariz? Contratará excursiones, llevará guías y cámaras, irá a la catedral, al museo y al mercado y se quedará siempre fuera de las cosas, viendo mucho, no experimentando nada. ¡Qué desperdicio! Se verá disminuido justamente por el viaje que creyó iba a ampliar su vida. El turismo lo vacía y lo reseca. Todos los lugares se convierten en uno solo: un hotel, un guía sonriente, atezado, de gafas negras, un autocar, una plaza, una fuente, un mercado, un museo, una catedral. Usted se transforma en una cosa débil, marchita, hecha a base de folletos de viaje pegados entre sí; estaría desnudo si no fuera por las visas; la suma de las aventuras de su vida es una caja de monedas sobrantes de muchas tierras imposibles de distinguir.

Ser un explorador es hacer la elección del *macho*^[1]. Usted entra contoneándose, decidido a conquistar, porque ¿acaso cualquier descubrimiento no es una especie de conquista? Su posición existencial, como la de cualquier turista, queda fuera del centro de las cosas, pero usted no siente vergüenza por eso y mientras los turistas son esencialmente pasivos el papel del explorador es activo: un explorador se propone controlar ese centro, tomar posesión, exprimirlo. En el papel del explorador, usted se cubre conscientemente con las galas del poder: seguridad en sí mismo, cuenta en el banco bien nutrida, variedad de tarjetas de crédito.

Usted capitalizará el atractivo de ser un forastero. Su curiosidad es invencible; hace preguntas desvergonzadas acerca de los temas más íntimos, sin abandonar el contacto visual ni por un instante. Usted abre puertas cerradas con llave y dirige luces brillantes hacia cuartos llenos de cortinas. Usted es Magallanes, es Malinowski, es el capitán Cook. Usted ganará mucho pero —¡ah, éste es el precio!— siempre será temido y odiado, nunca se le permitirá llegar al auténtico centro. Y la superficialidad no es el peor peligro. Recuerde que Magallanes y el capitán Cook dejaron sus huesos en playas tropicales. A veces los nativos se impacientan con los exploradores.

Pero... ¿el infiltrado? Es, al mismo tiempo, el papel más difícil y el más provechoso. ¿Será el suyo? Considérelo. Tendrá que acertar con él cuando llegue a su destino, aprender las reglas instantáneamente, encontrar el camino como si fuera un veterano, descubrir la ubicación de tiendas y carreteras y hoteles, adivinar la unidad monetaria, las reglas de conducta social... y todos esos conocimientos deberán ser dominados subrepticamente, sólo por medio de la observación, mientras se mueve en silencio, disfrazado, *sin pedir ayuda jamás*. Debe transformarse en parte del mundo en el que ha ingresado y la manera de hacerlo es que todos supongan que usted ya es parte de él, que siempre ha formado parte de él. Aterrice donde aterrice tendrá que reconocer que la vida ha seguido su camino durante millones de años; la vida sigue, regularmente, con o sin usted. Usted es el intruso y si no quiere sentir su intrusismo será mejor que aprenda deprisa cómo encajar allí. Por supuesto que no es fácil. El infiltrado no tiene el privilegio de comprar estabilidad haciéndose el tonto. No podrá decir «¿Cuánto cuesta el billete del tranvía?» No podrá decir «Soy forastero y tengo esta clase de dinero, dólares, peniques, níqueles, reales; ¿son de curso legal aquí?» No se atreverá a identificarse como forastero en ninguna circunstancia. Si no conoce los modismos o le falta el acento, puedes decirles que se crió fuera de la ciudad, pero eso es lo máximo que puede revelar. La verdad es su eterno secreto, aun cuando tenga problemas, *especialmente* si tiene problemas. Cuando esté acorralado no tendrá tiempo de decir: «Mire, yo no he nacido en este universo, ¿sabe? Llegué zumbando desde otro lugar, de modo que perdóneme, excúseme, compadézcame». No, no, no; no

puede hacer eso. No le creerán y, aunque lo hagan, será peor para usted cuando lo sepan. Si quiere infiltrarse, Cameron, tiene que fingir hasta el fin. Sonrisa confiada; mirada dura y firme. Y tiene que infiltrarse. Lo sabe, ¿verdad? En realidad, no puede elegir.

La infiltración también tiene sus peligros. La parte dura llega cuando lo descubren, y siempre será descubierto. Entonces reaccionarán rencorosamente ante su engaño; golpearán con furia ciega. Si tiene suerte, se habrá marchado antes de que descubran su grasiento secretito. Antes de que encuentren el libro de frases desechado en el cuarto de la pensión, antes de que tropiecen con las páginas arrancadas de su diario íntimo. Le descubrirán. Siempre lo hacen. Pero en ese momento usted ya estará en otro sitio, o así lo espera, fuera del alcance de su ira y su pena, fuera de su alcance, fuera de su alcance.

III

Suponga que le enseño, como documento A, la forma en que Cameron reacciona ante una situación extraordinaria. Usted puede comprobar su propia resistencia, tratando de imaginarse en su situación. En la mente de Cameron hubo una sensación muy parecida a la de la extinción del cosmos: el ruido de un trueno, oscuridad, un vacío, oscuridad total. Todo seguido por la vuelta de la luz, fluyendo hacia dentro sobre él, como la marea alta en las costas celestiales, una corriente de luminosidad moviéndose con inexorable certeza. Está de pie, atontado, en la parte alta de la ladera de una colina desnuda, a la cálida luz de un sol temprano. La casa... madera de secoya, ventana panorámica, esculturas de madera de deriva, cuadros, discos, libros, nevera, garrafas de vino tinto, alfombras, tejas, plantas de aguacate en tiestos de madera, cobertizo para el coche, calzada... todo desapareció. Las casas contiguas desaparecieron. La calle sinuosa desapareció. El bosque de eucaliptos que tendría que estar detrás de él, subiendo hasta la cima de la colina, desapareció. Abajo no hay Oakland, no hay Berkeley; sólo unas toscas chozas de colonos, esparcidas desordenadamente a lo largo de senderos sin pavimentar que bajan hacia la bahía de puro color azul. Atravesando el agua no está el

ponte; en la costa lejana no está San Francisco. El Golden Gate no cubre la brecha entre la ciudad y el promontorio de Marín. Cameron está atónito, no porque no esperara algo así, sino porque la transformación es tan completa, tan absoluta. Si ya no quiere a su mundo, había dicho el anciano, bien puede largarse, ¿no? Largarse, dejarlo. ¿Acaso no puede? Claro que puede. Así que Cameron se ha largado. Ahora está totalmente en otro lugar. Está donde está ahora, no está en casa. Las extensas ciudades y villas de la zona de la bahía no están aquí, nunca estuvieron. Adiós San Leandro, San Mateo, El Cerrito, Walnut Creek. Ve un paisaje de suaves colinas desiertas, praderas onduladas, la hierba seca y marrón del verano; la marca de la mano del hombre sólo se ve ocasionalmente. Comienza a adaptarse. Después de todo, esto debe ser lo que quiso, y aunque se siente conmovido por el choque de la transición se está recuperando rápidamente; se está adaptando; ya siente que podría ser de este lugar. Explorará este mundo nada familiar y si descubre que es bueno, encontrará un hueco donde instalarse. El aire es dulce. No hay nubes en el cielo. ¿Habrá ido, realmente, a un lugar nuevo o sigue en el antiguo y es todo lo demás lo que se ha ido? Es fácil. Él se ha ido. Todo lo demás se ha ido. El cosmos ha entrado en una fase de transición. Ya nada es estable. De ahora en adelante, la existencia de Cameron es un asunto condicional, sujeto a rápidas alteraciones. ¿Qué había dicho el anciano? Vaya donde quiera. Defina su mundo como le gustaría que fuera y vaya allí; si descubre que no le gusta esto o no necesita lo otro, vaya a otra parte. Este universo no es más que viajes. ¿Qué otra cosa hay? No hay más que viajes. Sólo viajes. De modo que aquí está, amigo. ¡Nuevos marcos! ¡Nuevas pautas! ¡Nuevo!

IV

Hay un ruido a su izquierda, el crujido de la hierba seca pisada y Cameron se vuelve, mirando directamente hacia el sol naciente y ve un hombre a caballo que se acerca a él. Es alto, delgado, más o menos de la estatura y la talla de Cameron, parece, pero quizá sea un poquitín más ancho de hombros. Sus cabellos, como los de Cameron, son rubios, pero mucho más largos; caen lacios sobre sus

hombros y le llegan hasta el pecho. Tiene una barba espesa y rizada, sin recortar pero pulcra. Lleva un sombrero de ala ancha, pantalones de piel y una chaqueta de cuero tostado. A causa del sol, al principio Cameron no distingue bien sus rasgos, pero después de un momento sus ojos se adaptan y ve que la cara del otro es muy parecida a la suya, labios delgados, nariz fuerte y afilada, barbilla partida, fríos ojos azules debajo de unas gruesas cejas. Claro. Tu cara es mi cara. Tú y yo, yo y tú, atraídos por el mismo sitio, en el mismo momento, atravesando muchos mundos. Cameron no había esperado esto, pero ahora que había sucedido, parecía ser inevitable.

Se miran. Ninguno habla. Durante ese momento silencioso Cameron inventa una escena para ambos. Imagina al otro desmontando, examinándole maravillado, andando a su alrededor, estudiando su cara, frunciendo el ceño, meneando la cabeza, finalmente sonriendo y diciendo:

—Caray. No sabía que tenía un hermano gemelo. Pero aquí está usted. Es como mirarme en el espejo.

—No somos gemelos.

—Tenemos la misma cara. Todo igual. Recorte un poco de cabello y nadie podría distinguirme de usted, ni a usted de mí. Si no somos gemelos, ¿qué somos?

—Somos más que hermanos.

—No le entiendo, amigo.

—La cosa es así: yo soy usted; usted es yo. Un alma, una identidad. ¿Cómo se llama?

—Cameron.

—Claro. ¿Nombre de pila?

—Kit.

—Una abreviatura de Christopher, ¿no? Yo también me llamo Cameron. Abreviatura de Christopher. Le digo que somos una única y misma persona, salida de dos mundos diferentes. Somos más que hermanos. Más que cualquier cosa.

No se dice nada de esto, sin embargo. En cambio, el hombre de las ropas de cuero pasa lentamente cerca de Cameron se detiene, le lanza una mirada larga y desprovista de curiosidad y dice simplemente:

—Buenos días. Bonito tiempo. —Y sigue adelante.

—Aguarde —dice Cameron.

El hombre se detiene. Mira hacia atrás.

—¿Qué?

Jamás pida ayuda. Finja siempre. Sonrisa confiada. Mirada dura y firme.

Sí. Cameron recuerda todo eso. Pero, con todo, la infiltración parece más fácil de lograr en una ciudad. Allí uno puede integrarse. Aquí es más difícil, expuesto como está en el severo paisaje despoblado.

Cameron dice, con el tono más casual posible, usando lo que espera sea un acento neutro y sin relieve:

—Vengo de tierra adentro. De muy lejos.

—Hum. No me pareció que fuera de esta comarca. Su ropa.

—Ropa de tierra adentro.

—Su forma de hablar. Es diferente. ¿Y?

—Soy nuevo aquí. Pensé que quizá pudiera indicarme un lugar donde alquilar un cuarto, hasta que pueda instalarme.

—¿Y llegó hasta aquí a pie?

—Tenía una mula. La perdí en el valle. Perdí todo lo que tenía.

—Hum. Los indios metiéndose de nuevo. Les das un poco de ginebra y se vuelven locos.

El otro sonrío apenas; luego la sonrisa se desvanece y se retira en su impasibilidad, sentado inmóvil con las manos en las caderas, su cara una máscara de paciencia que sólo parece ser una delgada cobertura para la impaciencia, o algo peor.

—¿Indios?

—Me hicieron pasar un mal momento —dice Cameron, entrando en la fantasía.

—Hum.

—Me limpiaron y me soltaron.

—Hum.

Cameron advierte que su sensación de compartir una identidad con este hombre disminuye. No hay manera de comprometerlo. Yo soy usted, usted es yo y sin embargo usted no se fija en el extraño hecho de que yo llevo su cara y su cuerpo, aparentemente no le intereso en absoluto. O, si no, usted oculta maravillosamente bien su interés.

Cameron dice:

—¿Sabe dónde podría conseguir alojamiento?

—No hay mucho por aquí. Hay pocos colonos de este lado de la bahía.

—Soy fuerte. Puedo hacer cualquier trabajo. Quizás usted podría...

—Hum. No.

Una fría despedida reluce en los ojos helados. Cameron se pregunta con qué frecuencia la gente del mundo de su vida anterior vio esa mirada en los suyos. Tira de las riendas. Se ha acabado su tiempo, forastero. El caballo gira y sigue ágilmente su camino por el sendero.

Desesperado, Cameron grita:

—¡Otra cosa!

—¿Hum?

—¿Usted se llama Cameron? —Una chispa de interés.

—Podría ser.

—Christopher Cameron. Kit. Chris. ¿Se llama así?

—Kit. —Los ojos del otro penetran los suyos. La boca se aprieta hasta que los labios se vuelven invisibles; no frunce el ceño, hace un movimiento pensativo, especula. Hay tensión en su forma de sujetar las riendas. Por primera vez, Cameron siente que ha establecido contacto.

—Sí. Kit Cameron. ¿Por qué?

—Su mujer —dice Cameron—. ¿Se llama Elizabeth?

La tensión aumenta. El otro Cameron se envuelve en un silencio explosivo. Algo terrible está creciendo en su interior. Luego, inesperadamente, la tensión se corta. El otro hombre escupe, gruñe, se derrumba en su silla de montar.

—Mi mujer murió —murmura—. Dígame, ¿quién diablos es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Soy... soy... —Cameron vacila. El miedo y la piedad lo abruman. Un mal comienzo, un lamentable comienzo. Tiembla. No había pensado que podía ser así. Haciendo un esfuerzo se controla y dice, fieramente—: Tengo que saberlo. ¿Se llamaba Elizabeth?

Como respuesta, el jinete golpea salvajemente los talones contra las costillas de su caballo y se aleja al galope, huyendo como si hubiese tenido un encuentro con Satanás.

V

Vaya, había dicho el anciano. Usted conoce los riesgos. La cosa es así: todo es fortuito, nada está fijado a menos que lo queramos así, y aun en ese caso, el sistema no es tan estable como pensamos. De modo que vaya. Vaya. Vaya, había dicho y, por supuesto, al oír una cosa así, Cameron fue. ¿Qué otra cosa podía hacer, ahora que poseía su libertad, más que abandonar su universo natal y probar uno diferente? O dos, tres, cinco universos diferentes. Era un riesgo, ciertamente. Podía perder todo lo que le importaba y no ganar nada que valiera la pena. ¿Y qué? Cada día está lleno de riesgos así; te juegas la vida cada vez que abres una puerta. Nunca sabes qué puede estar aguardándote, nunca, y sin embargo, eliges seguir jugando. ¿Cómo se puede esperar que un hombre llegue a ser todo lo que puede llegar a ser si se pasa toda la vida recorriendo el mismo patio? Vaya. Haga sus viajes. El tiempo se bifurca, una y otra y otra vez. Nuevos universos se separan instantáneamente ante cada decisión. Tire a la izquierda, a la derecha, haga sonar la bocina, cruce con la luz roja, apriete el acelerador, apriete el freno: toda acción hace brotar galaxias completas de posibilidades. Nos movemos a través de una sopa de infinitos. Si contener un estornudo genera un continuo alternativo, ¿cuáles serán entonces las consecuencias de los actos verdaderamente importantes, los asesinatos e inseminaciones, las conversiones, las renunciaciones? Vaya. Y mientras viaja, medite constantemente sobre estas ideas. Parte del juego es discernir los factores que conformaron los mundos que visita. ¿Cuál es la historia, aquí? Caminos de tierra, carros de caballos, ropa cosida a mano. No hubo Revolución Industrial, ¿verdad? El hombre de la máquina de vapor —¿cómo se llamaba, Savery, Newcomen, Watt?— ¿ahogado en la cuna? Ni minas, ni fábricas, ni cadenas de montaje, ni satánicos talleres. Eso debe ser. El aire es tan puro aquí; sólo por eso se sabe que es una era simple. Muy bien, Cameron. Ves rápidamente las pautas. Pero ahora, prueba en otro sitio. Tu propio ser te ha rechazado aquí y, además, en este lugar no hay Elizabeth. Cierra los ojos. Conjura el rayo.

VI

El desfile ha alcanzado un inquietante nivel de frenesí. Manifestantes y carrozas llenan ahora las calles laterales además de la gran avenida y no hay manera de huir de su demoníaco entusiasmo. Lluven gallardetes desde las ventanas de los edificios de oficinas y unas gigantescas fotografías del secretario DeGrasse han brotado en todas las paredes como oscuras infestaciones de líquenes. Un chico se acerca mucho a Cameron, extiende el puño cerrado, abre los dedos: en la palma de su mano descansa un estuche brillante adornado con gemas, en forma de huevo, del tamaño de un pulgar.

—Esporas de la Patagonia —dice—. Deme diez cambios y serán tuyas.

Cortésmente, Cameron declina la oferta. Una mujer que lleva un vestido azul y naranja lo coge del brazo y dice en tono urgente:

—Todos los rumores son ciertos, ¿sabe? Han sido confirmados. ¿Qué va a hacer respecto a eso? ¿Qué va a *hacer*?

Cameron se encoge de hombros, sonríe y se suelta. Un hombre que lleva botones brillantes pregunta:

—¿Le gusta el festival? Lo he vendido todo y el próximo Diadedios me mudo a la autopista.

Cameron asiente y murmura enhorabuenas, esperando que sean lo que corresponde. En una esquina se enfrenta, una vez más, con el obispo que se parece al hermano de Elizabeth, que *es*, concluye, el hermano de Elizabeth.

«Olvidad vuestros pecados», sigue gritando. «¡Pagad vuestras deudas!» Cameron mete la cabeza entre dos chicas regordetas que están en el bordillo e intenta llamarlo, pero su voz falla, emite sólo un ruido ronco e incomprensible y el obispo sigue de largo. Será mejor marcharse, se dice Cameron. Este lugar le agota. Ha llegado a él demasiado pronto y su carácter maniático es más de lo que quiere enfrentar. Encuentra un callejón silencioso y se queda allí, respirando hondo hasta que está suficientemente en calma para partir. Muy bien. Adelante.

VII

Las praderas vacías se extienden hasta el horizonte. Esto podría

ser el desierto de Gobi. Cameron no ve ciudades, ni pueblos, ni aldeas; sólo seis o siete tiendas negras y bajas, armadas formando un círculo en el claro entre dos montecillos gris verdoso, a pocos cientos de yardas del lugar donde se encuentra. Mira más allá, al otro lado de las tierras suavemente onduladas, y espía oscuras figuras animales en el límite de su visión: unos doce caballos, muy juntos, hocico con hocico, flanco con flanco, caballos con jinetes. O quizá sean una congregación de centauros. Todo es posible. Sin embargo, decide que serán indios, quizás una patrulla guerrera de jóvenes bravos, que acampan en estas llanuras desoladas. Le ven.

Muy posiblemente lo vieron un poco antes de que él los viera. Sin prisa, el grupo se deshace, gira, se pone en marcha hacia él.

Él aguarda. ¿Por qué iba a huir? ¿Dónde podría ocultarse? Su paso se acelera, del paso al trote, del trote al galope; ahora se zambullen hacia él con fluida ferocidad y una terrible impaciencia. Usan chaquetas abiertas de piel y toscas polainas de cuero; llevan lanzas, arcos, hachas de guerra y sables curvos; montan caballos pequeños y ágiles, poco más que poneys, incansables paquetes de energía. Lo rodean, tirando de las riendas; los pequeños y fieros corceles se encabritan y relinchan. Lo miran atentamente, señalan, ríen, intercambian comentarios duros y despreciativos en un lenguaje misterioso. Luego, solemnemente, los caballos echan a andar con lentitud, formando un círculo a su alrededor. Tienen caras planas, narices pequeñas, barbas, pómulos anchos y prominentes; la coronilla de sus cabezas está afeitada, pero largos cabellos negros cubren sus orejas y sus nucas. Los pesados pliegues de sus párpados superiores dan a sus ojos un aspecto oblicuo. Sus pieles son cobrizas pero con un tinte amarillento, como si no fueran indios, sino... ¿qué? ¿Japoneses? ¿Un grupo de samurais? No, probablemente no son japoneses. Pero tampoco son indios.

Continúan rodeándolo, moviéndose cada vez más deprisa. Charlan entre sí y ocasionalmente gritan lo que parecen ser preguntas. Parecen fascinados por él, pero al mismo tiempo despreciativos. En una súbita demostración de manejo del caballo, uno de ellos rompe la formación circular y, obligando a su pony a galopar instantáneamente, pasa velozmente junto a Cameron, inclinándose para golpearle el brazo con el dedo. Luego lo hace otro, y otro, pasando como rayos a través del círculo, empujándole,

tirándole del pelo, atropellándole casi. Sacan sus espadas y las agitan en el aire, justo por encima de su cabeza. Lo amenazan, o fingen hacerlo, con sus lanzas. Mientras hacen todo eso, ríen. Él se queda inmóvil. Esta ordalía, sospecha, es para poner a prueba su valor. Y es aprobado. El lunático galope se detiene; tiran de las riendas y varios de ellos desmontan.

Son hombres pequeños, que le llegan a la altura de los hombros, pero más fuertes de pecho y hombros que él. Uno saca una bota de cuero y se la ofrece con gesto inequívoco: toma, bebe. Cameron sorbe con cautela. Es un fluido espeso y grisáceo, al mismo tiempo dulce y agrio. ¿Leche fermentada? Siente náuseas, hace una mueca, se obliga a beber otro sorbo; lo miran atentamente. La segunda vez no es tan malo. Bebe un tercer sorbo, sin esfuerzo y, gravemente, devuelve la bota. Los guerreros ríen, pero ahora no se burlan, aprueban, y el hombre que le había dado la bota palmea admirativamente el hombro de Cameron. Y vuelve a tirarle la bota. Luego monta de un salto y, abruptamente, todos se alejan. Mongoles, comprende Cameron. Los hijos de Gengis Khan, galopando hacia el horizonte. ¿Un imperio mundial? Sí, y éste debe ser el salvaje oeste para ellos, la frontera donde los jóvenes celebran sus ritos de pasaje. Allá en Europa, después de siete siglos de dominio mongol, deben vivir en ciudades, domesticados, bebiendo vino, yendo al teatro, cultivando jardines, pero aquí siguen las costumbres de sus antepasados, los conquistadores. Cameron se encoge de hombros. Aquí no hay nada para él. Bebe un último trago de leche y tira la bota en la hierba. Adelante.

VIII

Aquí no crece la hierba. Ve los muñones de los edificios, los troncos ennegrecidos de los árboles muertos, los montones de ladrillos y tejas rotas. El olor de la muerte está en el aire. Todos los puentes se han hundido. La niebla se acerca, desde el otro lado de la bahía, densa y grasienta, y se convierte en una pantalla en la que hay imágenes vivas. Estas ruinas están habitadas. Hay figuras que se mueven en ellas. Son los muertos vivos. Mirando a la espesa niebla tiene una visión de la onda explosiva, retrocede cuando las

partículas alfa se derraman sobre su piel. Contempla a los supervivientes emergiendo de sus casas destruidas, chapoteando en las calles que arden lentamente, desnudos, atónitos, sus cuerpos chamuscados, sus ojos vidriosos, algunos de ellos con los cabellos ardiendo. Los muertos que andan. Nadie habla. Nadie pregunta por qué ha sucedido esto. Está mirando una película muda. El fuego apocalíptico ha tocado la tierra; el suelo está ardiendo. Llamas azules y fosforescentes se levantan del terreno. El juicio final, el día de la ira. Ahora oye una música terrible que empieza, una marcha fúnebre, toda violoncelos y contrabajos; las notas oscuras llegan después de largos intervalos: uum, uum, uum, uum. Y luego, el *tempo* se acelera, la música se convierte en una danza macabra sincopada, vivaz, de timbres aún oscuros, de ritmo fúnebre: uum, uum, uum, di-duum, di-duum, di-duum, di-duum, di-duum, espasmódico, caótico, salvajemente alegre. La melodía distorsionada de la Oda a la Alegría acecha en algún lugar de los harapos de sonido. Las víctimas moribundas estiran las manos descarnadas hacia él. Él menea la cabeza. ¿Qué favor puedo hacerlos? La culpa le asalta. Él es un turista en su tierra de dolor. Sus ojos se lo reprochan. Los abrazaría, pero teme que se derrumben si los toca y deja que la procesión pase a su lado sin hacer nada por cruzar el abismo que los separa. «¿Elizabeth?» murmura. «¿Norman?» No tienen caras; sólo ojos. ¿Qué puedo hacer? No puedo hacer nada por vosotros. Ni siquiera llegan las lágrimas. Desvía la mirada. Aunque hablo con las lenguas de los hombres y los ángeles y no tengo caridad, me he vuelto como un metal sonoro o un tintineante címbalo. Y aunque poseo el don de la profecía y entiendo todos los misterios y todo el conocimiento; y aunque poseo toda la fe, de modo que podría mover las montañas, como no tengo caridad no soy nada. Pero este mundo está más allá del alcance del amor. Desvía la vista. Aparece el sol. La niebla se desvanece. Las visiones se borran. No ve más que la tierra muerta, las cenizas, las ruinas. Muy bien. Aquí no tenemos la prolongación de una ciudad, pero buscamos una que vendrá. Adelante, adelante.

Y ahora, después de esta serie de breves y desconcertantes etapas intermedias, Cameron ha llegado a una ciudad que es San Francisco más allá de toda duda, no otra ciudad en el lugar de San Francisco, un San Francisco reconocible. Estalla allí, sobre Russian Hill, en la parte superior, en un día deslumbrante, brillante, sin nubes. A su izquierda, abajo, está Fisherman's Wharf; delante se levanta la torre Coit, sí, y puede ver el edificio del Ferry y el puente. Puntos de referencia familiares... pero ¡qué extraño parece todo el resto! ¿Dónde está la fulgurante pirámide Transamérica? ¿Dónde el colosal y sombrío tallo del Bank of America? Se da cuenta de que lo extraño no son las sustituciones sino las ausencias. Las grandes urbanizaciones del Embarcadero no existen, ni el Chinatown Holiday Inn, ni los miserables tentáculos de las autopistas elevadas ni, aparentemente, nada de lo que se construyó en los últimos veinte años. Éste es el antiguo San Francisco piernicurto de su infancia, una resplandeciente ciudad en miniatura, que aun no se parece a Manhattan ni tiene rascacielos. Seguramente ha vuelto al lugar que conoció en los adormilados años 50, los tranquilos años de Eisenhower.

Baja la colina, buscando un periódico. Encuentra un puesto en la esquina de Hyde y North Point, un brillante rectángulo de metal amarillo. El *San Francisco Chronicle*, ¿diez centavos? ¿Sería ése el precio de 1954? Una moneda con el perfil de Roosevelt entra en la ranura. El periódico, descubre, está fechado el martes 19 de agosto de 1975. En lo que Cameron sigue llamando, con algo de ironía, el mundo real, el mundo que se ha estado alejando rápidamente del suyo durante todo el día en una serie de saltos discontinuos, también es martes 19 de agosto de 1975. De modo que no ha retrocedido en el tiempo; ha llegado a un San Francisco en el que el tiempo se ha detenido. ¿Por qué? Sintiendo vértigo, mira la primera página.

Un titular a tres columnas declara:

EL FÜHRER LLEGÓ A WASHINGTON

Debajo, a la izquierda, una fotografía de tres hombres sonriendo ampliamente, positivamente radiantes. La leyenda los identifica como el presidente Kennedy, el Führer Goering y el embajador del Japón, Togarashi, reunidos en la rosaleda de la Casa Blanca.

Cameron cierra los ojos. Sin usar más datos que el titular y la leyenda de la foto, intenta armar una teoría plausible. Éste es un mundo, decide, en que el Eje debe haber ganado la guerra. Los Estados Unidos son un feudo alemán. No hay rascacielos en San Francisco porque la economía norteamericana, destruida por la derrota, no ha podido recuperar, en treinta años, el nivel que le permitiría levantarlos, o quizá porque los capitales norteamericanos, aguijoneados por los ministros de finanzas del Tercer Reich (¿Hjalmar Schacht? El nombre surge en la superficie de los pantanos de la memoria), ahora tienden a derivar hacia Europa. Pero ¿cómo puede haber sucedido? Cameron recuerda claramente los años de la guerra, la tremenda oleada de patriotismo, la enorme movilización, el gran esfuerzo nacional. El Verde del Lucky Strike Se Fue a La Guerra, Recuerde Pearl Harbour, Igual Que en El Álamo. No ve cómo los alemanes pueden haber puesto de rodillas a América. Sólo hay una forma. La bomba, piensa; la bomba. Los alemanes la obtienen en 1940 y Wernher von Braun inventa un cohete transatlántico y Nueva York y Washington son volatilizadas una noche y se acabó, nos han empujado más allá de los recursos del patriotismo; nos derrumbamos y nos rendimos antes de una semana. Y entonces...

Estudia la fotografía. El presidente Kennedy, sonriendo, de pie entre el Reichsführer Goering y un japonés suave y juvenil. ¿Kennedy? ¿Ted? No; es Jack, el propio Jack, con su fuerte mandíbula y bolsas debajo de los ojos... debe tener casi sesenta años y está terminando su segundo período en la presidencia. Jacqueline, aguardando no muy pacientemente en el piso alto. A ver si te libras pronto de tus nazis y tus japoneses, cariño, y nos tomamos unas copas juntos antes del concierto. Sí, y John-John y Caroline también estarán por allí, los niños mimados del país, los modelos de los jóvenes en todas partes. Sí. ¿Y Goering? Por cierto, el mismo Goering que... Los ochenta bien cumplidos, monstruosamente gordo, papada sobre papada, enorme pecho cubierto de medallas, ojillos maliciosos brillando con los recuerdos de una larga vida de deseos realizados. ¡Qué feliz parece! ¡Y qué amigable! Siempre fue imposible odiar a Goering como se despreciaba, digamos, a Goebbels o a Himmler o a Streicher; Goering tenía encanto, el atroz encanto de un monstruo sagrado, de

un Nerón, de un Calígula, y aquí está, vivo en los años setenta, una montaña de carne inmortal que sobrevivió a Adolfo para transformarse —supone Cameron— en el segundo Führer y ser recibido con toda pompa en la Casa Blanca, nada menos. Quizá mañana por la noche habrá un banquete oficial: *rollmops*, *sauerbraten*, *kassler rippchen*, *koenisberger klopse*, todo regado con jarros de *Bernkasteler Doktor* del 69, *Schloss Johannisberg* del 71... ¿o quizás el Führer prefiere cerveza? Tenemos las mejores cervezas de barril, Löwenbrau, Würzburger, Hofbrau...

Aguarda. Hay algo que suena falso en la reconstrucción histórica de Cameron. No consigue hallar en John F. Kennedy los abismos de oportunismo que le permitirían servir de presidente títere en una América regida por los nazis, recibiendo órdenes de algún *gauleiter* de cabellos estirados y mirada dura y acudiendo obediente cuando el Führer viene a la ciudad. Con o sin bomba, habría surgido un movimiento clandestino de resistencia, décadas de guerra de guerrillas, un odio amargo al opresor alemán y a sus colaboradores. Entonces, no hubo rendición. El Eje ganó la guerra, pero los Estados Unidos han preservado su autonomía. Cameron revisa sus especulaciones. Supongamos, se dice, que en este universo Hitler no rompió su pacto con Stalin, invadiendo a Rusia en el verano de 1941, sino que condujo a sus tropas a través del canal de la Mancha y conquistó Inglaterra. Y que los japoneses dejaron en paz Pearl Harbour, de modo que los Estados Unidos nunca entraron en la guerra, que terminó relativamente pronto... digamos en septiembre de 1942. Ahora los alemanes dominan Europa desde Cornwall hasta los Urales y los japoneses todo el Pacífico, al oeste de Hawai. Los Estados Unidos, flotando en una neutralidad irreal, son una nación aislada, una especie de Portugal gigante, económicamente estancada, casi totalmente aislada del comercio mundial. No hay rascacielos en San Francisco porque nadie cree necesario construir nada en el país. ¿Sí? ¿Será eso?

Se sienta en la escalinata de una casa y explora su diario. Este mundo tiene una bolsa de valores, aunque indolente: el índice Dow Jones está en 354.71. Algunos de los valores son conocidos: IBM, AT&T, General Motors... pero otros no. Litton, Syntex y Polaroid están ausentes; Xerox también, pero encuentra a su predecesor, Haloid, en las cotizaciones. Hay dos ligas de béisbol, cada una con

ocho clubs; los Boston Braves se han mudado a Milwaukee pero, por lo demás, la lista de equipos es la de los años cuarenta. Brooklyn está primero en la Liga Nacional y Philadelphia en la Americana. En la sección de noticias encuentra nombres reconocibles: Nueva York tiene un senador Rockefeller y Massachusetts un senador Kennedy. (Aparentemente es Robert. En este momento está en Italia. Ayer visitó la majestuosa Tumba de Mussolini cerca del Coliseo, hoy tiene una audiencia con el Papa Benedicto). El anuncio de una línea aérea invita a los californianos a ir a Nueva York en uno de los gloriosos Starliners de TWA: sólo doce horas de vuelo, con una breve etapa en Chicago. El dibujo del anuncio indica que aquí están llegando al nivel de los «DC-4», ¿o será un «DC-6», con todas esas hélices? Las noticias del extranjero son breves e insípidas: ni una palabra de Israel vs. los árabes, las peleonas repúblicas africanas, la República Popular China o la guerra en América del Sur. Cameron supone que los únicos judíos que sobreviven son los de Nueva York y Los Ángeles, que África es un inmenso imperio colonial alemán, con algunos trozos en manos italianas, que China es gobernada por los japoneses y no por los herederos de Mao y que las naciones sudamericanas viven en un pacífico letargo. ¿Sí? La lectura de este periódico es la experiencia más extraña que le ha proporcionado su viaje hasta ahora, porque las páginas *parecen* correctas, el tono de los artículos *suenan* bien, hay una insistente textura de indiscutible realidad en todo el periódico y, sin embargo, todo está sutilmente desplazado, todo ha sufrido una ligera deriva en el espectro de los acontecimientos. El diario tiene la calidad de un sueño, pero nunca ha conocido un sueño que tenga semejante densidad substantiva.

Pone el diario doblado debajo del brazo y se dirige hacia la bahía. A una manzana de los muelles encuentra una agencia del Bank of America —algunas cosas sobreviven a todas las permutaciones— y entra a cambiar un billete. Es arriesgado, pero siente curiosidad. El cajero toma su billete de cinco dólares sin vacilar y le da cuatro billetes de uno y un montoncito de monedas. Los billetes de un dólar son corrientes y Lincoln, Jefferson y Washington ocupan sus lugares habituales en las monedas de uno, cinco y veinticinco centavos, pero la de diez tiene a Ben Franklin y la de cincuenta muestra los rasgos de un hombre campechano, más bien joven, de cara redonda y cabellera abundante a quien Cameron

no logra identificar.

En la siguiente esquina encuentra una biblioteca pública. Ahora podrá confirmar sus suposiciones. ¡Un almanaque! Sí, y qué rara parece la lista de presidentes. Roosevelt, se entera, se retiró a causa de su mala salud en 1940 y eso, por lo que puede averiguar, es el punto de divergencia entre este mundo y el suyo. El resto era previsible. Wendell Willkie, después de derrotar a John Nance Garner en las elecciones de 1940, mantuvo una política de estricta neutralidad mientras —sí, era lo que había imaginado— los alemanes y los japoneses conquistaban rápidamente la mayor parte del mundo. Willkie muere siendo presidente, durante la campaña de 1944 —¡ah! ¡el del medio dólar es Willkie!— y le sucede por breve tiempo el vicepresidente McNary, quien no desea la presidencia. Una apresurada convención republicana nombra candidato a Robert Taft. Dos períodos presidenciales para Taft, quien derrota a James Byrnes, y dos para Thomas Dewey, y entonces, en 1960, la larga era republicana queda clausurada por el senador Lyndon Johnson, de Texas. El compañero de fórmula de Johnson —es una inversión divertida, piensa Cameron— es el senador John F. Kennedy, de Massachusetts. Después de los dos períodos tradicionales, Johnson se hace a un lado y el vicepresidente Kennedy gana las elecciones de 1968. Ha sido reelegido en 1972, naturalmente; en este mundo plácido los vicepresidentes siempre ganan. Por supuesto que aquí no hay ONU, no hubo guerra de Corea, ni movimientos de liberación colonial, ni exploración del espacio. El almanaque informa a Cameron de que Hitler vivió hasta 1960 y Mussolini hasta 1958. El mundo parece haberse adaptado con mucha facilidad al dominio del Eje, aunque un ejército alemán de ocupación sigue estacionado en Inglaterra.

Le tienta la posibilidad de seguir comparando historias, de enterarse de los trasmutados destinos de Hubert Humphrey, Dwight Eisenhower, Harry Truman, Nikita Krushev, Lee Harvey Oswald, Juan Perón. Pero, súbitamente, una curiosidad más íntima aflora en él. En una cabina del vestíbulo, consulta el listín telefónico. Hay un tomo que abarca los condados de Alameda y Contra Costa y es mucho más delgado que el listín que, en su mundo, cubre solamente Oakland. Hay dos docenas de Cameron pero ninguno con sus señas, ningún Christopher ni Elizabeth y ninguna permutación plausible

de esos nombres. Obedeciendo a una corazonada, mira el listín de San Francisco. Allí tampoco hay nada prometedor, pero luego busca a Elizabeth por su apellido de soltera, Dudley, y sí, hay una Elizabeth Dudley en la antigua y familiar dirección de Laguna. El descubrimiento le provoca un temblor. Busca en el bolsillo, encuentra su moneda de diez centavos con la cara de Ben Franklin y la mete en la ranura. Escucha. Hay línea. Llama.

X

El apartamento, lo que puede ver espiando por encima del hombro de ella, tiene el aspecto que recordaba: sillones y sillas muy usados, tapizados de rojo y verde oscuros, paredes desnudas, pintadas a la cal, complejas esculturas —hechas por ella— de madera de deriva gris, grandes helechos en macetas colgantes. El contemplar esos objetos en este sitio tira con fuerza de su sentido del tiempo y el espacio, y le aflige con una nostalgia casi insoportable. La última vez que estuvo aquí, si es que alguna vez estuvo «aquí» en cualquier sentido, fue en 1969, pero los recuerdos son vívidos y lo que ve corresponde tan exactamente a lo que recuerda que se siente transportado a esa época anterior. Ella está de pie en el umbral, estudiándolo con fría curiosidad, teñida por mal disimuladas sospechas. Lleva ropa sorprendentemente ordinaria, una blusa blanca bordada y una falda de listas azules. Sus cabellos rubios carecen de brillo y están mal peinados, pero con seguridad es la misma mujer a quien dejó esta mañana, la misma mujer con quien ha compartido su vida durante los últimos siete años, una mujer hermosa, una mujer alta, casi tan alta como él —en algunas ocasiones parecía más alta—, con una sonrisa serena, ojos verdes calmosos y piel suave y tersa.

—¿Sí? —dice ella, insegura—. ¿Usted es el que llamó por teléfono?

—Sí. Chris Cameron. —Él busca en la cara de ella algún signo de reconocimiento—. ¿No me conoce? ¿No me ha visto nunca?

—Nunca. ¿Tendría que conocerle?

—Quizá. Probablemente no. Es difícil decirlo.

—¿Nos vimos alguna vez? ¿Es eso?

—No estoy seguro de poder explicarle la relación que hay entre nosotros.

—Eso me dijo cuando llamó. ¿La relación que hay entre nosotros? ¿Cómo pueden tener una relación dos desconocidos?

—Es complicado. ¿Puedo entrar?

Ella ríe, nerviosamente, como si la hubieran sorprendido en un embarazoso *faux pas*.

—Claro —dice, no sin hacer una rápida estimación, un veloz cálculo de los riesgos. En efecto, el apartamento está casi exactamente como lo había conocido, salvo que no hay un tocadiscos estéreo, sólo una enorme y arcaica Victrola, y su colección de discos es sorprendentemente escasa y hay bastantes menos libros de los que su Elizabeth hubiera tenido. Se enfrentan rígidamente. Él se siente tan incómodo como ella en el encuentro, y finalmente es ella quien busca algún lubricante social, sugiriendo una copa de vino. Le ofrece tinto o blanco.

—Tinto, por favor —dice él.

Ella va hasta un armario bajo y saca dos vasos baratos y toscos. Entonces, sin esfuerzo, levanta una gran garrafa de vino que está en el suelo y comienza a desenroscar la tapa.

—Parecía muy misterioso cuando llamó por teléfono —dice—, y sigue pareciendo misterioso ahora. ¿Qué lo trajo aquí? ¿Tenemos amigos comunes?

—Creo que no faltaría a la verdad si dijera que sí. Por lo menos, en cierta forma.

—Su forma de hablar es muy vaga, señor Cameron.

—No puedo remediarlo, por ahora. Y, por favor, llámeme Chris.

Mientras sirve el vino, él la observa atentamente, pensando en esa otra Elizabeth, *su Elizabeth*, pensando cuan bien conoce su cuerpo, el flexible movimiento de los músculos de su espalda, la lustrosa textura de su piel, la firmeza de su cuerpo, y se desplaza instantáneamente a su extraño, absurdamente romántico encuentro, años atrás, en ese mes de junio en que se había marchado solo a la Sierra por una semana, con su mochila, y siguiendo montones de piedras que había confundido con indicadores, había llegado a un sitio muy alejado de su ruta, un lugar íntimo, un lago helado y oscuro, bordeado por manchas brillantes de nieve tardía, y había empezado a acampar y súbitamente había advertido la presencia de

otro campamento a treinta yardas de distancia y de un montón de ropa en la orilla y luego la había visto, nadando más allá de una pineda, dirigiéndose hacia la orilla, emergiendo como Venus de las aguas, desnuda, descubriéndolo, sobresaltándose ante su presencia, aprensiva durante un momento y luego, inmediatamente, decidiendo que todo iría bien, relajándose, sonriendo, de pie, sin sentir vergüenza, con el agua helada llegándole a la ingle, invitándole a nadar con ella. Esos recuerdos de aquel primer contacto y todo lo que siguió lo excitan terriblemente, porque esta persona que tiene delante es al mismo tiempo la Elizabeth que ama, familiar, unida a él por el vínculo de las experiencias compartidas, y algo nuevo, una desconocida de la que puede extraer experiencias nuevas, el maravilloso regalo de la novedad que su Elizabeth ya nunca podría ofrecerle. Mira fijamente sus hombros y su espalda con un hambre fiera e intensa; ella se vuelve, con los vasos de vino en las manos y antes de que él pueda disimular el resplandor salvaje de su deseo, ella lo recibe con toda su fuerza. El impacto es inmediato. Ella retrocede. No es la Elizabeth del lago de la Sierra; parece incapaz de manejar semejante nivel de voltaje erótico inesperado. Torpemente le alcanza el vino; sus manos tiemblan tanto que derrama un poco en su manga. Él coge el vaso y retrocede, un poco aturdido por su propio frenesí emotivo. Con un esfuerzo, se calma. Hay un largo rato de incómodo silencio mientras beben. La atmósfera psíquica se vuelve menos tórrida; un cierto clima de cortesía remota y profesional nace entre los dos.

Después del segundo vaso de vino, ella dice:

—Bueno. ¿Dónde me ha conocido y qué quiere de mí?

Brevemente, él cierra los ojos. ¿Qué puede decirle? ¿Cómo explicarle? No ha ensayado ninguna táctica. Ya ha conseguido alarmarla con una sola mirada imprudente; ¿qué efecto puede provocar una confesión de aparente locura? Pero nunca ha usado tácticas con Elizabeth, nunca ha recurrido a tácticas, más que a la táctica de la total franqueza. Y ésta es Elizabeth. Lentamente, dice:

—En otra existencia, tú y yo estamos casados, Elizabeth. Vivimos en las colinas de Oakland y somos muy felices juntos.

—¿Otra existencia?

—En un mundo separado de éste, un mundo donde la historia tomó otro rumbo hace una generación, donde el Eje perdió la

guerra, Donde John Kennedy era presidente en 1963 y fue asesinado, donde tú y yo nos conocimos en un lago de la Sierra y nos enamoramos. Hay una cantidad infinita de mundos, Elizabeth, uno al lado del otro, mundos donde todas las posibles variaciones de todos los hechos posibles tienen lugar. Mundos en los que tú y yo nos hemos casado y somos felices, en los que tú y yo nos hemos casado y divorciado, en los que tú y yo no existimos, en los que tú existes y yo no, en los que nos encontramos y nos odiamos, en los que... ¿entiendes, Elizabeth?, hay mundos para todo y yo he estado viajando de un mundo a otro. He visto un desierto donde tendría que estar San Francisco y he encontrado jinetes mongoles en las colinas de East Bay, y he visto toda esta zona devastada por una guerra atómica, y... ¿todo esto te parece disparatado, Elizabeth?

—Un poco —Sonríe. La antigua Elizabeth, imperturbable, juiciosa, interpretando una de sus especialidades, la aceptación condicional de lo increíble, para no arruinar una conversación divertida—. Continúa. Has estado saltando de mundo en mundo. No te preguntaré cómo. ¿De que huyes?

—No lo veo de ese modo. Corro *hacia* algo.

—¿Hacia qué?

—Una infinita cantidad de mundos. Una inacabable variedad de experiencias posibles.

—Eso es difícil de tragar. ¿No te basta con explorar un mundo?

—Evidentemente no.

—Tenías todo el infinito —dice ella—. Pero elegiste venir a mí. Presumiblemente soy el único punto familiar en este mundo en que todo te resulta extraño. ¿Por qué viniste aquí? ¿Qué sentido tiene tu vagabundeo si buscas lo familiar? Si lo único que querías era encontrar a tu Elizabeth, ¿por qué la dejaste? ¿Eres tan feliz con ella como dices?

—Puedo ser feliz con ella y desearla de otras maneras.

—Parece que algo te ha impulsado.

—No —dice él—. No más que a Fausto. Creo que la búsqueda puede ser una forma de vida. No la búsqueda de *algo*, la simple búsqueda. Y es imposible detenerse. Detenerse es morir, Elizabeth. Mira a Fausto, siguiendo siempre adelante, llegando hasta la misma Helena de Troya, experimentando todo cuanto el mundo puede ofrecer y buscando siempre más. Cuando Fausto finalmente grita, *Es*

esto, esto es lo que buscaba, aquí es donde quiero quedarme,
Mefistófeles gana su apuesta.

—Pero ése fue para Fausto el momento de suprema felicidad.

—Es verdad. Pero cuando la alcanza, entrega su alma al diablo, ¿recuerdas?

—De modo que sigues y sigues, un mundo tras otro, buscando quién sabe qué, sólo buscando, incapaz de detenerte. Y sin embargo dices que nada te impulsa.

Él menea la cabeza.

—Las máquinas son impulsadas. Los animales son impulsados. Yo soy un ser humano autónomo, que actúa según su libre albedrío. No hago este viaje porque tenga que hacerlo sino porque quiero hacerlo.

—O porque piensas que tienes que hacerlo.

—Estoy movido por mis sentimientos, no por cálculos y prejuicios intelectuales.

—Eso suena muy bien —le dice ella. Él se siente herido por sus palabras y desvía la mirada hacia su vaso vacío. Ella indica que debe servirse más vino—. Lo siento —dice, suavizando un poco su tono. Él dice:

—De todos modos, estaba en la biblioteca y había un listín y te encontré. Aquí vivías, en mi mundo, antes de que nos casáramos.

Vacila.

—¿Te importa que te pregunte...?

—¿Qué?

—¿No estás casada?

—No. Vivo sola. Y me gusta.

—Siempre fuiste muy independiente.

—Hablas como si me conocieras muy bien.

—He estado casado contigo durante siete años.

—No. No conmigo. Nunca conmigo. No me conoces. Él asiente.

—Tienes razón. En realidad no te conozco, Elizabeth, por más que piense que sí. Pero quiero conocerte. Me siento atraído por ti con tanta fuerza como por la otra Elizabeth, aquel día en la montaña. El mejor momento es siempre al comienzo, cuando dos desconocidos se acercan, cuando salta la chispa y se acorta el abismo... —Tiernamente dice—: ¿Puedo pasar la noche aquí?

—No.

De algún modo, la negativa no es una sorpresa. Él dice:

—Una vez, tu respuesta fue distinta cuando te lo pedí.

—A mí no. A otra persona.

—Disculpa. Para mí es difícil manteneros separadas en mi mente, Elizabeth. Pero, por favor, no me rechaces. He venido desde tan lejos para estar contigo...

—Viniste sin que te invitara. Además, me sentiría tan rara contigo... sabiendo que estarías pensando en ella, comparándome con ella, midiendo nuestras diferencias, nuestras similitudes...

—¿Qué te hace pensar que haría eso?

—Lo harías.

—Creo que ésa no es una razón suficiente para echarme.

—Te daré otra —dice ella. Sus ojos brillan con picardía—. No me gustan los enredos con hombres casados.

Ahora se está burlando de él. Y él dice, riendo, confiando en que va a ceder:

—¡Ésa es la excusa más rebuscada que he oído en mi vida, Elizabeth!

—¿Tú crees? Siento un gran parentesco con ella. Cuenta con toda mi simpatía. ¿Por qué iba a ayudarte a engañarla?

—¿Engañarla? ¡Qué palabra tan anticuada! ¿Crees que le importaría? Nunca supuso que me mantendría casto en este viaje. Se sentirá halagada, encantada de saber que vine a buscarte aquí. Y querrá saber todo lo que hubo entre nosotros. ¿Cómo podría sentirse herida al saber que estuve contigo, cuando tú y ella sois...?

—Sin embargo, me gustaría que te marcharas. Por favor.

—No me has dado una razón convincente.

—No tengo por qué hacerlo.

—Te amo. Quiero pasar la noche contigo.

—Amas a alguien que se me parece —replica ella—. Te lo he repetido. Y, en todo caso, yo no te amo. No me pareces atractivo.

—Oh. A ella sí, pero a ti... no. Ya veo. ¿Cómo me encuentras? ¿Feo?

¿Abrumador? ¿Repelente?

—Te encuentro inquietante —dice ella—. Me das un poco de miedo. Eres demasiado intenso, demasiado controlado, peligroso quizá. No eres mi tipo. Y probablemente, yo no soy el tuyo. Recuerda que yo no soy la Elizabeth que conociste en el lago de la

montaña. Quizá sería más feliz si lo fuera, pero no lo soy. Ojalá nunca hubieras venido aquí. Y ahora, por favor, vete. Por favor.

XI

Adelante. Este sitio es todo torres resplandecientes y puentes aéreos, la fantasía resplandeciente de una ciudad. Allá arriba flotan burbujas de cristal, silenciosos vehículos aéreos para pasajeros que contienen dos o tres cada uno, repantigados en posturas elegantemente relajadas. Chicas y chicos bronceados yacen desnudos junto a altísimas fuentes que escupen espuma turquesa y escarlata. Orquídeas gigantes de tropical voluptuosidad estallan en los muros de hoteles colosales. Pajarillos mecánicos giran y se precipitan por el aire suave, como balas doradas, emitiendo dulces sonidos agudos. De la parte superior de los edificios más altos llega una música más oscura, unas notas por debajo de los cien ciclos que oscilan alrededor de un persistente redoble central. Éste es un mundo que lleva dos siglos de ventaja al suyo, por lo menos. Nunca podría infiltrarse aquí. Ni siquiera podría ser un turista. El único papel que puede desempeñar es el del salvaje que viene de visita, Jemmy Button entre los londinenses, y ¿cuál fue, después de todo, el destino de Jemmy Button? No muy bueno. ¡Patagonia! ¡Patagonia! Esto fillete no fale aquí, señor. Rayos de colores danzan en el cielo, rojos, verdes, azules, estallando, inundando la ciudad con imágenes trascendentales. Cameron sonrío. No se dejará abrumar, aunque este mundo es más confuso que el de los coches semioruga. Garbosamente, se planta en el centro de un pequeño parque, entre dos sendas de tránsito abundante y silencioso. Es un jardín formal y exuberante, con helechos agresivos de color naranja y cilindros de cactus sinuosos y llenos de espinas. Las parejas pasan junto a él, cogidas del brazo, ofreciéndose mutuamente tragos de frascos verdes y brillantes, cubiertos de escarcha; parecen tubos de jade pulimentado. Delicadamente, balancean uvas azules ante los labios del otro, sonrén, arquean sus cuellos, y cogen el cebo saltando ansiosamente; luego ríen, se besan, se dejan caer en la hierba espesa y húmeda que tiembla y ondula y emite suaves melodías rítmicas. Este lugar le gusta. Vagabundea por los jardines

pensando en Elizabeth, pensando en la primavera y llega, finalmente, a un arroyo sinuoso en el que se reflejan las altas torres de la ciudad como agujas invertidas; se arrodilla para beber. El agua es fresca, dulce, áspera, muy parecida al vino fresco. Un instante después de que toque sus labios, surge un mecanismo de la tierra esponjosa, cinco esbeltas columnas de bronce, tres con sensores visuales que brotan por todos sus costados, una marcada con un dibujo de rayas oscuras, otra que exhibe un conjunto de luces de color que guiñan. Del dibujo surgen palabras ominosas en un incomprensible lenguaje. Se trata de alguna máquina policíaca que le pide sus documentos; eso es evidente.

—Lo siento —dice él—. No entiendo lo que dice.

Otras máquinas están brotando de los árboles, del lecho del arroyo, del centro de los helechos más espesos.

—Está bien —dice él—. No haré nada malo. Dadme una posibilidad de aprender vuestro lenguaje y prometo ser un ciudadano útil.

Una de las máquinas lo espolvorea con una niebla azulada. Otra introduce una pequeña aguja en su antebrazo y extrae una gota de sangre. Se está reuniendo una multitud. Lo señalan, ríen despreciativos, se hacen guiños. La música de los edificios se ha vuelto más aguda, más siniestra en su textura; agita el aire dulce y lo amenaza de forma personal.

—Dejad que me quede —suplica Cameron, pero la música lo empuja, lo acorrala con una mano plana e irresistible, que lo aparta inexorablemente de este mundo. Es demasiado primitivo para ellos. Es demasiado tosco; lleva consigo demasiados microbios anticuados. Muy bien. Si eso es lo que quieren se marchará, no por temor, no porque lo hayan intimidado, sino por simple cortesía. Se despide con gestos vistosos, haciendo una reverencia digna de Raleigh, enviando un beso a la máquina de las cinco columnas, sonriendo, hasta haciendo unos pasos de danza. Adiós. Adiós. La música llega a un salvaje crescendo. Oye trompetas celestiales y truenos lejanos. Adiós. Adelante.

Aquí ha surgido una especie de mercado oriental, maloliente, abigarrado, medieval. Ancianos de piel, morena y barba blanca con gruesas vestiduras grises aguardan pacientes, sentados junto a sacos abiertos de arpillera que contienen especias y grano. Leprosos y lisiados de piernas largas, que sólo llevan taparrabos y aretes tintineantes de cobre brillantes, se mueven majestuosamente entre la multitud, trazando órbitas solitarias, sin hablar, sin comprar nada; sus pieles son de un tono rojizo oscuro, sus rostros, delgados; sus rasgos solemnes están finamente moldeados. Tienen el porte de príncipes incas. Quizá *sean* príncipes incas. En los regateos y parloteos del mercado, Cameron no oye hablar ninguna lengua conocida. Ve brillar el oro cuando se ultima una transacción. Las mujeres llevan enormes paquetes en la cabeza y cuando sonríen muestran dientes brillantes. Usan faldas de retazos que cubren sus tobillos pero dejan sus pechos desnudos. Algunas lanzan miradas provocativas a Cameron, pero no se atreve a devolver sus rápidas exploraciones hasta no saber qué es lo que resulta aceptable aquí. En el extremo opuesto de la escuálida plaza descubre a una mujer que bien podría ser Elizabeth; le da la espalda pero reconocería esos hombros fuertes en cualquier parte, ese porte erguido, esa cascada de cabellos rubios sueltos. Se dirige hacia ella, deslizándose con dificultad, entre los clientes apiñados. Cuando todavía tiene que atravesar la mitad de la plaza para llegar hasta ella, advierte a un hombre, a su lado, un hombre alto, un hombre de su misma talla y estatura. Lleva una túnica suelta negra y un pañuelo oscuro cubre la mitad inferior de su cara. Sus ojos son severos y hoscos y una terrible cicatriz, ancha y rodeada de marcas de puntos, va desde su mejilla izquierda hasta el nacimiento del pelo. El hombre murmura algo a la mujer que podría ser Elizabeth; ella asiente y se vuelve, de modo que ahora, Cameron puede verle la cara y, sí, la mujer parece ser Elizabeth, pero luce una cicatriz igual, horrible, desagradable, en el lado derecho de su cara. Cameron contiene la respiración. El hombre de la cicatriz, súbitamente, señala algo y grita. Cameron siente un movimiento a un lado y se da la vuelta justo a tiempo para ver a un hombre bajo y grueso que viene corriendo hacia él, agitando una cimitarra. Durante un instante, Cameron ve la escena como si fuera una fotografía; tiene tiempo de examinar sin prisa la grasienta barba de su atacante, su nariz ganchuda y llena de vello,

sus dientes amarillos, las piedras baratas que parecen de vidrio incrustadas en la empuñadura de la cimitarra. Luego el terrible filo desciende mientras el asesino insulta a gritos a Cameron, en lo que parece ser árabe. Es una bienvenida lamentable. Cameron no puede prolongar esta investigación. Un momento antes de que la cimitarra lo parta en dos, se marcha a otra parte, lamentándolo.

XIII

Adelante. A un lugar donde no hay solidez, donde el mismo planeta se ha desvanecido y nada a través del espacio, cayendo pacíficamente, yendo de ninguna parte a ninguna parte. Está rodeado por una brillante luz verde que emana de todos lados al mismo tiempo, como un mensaje de la estructura del universo. Sintiendo una gran tranquilidad, cae a través de ese alegre resplandor durante días y días, o lo que parecen ser días y días, derivando, ladeándose, corrigiendo su rumbo con pequeños movimientos de sus codos y rodillas. No le importa dónde va; aquí, todo es igual a todo. El brillo verde lo sostiene y lo soporta y lo alimenta, pero le provoca inquietud. Juega con él. Con su pegajosa sustancia consigue formar imágenes, caras, diseños abstractos: conjura a Elizabeth para sí mismo, evoca sus propios rasgos angulosos, llena los cielos con una legión de chinos que marchan con anchos sombreros de paja, los tacha con gruesas líneas diagonales, hace que un río de plata corra por el firmamento y descargue su resplandeciente torrente por la ladera de una montaña de varias millas de altitud. Gira. Flota. Se desliza. Libera todas sus fantasías. Ésta es la libertad total, aquí, en este lugar que no es un mundo. Pero no es suficiente. Se fatiga de la vaciedad. Se fatiga de la serenidad. Le ha sacado a este sitio todo lo que puede ofrecer, demasiado pronto, demasiado pronto. No está seguro de que el fracaso esté en él o en el lugar, pero siente que debe marcharse. Por lo tanto: adelante.

XIV

Campesinos aterrorizados corren gritando cuando se materializa en medio de ellos. Ésta es una especie de aldea de labradores, situada en la costa este de la bahía: campos verdes cuidados, un montón de chozas de rimbres alejándose de una plaza central, niños desnudos andando vacilantes y llorando, una activa subpoblación de cabras, gansos y gallinas. Es mediodía; Cameron ve el reflejo del agua en los canales de riego. Esta gente trabaja mucho. Se han dispersado a su llegada pero ahora vuelven cautelosamente, agachados, prontos a huir nuevamente si hace algún otro milagro. Éste es otro de esos mundos bucólicos en los que San Francisco no ha sucedido, pero no puede identificar a estos colonos, ni puede discernir la serie de acontecimientos que los trajo aquí. No son indios, ni chinos, ni peruanos; tienen un aspecto europeo, algo eslavo, pero ¿qué estarán haciendo estos eslavos en California? ¿Serán granjeros rusos, que la colonizaron viniendo desde Siberia? Eso podría ser —su piel oscura, su estructura facial enérgica, sus cuerpos bajos y fornidos—, pero son curiosamente primitivos, están medio desnudos, llevan apenas unas polainas de piel, como si no fueran súbditos del zar sino más bien citios o cimerios, trasplantados de los pantanos prehistóricos del Vístula.

—No temáis —les dice, levantando y abriendo los brazos hacia ellos. Ahora parecen un poco menos asustados, se acercan tímidamente, lo miran con sus grandes ojos oscuros—. No os haré daño. Me gustaría visitaros, nada más.

Murmuran. Una mujer empuja audazmente a una niña hacia él, una niña de unos cinco años, desnuda, con rizos negros y grasientos y Cameron la coge, la alza, la acaricia, le hace cosquillas y vuelve a dejarla en el suelo. Instantáneamente toda la tribu lo rodea; ya no le temen, tocan su brazo, se arrodillan, acarician su entrepierna. Un chico le trae una escudilla de madera con gachas. Una anciana le da una jarra de vino dulce, una especie de hidromiel. Una jovencita esbelta coloca una estola de pieles doradas sobre sus hombros. Bailan, cantan; su miedo se ha transformado en amor; es su huésped de honor. Es más que eso: es un dios. Lo llevan a una choza desocupada, la más grande de la aldea. Piadosamente le traen ofrendas de incienso y grano. Cuando oscurece, encienden una inmensa hoguera en la plaza y él se pregunta, vagamente preocupado, si lo devorarán cuando se cansen de honrarlo, pero

sólo devoran ganado, cediéndole los mejores trozos y luego vienen hasta su puerta y cantan himnos enérgicos y discordantes. Esa noche, tres chicas de la tribu, sin duda las más bellas vírgenes disponibles, le son enviadas y por la mañana encuentra el umbral cubierto de pimpollos recién arrancados. Después dos artesanos de la tribu, uno cojo y el otro ciego, se ponen a trabajar con hachas de piedra y cinceles, labrando un inmenso retrato suyo notablemente parecido en un tronco de secoya colocado en el centro de la plaza.

De modo que lo han deificado. Tiene una rápida visión fáustica de sí mismo viviendo entre estos campesinos diligentes, enseñándoles métodos modernos de agricultura, conduciéndolos hasta la tecnología, la higiene moderna, hasta todas las ventajas contemporáneas sin las abominaciones contemporáneas. Guiándolos hacia la luz, moldeándolos, creándolos. Este mundo, esta aldea, serían un buen lugar para que él detuviera su tránsito infinito, si detenerse fuera deseable: dios, profeta, rey de un plácido reino, maestro, introductor de la civilización, finalmente su existencia tendría una finalidad. Pero el lugar donde detenerse *no existe*. Lo sabe. Transformar a felices campesinos primitivos en sofisticados agricultores del siglo XX es, en última instancia, un pasatiempo tan inútil como entrenar pulgas para que salten por un aro. Vivir como un dios es tentador, pero hasta la divinidad empalaga y es peligroso habituarse a una satisfacción irreal, es peligroso habituarse. Lo que importa es el viaje, no la llegada. Siempre.

De modo que Cameron hace de dios por un tiempo. Le parece agradable y gratificador. Saborea sus placeres hasta que siente que se están volviendo demasiado importantes para él. Hace una renuncia formal a su divinidad. Y luego: adelante.

XV

Reconoce este lugar. Su calle, su casa, su jardín, su auto verde bajo la enramada, el amarillo de Elizabeth aparcado fuera. ¿Ha vuelto a casa, tan pronto? No lo había esperado, pero sabe que cada uno de sus saltos debe haber sido, de alguna manera, la consecuencia de una elección deliberada y, evidentemente, ese mecanismo oculto en su interior que ha dirigido sus viajes ha

decidido traerlo de vuelta a casa. Muy bien; volvamos a la base. Digiere tus viajes, examínalos, deja que tus experiencias obren su alquimia en tu interior; para eso será necesario que te quedes quieto un momento. Después siempre puedes volver a marcharte. Mete la llave en la cerradura.

Elizabeth tiene un cuarteto de Mozart en el tocadiscos. Está sentada, con las piernas recogidas, en el sillón que está junto a la ventana del living, hojeando una revista. Cae la tarde y la línea de edificios de San Francisco, claramente visible al otro lado de la bahía, está coronada por el halo del sol que se pone. Hay flores recién cortadas en el florerito de cristal, sobre la mesa de madera; la fragancia de gardenias y jazmines danza junto a él. Sin prisa, ella levanta la mirada, enfoca sus ojos en los suyos, lo maravilla con la calidez de su sonrisa y dice:

—¡Vaya! ¡Hola! Ella se le acerca.

—No te esperaba tan pronto, Chris. En realidad, no sé si esperaba que volvieras.

—¿Tan pronto? ¿Cuánto tiempo estuve ausente, para ti?

—Desde el martes por la mañana hasta hoy jueves. Dos días y medio. —Mira su barba áspera, su camisa arrugada y desteñida por el sol—. Para ti ha sido más tiempo, ¿verdad?

—Muchas semanas. No sé exactamente cuánto tiempo. Estuve en ocho o nueve lugares diferentes y me quedé bastante tiempo en el último. Eran aldeanos, labradores, alguna tribu esclava primitiva que vivía junto a la bahía. Yo era su dios, pero me aburrí.

—Tú siempre te has aburrido fácilmente —dice ella y ríe, y le coge las manos, acercándolo. Lo roza suavemente con los labios, un picotazo, un beso en broma, su saludo habitual y luego se besan con pasión, los cuerpos muy juntos, las lenguas buscándose. Él siente un latido en su pecho, la vieja e inextinguible pulsación. Cuando se sueltan, retrocede, un poco mareado y dice—: Te eché de menos, Elizabeth. No sabía cuánto iba a echarte de menos hasta que estuve en otros sitios y me di cuenta de que podía no hallarte de nuevo.

—¿En serio te preocupaba eso?

—Mucho.

—Yo nunca dudé que volveríamos a estar juntos, de un modo u otro. El infinito es tan grande, amor mío. Lograrías volver a mi lado, o al lado de alguien muy parecido a mí. Y alguien muy

parecido a ti me encontraría a mí, si tú no lo hicieras. ¿Cuántos Chris Cameron crees que se están moviendo entre los mundos? ¿Mil? ¿Un trillón de trillones?

Sin interrumpirse se vuelve hacia el aparador y dice:

—¿Quieres un poco de vino? —Sirve de una garrafa medio vacía y dice—: Dime dónde has estado.

Él se le acerca por detrás, apoya las manos en sus hombros y las desliza por la espalda de su blusa de seda hasta la cintura, sujetándola, besando su cuello. Dice:

—En un mundo donde hubo una guerra atómica, aquí, en uno donde quedaban indios salvajes en Livermore, en uno donde todo eran robots fantásticos y helicópteros futuristas, en uno donde Johnson fue presidente antes que Kennedy y Kennedy vive y es presidente ahora, en uno donde... oh, ya te contaré los detalles. Antes, tengo que relajarme un poco.

La suelta, besa el lóbulo de su oreja, toma uno de los vasos y se saludan y beben, vaciando rápidamente el vino.

—Es estupendo estar en casa —dice él en voz baja—. Estupendo haber ido donde fui, estupendo haber vuelto.

Ella vuelve a llenar su vaso. El ritual doméstico familiar: el vino tinto es su bebida, vino tinto barato, de garrafa grande. Un sacramento, que le es más querido que las ofrendas de sus recientes súbditos. Por la mitad del segundo vaso dice:

—Ven. Vamos adentro.

La cama tiene sábanas limpias, frescas, invitadoras. Hay tres gruesos libros en la mesilla de noche; ella se ha puesto a leer en serio durante su ausencia. Aquí también hay flores recién cortadas, perfume en todas partes. Sus ropas caen. Ella toca su barba y ríe ante la aspereza, él besa la zona suave y fresca que hay en la parte interna de los muslos de ella y restriega suavemente su mejilla allí, lijándola con amor y luego ella lo abraza y sus cuerpos se deslizan uno contra otro y él la penetra. Después, todo sucede muy velozmente, demasiado velozmente; él ha estado mucho tiempo ausente de ella, aunque ella no de él, y ahora su presencia lo excita, hay algo extraño en su cuerpo, en sus movimientos que apresura su éxtasis. Siente un ligero remordimiento, pero no más que eso; sabe que pronto la compensará, ambos lo saben. Se quedan en un somnoliento abrazo, en silencio, y eventualmente desembocan en

una tierna pasión nueva y esta vez todo es como debe ser. Después, dormitan. Una espectacular puesta de sol brilla sobre la ciudad cuando él abre los ojos. Se levantan, se duchan juntos, ríen mucho, juegan mucho.

—Crucemos la bahía y cenemos como Dios manda —sugiere él—. Vayamos al Trianon, al Blue Fox, a casa de Ernie. Donde tú digas. Esto hay que celebrarlo.

—Pienso lo mismo, Chris.

—Es estupendo estar en casa de nuevo.

—Es estupendo que estés aquí —le dice ella y busca su bolso—. ¿Cuándo piensas volver a marcharte? No es que quiera echarte, pero...

—¿Sabes que no me quedaré?

—Claro que sí.

—Sí. Tenías que saberlo.

Ella no había puesto objeciones a su partida. Ambos trataban de respetar las necesidades del otro; siempre se habían considerado socios con los mismos derechos, libres de hacer lo que desearan.

—No sé cuánto tiempo me quedaré. Probablemente, no mucho. En realidad, volví tan pronto a casa por accidente. Planeaba seguir y seguir, un mundo tras otro, y nunca programé el próximo salto, por lo menos no conscientemente. Simplemente, saltaba. Y el último salto me dejó en la puerta de mi casa, por alguna razón, de modo que entré. Y aquí estabas tú, para darme la bienvenida.

Ella le toma una mano entre las suyas. Y con un tono casi triste, dice:

—No estás en casa, Chris.

—¿Qué?

Escucha el ruido de la puerta de la calle que se abre. Pasos en el vestíbulo.

—No estás en casa —dice ella.

Él se siente confuso. Piensa en todo lo que ha sucedido entre ellos esta tarde.

—¿Elizabeth? —llama una voz grave desde el living.

—Estoy aquí, querido. Tengo visita.

—¿Sí? ¿Quién? —Un hombre entra en el dormitorio, se detiene, sonríe. Está afeitado y viste las ropas que Cameron llevaba el martes; por lo demás, podrían ser gemelos.

—¡Eh! ¡Hola! —dice afectuosamente, tendiéndole la mano. Elizabeth dice:

—Viene de un lugar que debe ser muy parecido a éste. Está aquí desde las cinco de la tarde y ahora nos íbamos a cenar. ¿Qué tal te ha ido a ti? ¿Fue interesante?

—Mucho —dice el otro Cameron—. Ya te lo contaré después. Pero, marchaos, no os quedéis por mí.

—¿No quieres cenar con nosotros? —sugiere Cameron, sintiéndose impotente.

—Gracias, ya he comido. Pechuga de paloma mensajera... en algunos mundos no se han extinguido. Ojalá hubiese podido traer algunas a casa, para el congelador. Vosotros, a divertirlos. Os veré luego. A los dos, espero. ¿Te quedarás con nosotros? Tenemos que comparar notas tú y yo.

XVI

Se levanta justo antes del alba, en una maravillosa y brumosa calma. La hospitalidad de los Cameron ha sido maravillosa pero debe marcharse. Garabatea una nota de agradecimiento y la desliza debajo de la puerta de su dormitorio. *Tratemos de volver a reunirnos algún día. En algún sitio. De algún modo.* Querían que fuese su huésped durante un par de semanas; pero no, se siente un poco intruso aquí y, de todos modos, el universo le aguarda. Tiene que irse. Lo que importa es el viaje, no la llegada, porque ¿acaso hay algo más que viajes? La partida es inesperadamente dolorosa, pero él sabe que esa sensación pasará. Cierra los ojos. Levanta las amarras. Se entrega a su sublime inquietud. Adelante, adelante. *Adiós, Elizabeth. Adiós, Chris. Volveremos a vernos.* Adelante.

**EN LA CASA
DE LAS MENTES DOBLES**

In the House of Double Minds

Enseguida me traen a los pequeños, verdaderos retoños primaverales de diez años —seis chicos y seis chicas— y los dejan conmigo en el dormitorio que será su hogar durante los próximos doce años. El lugar es sencillo, austero, de techo de pizarra negra y paredes de ladrillo rudimentario; está amueblado según las circunstancias con algunas camas y armarios y poco más. El aire es frío y los niños, que están desnudos, se abrazan llenos de malestar.

—Soy la Hermana Mimise —les digo—. Seré vuestro guía y preceptor durante los primeros doce meses de vuestra nueva vida en la Casa de las Mentes Dobles.

Vivo en este lugar desde hace ocho años, desde que cumplí los catorce, y es el quinto año que tengo que hacerme cargo de los nuevos niños. De no haber sido descalificada por zurda, me habría graduado este año en oráculos, pero hago por no pensar en ello. El cuidado de los niños entraña una recompensa en sí. Llegan macilentos y asustados y sólo lentamente se desenvuelven: florecen, maduran, crecen en busca de su destino. Todos los años hay alguno que me resulta especial, un favorito en quien me complazco particularmente. En el primer grupo, hace cuatro años, estaba la riente Jen, de largas piernas, que a la sazón es mi amante. Un año después apareció Jalil, de serena belleza, y luego Timas, de quien anticipé sería uno de los más grandes arúspices; pero después de dos años de aprendizaje, Timas se desmoronó y fue expulsado. Y el año último apareció Runild, de ojos brillantes, el travieso Runild, mi favorito, mi querido muchachito, mejor dotado que Timas y, mucho me temo, menos estable incluso.

Contemplo a los nuevos y me pregunto cuál de ellos será especial para mí este año.

Los niños están flacos, pálidos, intranquilos; sus delgados cuerpecillos desnudos parecen más desnudos todavía por sus

cráneos rapados. A causa de lo que se les ha hecho en el cerebro se mueven con torpeza todavía. El brazo izquierdo lo mantienen en suspenso como si hubieran olvidado para qué sirve, y tienden a caminar moviéndose de lado, arrastrando un tanto la pierna izquierda. Pronto desaparecerán estos problemas. La última de las operaciones practicadas a este grupo se llevó a cabo hace apenas dos días, precisamente en el cuerpo menudo de una niña de anchos hombros cuyos pechos han comenzado a crecer ya. Puedo ver la angosta línea roja que señala el lugar en que el instrumento del cirujano hendió su pericráneo para separar los hemisferios de su cerebro.

—Habéis sido elegidos —digo en tono formal y resonante— para el más elevado y sagrado oficio de nuestra sociedad. A partir de este momento y hasta que seáis adultos vuestras vidas y fuerzas están, consagradas a la obtención de la capacidad y sabiduría que ha de poseer un arúspice. Os felicito por haber sido elegidos.

Y os envidio.

Esto último no lo digo en voz alta.

Siento envidia pero lástima también. He visto que los niños vienen y se van una y otra vez. De cada docena anual, uno o dos suelen morir por causas naturales o accidentales. Tres por lo menos se vuelven locos bajo la terrible presión de la disciplina y hay que expulsarlos. De modo que sólo la mitad del grupo puede completar los doce años de aprendizaje y, aun así, la mayor parte acabará demostrando que tiene pocas disposiciones para ser arúspice. Los inútiles podrán quedarse, por supuesto, pero sus vidas serán insignificantes. La Casa de las Mentes Dobles viene existiendo desde hace más de un siglo; en ella viven a la sazón apenas ciento cuarenta y dos arúspices —setenta y siete hembras y cuarenta y dos varones—, de los que todos salvo unos cuarenta son unos zánganos. Pésima recolecta de los mil doscientos novicios que han entrado desde el comienzo.

Los niños nunca se han visto antes. Los llamo por sus nombres y los presento. Ellos repiten los nombres en voz baja y con la mirada abatida.

—¿Cuándo podremos vestirnos? —pregunta un niño llamado Divvan.

La desnudez les turba. Mantienen los muslos unidos y adoptan

extraños ángulos en su posición, como si fueran cigüeñas, distanciados los unos de los otros, procurando ocultar sus pelvis inmaduras. Lo hacen porque se sienten extraños. Cuando pase el tiempo olvidarán la vergüenza. Al cabo de unos meses acabarán siendo más íntimos que hermanos.

—Esta tarde se os dará ropa —le respondo—. Pero no hay que conceder mucha importancia a la ropa en este lugar y no tenéis por qué ocultar vuestro cuerpo. —El último año, cuando salió a relucir este mismo punto (siempre sale a relucir), el malévolo Runild sugirió que yo también me desnudara en un gesto de solidaridad. Lo hice, naturalmente, pero fue un error: la vista del cuerpo de una mujer madura les resultó más perturbadora que la de la desnudez propia.

Es la hora de los primeros ejercicios, de modo que pueden aprender qué efectos ha tenido la operación cerebral en los reflejos físicos. Elijo al azar a una niña llamada Hirole y le digo que dé un paso al frente, en tanto el resto forma un círculo alrededor. Es alta y frágil, y sin duda le atormenta el saber que los ojos de los demás se mantienen clavados en ella.

Sonriendo, le digo con dulzura:

—Hirole, alza la mano.

La niña levanta una mano.

—Dobla la rodilla.

Mientras flexiona la pierna hay una interrupción. Un muchacho desnudo y ágil irrumpe en la habitación, ligero como una araña, desmañado como un mono, y se planta en medio del círculo, dando un empujón a Hirole. ¡Otra vez Runild! Es un niño extraño y caprichoso, extraordinariamente inteligente, que, como está ya en su segundo año, se ha venido comportando últimamente de manera descuidada e impredecible. Da vueltas alrededor del círculo, coge a los nuevos niños durante segundos tráfugas, acerca su rostro al de los otros y los mira con intensidad demente en la mirada. Enseguida se asustan. Estoy tan asombrada que tardo algunos segundos en reaccionar. Entonces voy hasta él y lo sujeto.

El muchacho forcejea con brío. Farfulla, me silba, me araña en los brazos y lanza sonidos guturales que nada significan. Poco a poco acabo por gobernarlo. Y en voz baja le digo:

—¿Qué te ocurre, Runild? Sabes que no tendrías que estar aquí.

—Déjame marchar.

—¿Acaso quieres que se lo cuente al Hermano Sleel?

—Sólo quería ver a los nuevos.

—Pues los has asustado. Podrás verlos de aquí a pocos días, pero no te está permitido molestarlos ahora. —Lo conduzco hacia la puerta. El muchacho sigue resistiéndose y en determinado momento está a punto de soltarse. Los niños de once años son desconcertantemente fuertes a veces. Me da puntapiés con furia: esta noche tendré cardenales. Intenta mordirme en el brazo. Por fin consigo sacarlo de la sala y, ya en el pasillo, su cuerpo se distiende de súbito y se echa a temblar, como si se hubiera sentido presa de un ataque y que ya se le hubiera pasado. También yo me echo a temblar. Le digo con voz ronca:

—¿Qué te ocurre, Runild? ¿Quieres que te echen como a Timas y Jurda?

¡No puedes seguir haciendo estas cosas! Tú...

Me mira con ojos fieros y empieza a decir algo, se interrumpe, se vuelve y sale corriendo. Al cabo de un instante desaparece, ráfaga morena y desnuda que se difumina camino del recibidor. Me asalta una gran tristeza: Runild era mi favorito y se ha vuelto loco; tendrán que expulsarlo. Debería informar en el acto del incidente, pero soy incapaz de hacerlo y, diciéndome a mí misma que mi responsabilidad concierne a los nuevos, vuelvo al dormitorio.

—Muy bien —digo con precipitación, como si nada fuera de lo común hubiera ocurrido—. Estaba hoy juguetón, caramba. Era Runild. Está un año por encima de vosotros. Lo veréis junto con los demás dentro de poco. Ahora, Hirole...

Los niños, preocupados por su propia alteración, se calman con rapidez; dijérase que la intrusión de Runild les ha alterado menos que a mí. De manera que empiezo de nuevo, no sin estremecimientos, y pido a Hirole que alce una mano, que flexione la rodilla, cierre un ojo. Le doy las gracias y llamo a un muchacho llamado Mulliam para que se sitúe en el centro del círculo. Le digo que alce un hombro, que se toque la mejilla con una mano, que cierre el puño. Tomo entonces a una muchacha llamada Fyme y hago que salte sobre un pie, que se lleve un brazo a la espalda, que mantenga una pierna en el aire.

—¿Quién sabría decirme lo que ha ocurrido en todos los

ejercicios? —digo.

Varias voces surgen al unísono:

—¡Siempre hacen las cosas con la derecha! ¡Con el ojo derecho, la mano derecha, la pierna derecha...!

—Muy bien.

Me vuelvo entonces a un muchacho corto de talla, rostro moreno, llamado Bloss, y le pregunto:

—¿Por qué? ¿Crees que se trata de una casualidad?

—Bueno —dice—, todos somos aquí diestros, porque no se permite que los zurdos sean arúspices, así que todos se preocupan de utilizar el lado que...

Bloss calla al ver las cabezas que se agitan a su alrededor. Galaine, la muchacha cuyos pechos comienzan a amanecer, dice:

—¡Es a causa de la operación! La parte derecha de nuestro cerebro no entiende del todo las palabras que se nos dicen, y la parte derecha es la que rige la parte izquierda del cuerpo, así que cuando nos dices que hagamos una cosa, la que lo entiende es la izquierda y mueve los músculos que domina. Y gana a la derecha porque la derecha no puede hablar ni oír.

—Muy bien, Galaine. Ésa es la respuesta exacta.

Hay que profundizar. Ya que se ha cortado la comunicación entre las dos mitades del cerebro, la parte derecha de estos niños se encuentra aislada, incapaz de hacer uso de la capacidad del centro lingüístico de la izquierda. Sólo ahora se dan cuenta de lo que significa tener medio cerebro desarticulado y como si dijéramos analfabeto; tener una parte izquierda que responde como si fuera el cerebro entero, activando sólo los músculos que rige directamente. Dice Fyme:

—¿Quiere decir esto que no podremos volver a utilizar la parte izquierda nunca más?

—De ningún modo. Vuestra derecha no se encuentra paralizada ni inutilizada. Es sólo que no entiende muy bien las palabras. Vuestra izquierda es más rápida en sus reacciones cuando recibe instrucciones verbales. Pero si la frase no tiene forma verbal, entonces la derecha puede volver por sus fueros y responder.

—¿Cómo pueden decirse frases que no tienen forma verbal? —pregunta Mulliam.

—De muchas maneras —digo—. Se puede hacer un dibujo, o un

gesto, o emplear cierta clase de símbolos. Os explicaré lo que quiero decir cuando volvamos a hacer más ejercicios. Unas veces os daré instrucciones en palabras y otras mediante actos. Cuando yo realice éstos, imitad lo que veáis. ¿Entendido?

Espero a que la adormecida facultad verbal de su parte derecha capte la idea.

Digo entonces:

—Alzad una mano.

Todos levantan el brazo derecho. Cuando les digo que flexionen la rodilla, flexionan la derecha. Pero cuando sin decir nada cierro el ojo izquierdo, me imitan y cierran el ojo izquierdo. Su parte derecha es capaz de ejercer dominio muscular de manera normal cuando se emiten las instrucciones de forma no verbal; pero cuando echo mano de las palabras, entonces es la parte izquierda la que, exclusivamente, percibe y actúa.

Pruebo la capacidad de su parte izquierda para que contraste las funciones motoras normales de su parte derecha mediante la orden verbal de que alcen el hombro izquierdo. Su parte derecha, sorda a mis palabras, no entra en acción y fuerzan a la parte izquierda a sobrepasar su esfera normal. Lentamente, con grandes dificultades, unos cuantos niños consiguen alzar el hombro izquierdo. Otros apenas pueden realizar leves movimientos. Fyme, Bloss y Mullían, que manifiestan en el rostro evidentes señales de esfuerzo, se muestran incapaces de elevar el hombro izquierdo. Les digo a todos que descansen y los niños respiran aliviados y se echan en los catres. No hay por qué preocuparse, les digo. Con el tiempo recuperarán las funciones motoras de ambas mitades del cuerpo. Por supuesto, siempre que no se vuelvan locos merced a fenómenos producidos por la cesura cerebral, pero no es necesario contarles esto.

—Una última demostración por hoy —anunció. Ésta tiene por misión enseñarles de qué manera afecta al proceso mental la total separación de los hemisferios. Pido a Gyboid, el menor de todos, que se siente en la mesa de pruebas del extremo de la sala. Sobre la mesa hay una pantalla; digo a Gyboid que f i je los ojos en el centro de la pantalla y durante una fracción de segundo hago aparecer el dibujo de un plátano en la parte izquierda de la pantalla.

—¿Qué has visto, Gyboid?

—Nada, Hermana Mimise —dice, y los demás niños abren la boca. Pero la parte que habla en el niño es sólo su parte izquierda, que capta la información visual mediante el ojo derecho; y este ojo no ha visto nada, ciertamente. Mientras tanto, la parte derecha de Gyboid me responde de la única manera que puede: la mano izquierda del muchacho tantea entre diversos objetos que hay en la mesa, detrás de la pantalla, encuentra el plátano que allí hay y lo alza triunfalmente. Mediante la vista y el tacto, la parte derecha de Gyboid ha vencido su incapacidad verbal.

—Excelente —dijo. Cojo el plátano, y llevando su mano izquierda a la parte trasera de la pantalla, que no puede ver, colocó entre sus dedos un vaso. Le pido que me diga el nombre del objeto que tiene en la mano.

—¿Una manzana? —arriesga. Arrugo la frente y, con rapidez, dice—: ¿Un huevo? ¿Un lápiz?

—No lo sabe, está adivinándolo —dice Mulliam.

—Exactamente. Pero ¿qué parte de su cerebro quiere adivinar?

—Su parte izquierda —exclama Galaine—. Pero la que sabe que tiene un vaso es la parte derecha.

Todos la abuchean por revelar el secreto. Gyboid saca la mano de detrás de la pantalla y mira el vaso, formando en silencio el nombre del objeto con un movimiento de los labios.

Someto a experimentos parecidos a Herik, a Chith, a Simi y a Clane. El resultado es siempre el mismo. Si lanzo una imagen al ojo derecho o pongo un objeto en la mano derecha, los niños responden con normalidad, nombrando correctamente el objeto. Pero si transmito la información sólo al ojo derecho o a la mano derecha, entonces no pueden servirse de palabras para describir los objetos que la parte derecha ve o tienta.

Por ahora es suficiente. Los niños están en silencio y se retraen a esferas individuales de intimidad. Sé que están pensando, haciendo experimentos menores en sus cabezas, probándose a ellos mismos, procurando aprender al máximo de los cambios que la operación ha originado. Se miran las manos, doblan dedos, susurran cálculos en miniatura. No deberían forzar tanto la introspección, por lo menos no tanto en el comienzo. Los llevo al almacén para que se hagan cargo de su nueva ropa, las túnicas monásticas grises que vestimos para diferenciarnos de las personas ordinarias de la ciudad. Los dejo

libres entonces, enviándolos a los campos de hierba verde que hay detrás del dormitorio para que descansen y jueguen. Pueden ser arúspices en potencia, pero también son, a fin de cuentas, niños de diez años.

Llega mi descanso de la tarde. De camino hacia mi aposento a través de los oscuros y fríos pasillos, se detiene el Hermano Sleel, uno de los arúspices más antiguos. Es un hombre de pelo cano, alto y de construcción fuerte; sus ojos azules se mueven casi con independencia, observando incansables cuanto hay alrededor con miradas separadas. Sleel ha sido siempre agradable y cordial conmigo y no obstante le he tenido siempre cierto temor, supongo que debido más a su oficio que a su condición de hombre. En realidad, me siento intimidada ante los otros arúspices, pues sé que sus mentes operan de manera diferente que la mía y ven cosas que yo no puedo ver.

—Veo que has tenido dificultades con Runild esta mañana —dice—. ¿Qué ocurrió?

—Se metió en mi clase de orientación y le pedí que se fuera.

—¿Qué hizo?

—Dijo que quería ver a los nuevos niños. Pero, por supuesto, no dejé que los molestara.

—¿Y se puso a pelear contigo?

—Alborotó un poco. Pero nada en el fondo.

—Peleó contigo, Mimise.

—Fue un tanto díscolo —admito.

El ojo izquierdo de Sleel se clava en los míos. Experimento un escalofrío. Es el ojo del oráculo y el que todo lo ve.

Dice con suavidad:

—Veo que peleaste con él.

Aparto la mirada y la poso en mis pies desnudos.

—No quería irse. Asustaba a los nuevos. Cuando intenté llevarlo fuera de la sala, saltó sobre mí, es cierto. Pero no me hizo daño y todo pasó enseguida. Runild es un iluminado, Hermano.

—Runild es un crío pendenciero —dice Sleel con gravedad—. Está molesto. Se está volviendo salvaje, como una bestia.

—No, Hermano Sleel. —¿Cómo encarar aquel ojo terrible?—. Posee dotes extraordinarias. Sabes, has de saberlo, que lleva tiempo encauzar a un muchacho como él, adecuarlo a...

—He recibido quejas de Voree, su preceptor. Dice que apenas sabe cómo tratarlo.

—Se trata sólo de una fase. La responsabilidad de Voree no sobrepasa las dos semanas. En cuanto ella...

—Sé que quieres protegerlo, Mimise. Pero no dejaré que el cariño que sientes por él nuble tu razón. Creo que el caso de Timas se repite. Es ya una costumbre antigua en este lugar, el novicio brillante que es incapaz de adaptarse a los cambios, que...

—¿Vas a expulsarlo? —digo.

Sleel sonríe. Coge mi mano entre las suyas. Me siento sumergida en su fuerza, en su sabiduría, en su entereza. Siento el insondable flujo de percepción desde su derecha mística hasta su calma y analítica izquierda.

—Si hace algo malo —dice—, tendré que hacerlo. Pero quiero evitarlo. Me gusta el chico. Respeto sus potencias. ¿Qué te parece que hagamos, Mimise?

—¿Que yo...?

—Anda, dímelo. Aconséjame.

El arúspice más anciano está jugando conmigo, supongo. Estremeciéndome, digo:

—Sin duda, Runild quiere llamar la atención con todas sus extravagancias. Tratemos de acercarnos a él y veamos qué quiere, y quizá demos con lo que necesita. Hablaré con Voree. Hablaré con Kitrin, la hermana del chico. Y mañana hablaré con Runild. Creo que confía en mí. Estuvimos muy juntos el año pasado.

—Lo sé —dice Sleel con amabilidad—. Pues bien: haz lo que sea y mira lo que puedes conseguir.

Momentos más tarde, mientras cruzo el patio central, Runild sale corriendo del pabellón del segundo año y se planta ante mí. Su rostro está encendido; su pecho desnudo brilla de sudor. Me coge, hace que me incline hasta alcanzar su altura y me mira fijamente a los ojos. Los suyos han comenzado ya a extraviarse un poco; acaso sean un día como los de Sleel.

Creo que quiere excusarse por su comportamiento anterior. Pero todo lo que me dice es:

—Lo siento por ti. Querías tanto ser uno de nosotros. —Y se aleja velozmente.

Ser uno de ellos. Es cierto. ¿Y quién que haya morado en la Casa de las Mentes Dobles, alejado del ruido y el caos del mundo, dedicándose a la contemplación oracular y al servicio de la humanidad no querría lo mismo? La hermana del padre de mi madre pertenecía a tan ilustre compañía y en mi temprana infancia me fue dado visitarla. Era terrible permanecer ante una derecha omnisciente, sentir el flujo de calor y entendimiento que emanaba de sus ojos sapientes. Mi sueño era reunirme con ella en este lugar, pero se trató de un sueño frustrado por partida doble porque ella murió cuando yo tenía ocho años y luego se declaró de manera irremediable mi condición de zurda.

Nunca se selecciona a los zurdos para la operación adivinatoria. Las dos mitades de nuestro cerebro son demasiado simétricas, demasiado ambidextros: poseemos centros lingüísticos en ambos lados, cosa que se da en casi todos los zurdos, por lo que no podemos desarrollar las fuerzas cerebrales que han de tener los arúspices. También los diestros nacen con cerebros que funcionan simétricamente, desarrollando cada hemisferio independientemente y duplicando las operaciones del otro. Pero cuando llegan a los dos años de edad, su parte derecha y su parte izquierda se encuentran ligadas de tal manera que poseen espacios compartidos de capacidad y por tanto cada mitad es libre de desarrollar su propia potencia especial, puesto que los dones de una mitad se encuentran instantáneamente a disposición de la otra.

El proceso de especialización se completa al alcanzar la edad de diez años. El lenguaje, el pensamiento lógico, todas las funciones analíticas y racionales se centran en la izquierda. La percepción especial, la visión artística, la habilidad musical, la penetración emocional se centran en la derecha. La parte izquierda del cerebro es la científica, la arquitecto, la general, la matemática. La parte derecha es la artesanal, la escultórica, la visionaria, la soñadora. Por lo general, ambas mitades funcionan como una sola. La derecha sufre el relámpago de la intuición poética, la izquierda se reviste de palabras. La derecha atiende al modelo de las relaciones fundamentales, la izquierda se expresa en una serie de teoremas. La derecha se conforma bajo el diseño de una sinfonía, la izquierda describe las notas en el papel. Cuando reina verdadera armonía entre los hemisferios del cerebro surgen las obras del genio.

Sin embargo, suele ocurrir demasiado a menudo que una parte domine a la otra. Impera la derecha y acaso tengamos un bailarín, un atleta, un artista, que tenga dificultades con las palabras, que sea inexpresivo y carente de articulación salvo al recurrir a un medio no verbal. No obstante, es más frecuente el dominio de la izquierda, ya que estamos regidos por el culto a las palabras, y somete a la derecha a comentarios y análisis verbales, amortiguando y ocultando las percepciones intuitivas espontáneas de la mente. Lo que la sociedad gana en orden y racionalidad lo pierde en visión y gracia. Nada podemos hacer respecto de estos desequilibrios, salvo aprovecharnos de su existencia acentuándolos y explotándolos.

Por esta razón acuden aquí los niños, una docena de nuestros mejores elementos por año, y por ello separan nuestros cirujanos el istmo de tejido nervioso que une la izquierda con la derecha. Se mantiene pese a todo cierto tipo de comunicación entre los hemisferios, puesto que cada mitad sigue siendo consciente de lo que la otra siente cuando no de su memoria acumulada y sus habilidades. Pero la derecha queda libre de la tiranía de la izquierda, intoxicada de palabras. La izquierda sigue funcionando según su rutina normal de escritura, lectura, conversación y ponderación, mientras que la derecha, dueña de sí ya, observa, registra y analiza de una manera que no necesita palabras. Puesto que su capacidad verbal es débil, la derecha, por fin independiente, acaba por dar con otros medios de expresión para que se conozcan sus percepciones, si quiere hacerlo: así, mediante una docena de años de aprendizaje en la Casa de las Mentes Dobles, algunos niños alcanzan esta última capacidad. No sé cómo y nadie que no sea arúspice lo sabe, pero pueden transmitir la penetración única de una derecha plenamente madura y totalmente desarrollada a la izquierda respectiva, que a su vez puede transmitir lo que recibe al resto de nosotros. Es un proceso difícil e imperfecto; pero nos da acceso a niveles del conocimiento que pocos han alcanzado antes de nuestros días. Aquellos que dominan esta facultad son nuestros arúspices funcionales. Moran en reinos de belleza y sabiduría que, en el pasado, sólo los santos, los profetas, los más grandes artistas y unos cuantos locos alcanzaron.

De poder, habría entrado yo en tales reinos. Pero nací zurda del seno materno y mi cerebro, aunque valioso, carece de la asimetría

exigida en sus funciones. Decidí entonces que, ya que no podía ser arúspice, podía al menos estar a su servicio. Y así vine cuando era niña y pedí entrar en el servicio, y con el tiempo me fue concedida la importante tarea de preparar a los nuevos niños en su nueva vida. Así he conocido a Jen y a Timas, a Jalil y a Runild y a tantos otros, algunos de los cuales llegarán a ser los más célebres arúspices, y así he recibido a Hirole y a Mulliam, a Gybold y a Galaine y a sus compañeros. Y creo que estoy contenta. Estoy contenta.

Nos reunimos en el pabellón principal para el refrigerio de la noche. Mi nuevo grupo no ha sido presentado todavía a los novicios más antiguos, de manera que sufren los doce un examen atento, que los niños encuentran embarazoso, mientras los conduzco hasta sus puestos. Cada grupo anual tiene su mesa aparte. Mi docena cena conmigo; en la mesa de la izquierda se encuentra mi grupo del pasado año, ahora a cargo de Voree. Runild está sentado allí, dándome la espalda, y su sola presencia me crea cierta tensión, como si el muchacho despidiera radiación eléctrica. A mi derecha está el grupo de tercer año, reducido a nueve a la sazón a causa de la expulsión de Timas y la muerte de dos miembros; los de cuarto año se encuentran ante mí y los de quinto, entre los componentes de éste mi querida Jen, a mi espalda. Los muchachos más antiguos están en el centro del pabellón. A lo largo de las paredes de la gran sala se encuentran las mesas de los instructores, que diariamente cuidan de la educación ordinaria de los doce grupos de novicios, mientras que los arúspices mayores ocupan largas mesas en el extremo más apartado del pabellón, bajo una panoplia de alegres oriflamas rojiverdes.

Seel pronuncia unas breves palabras de bienvenida a mis doce y se sirve la comida.

Envío a Galaine con una nota para Voree: *Reúnete conmigo en el atrio después de cenar.*

Tengo poco apetito. Acabo con rapidez, pero me mantengo con mi grupo hasta que llega el momento de levantarse. Todos los niños marchan al salón de actos en que va a tener lugar cierta sesión. Comienza a caer una cálida llovizna; Voree y yo permanecemos bajo el refugio de los aleros. Recia mujer de cabello ensortijado, color naranja, es mucho mayor que yo. Año tras año, le voy pasando mis

noveles. Es fuerte, eficaz, imperturbable, insensible. Runild la desconcierta.

—Es como un mono —dice—. Siempre desnudo, hablando para sí; cantando canciones estúpidas, haciendo travesuras. No atiende las lecciones. Ni siquiera hace sus ejercicios la mayoría de las veces. Le he advertido que lo van a expulsar, pero parece que no le preocupa.

—¿Qué crees que busca?

—Llamar la atención.

—Claro, pero ¿por qué?

—Porque es un muchacho de naturaleza perversa —dice Voree con mala cara—. He visto a muchos de esta clase. Green que las reglas son para los demás. Dos semanas más con este comportamiento y aconsejaré que lo expulsen.

—Es demasiado brillante para perderlo, Voree.

—Él se está perdiendo a sí mismo. ¿Cómo puede ser arúspice sin disciplina? Y siempre está molestando a los demás. Mi grupo está siempre alborotado. Ahora ha molestado al tuyo. Tampoco quiere dejar sola a su hermana. Expulsión, Mimise, a eso va derecho. A la expulsión.

No he ganado nada hablando con Voree. Me reúno con mi grupo en el salón de actos.

La hora de acostarse llega enseguida para los más jóvenes. Llevo al dormitorio a los míos y entonces quedo libre hasta medianoche. Vuelvo al salón de actos, donde los niños mayores y el personal fuera de servicio descansan, juegan a lo que sea, bailan o pasean. K i t r i n, la hermana de Runild, se encuentra aquí todavía. La llevo aparte. Es una niña delicada y esbelta de catorce años, novicia de quinto año. Me gusta porque estuvo en mi primer grupo, pero siempre la he encontrado escurridiza, evasiva, opaca. A la sazón se muestra así más que nunca: le pregunto acerca de la conducta de su hermano y me responde con encogimientos de hombros, vagas frases que no acaba y evasivas arteras. ¿Que Runild es excéntrico? Bueno, pues claro que lo es, muchos niños lo son, dice, sobre todo los que más descuellan. ¿Que la disciplina parece aburrirle? Él está muy por encima de su grupo, tú lo sabes bien, Mimise. Etcétera. Nada obtengo de ella salvo la certera intuición de que me oculta algo respecto de su hermano.

Falla mi intento de sonsacarle; Kitrin es aún una niña, pero está a mitad de camino de la adivinación, muy cerca, y esto le da cierta ventaja sobre mí en cualquier duelo de astucia que entre nosotras pudiera entablarse. Sólo cuando le sugiero que Runild corre inminente peligro de expulsión rompo sus defensas.

—¡No! —exclama abriendo los ojos de miedo y palideciendo sus mejillas—. ¡No deben hacerlo! ¡Tiene que quedarse aquí! Va a ser superior a todos.

—Es que causa demasiados problemas.

—Ya se le pasará. Sentará cabeza, te lo prometo.

—Voree no piensa así. Y ella es la que va a pedir la expulsión.

—No. No. ¿Qué será de él si lo expulsan? Él quiere ser arúspice. Su vida entera se desmoronará. Tenemos que salvarlo, Mimise.

—Sólo lo lograremos si sabe comportarse.

—Hablaré con él por la mañana —dice Kitrin. Me pregunto qué sabe la muchacha que no quiere decirme.

Cuando llega el fin de la velada nocturna llevo a Jen a mi aposento, tal como hago tres o cuatro noches por semana. Es alta y esbelta y aparenta más de los catorce años que tiene. Su preceptora me ha dicho que se desenvuelve bien en su noviciado y que será una magnífica arúspice. Nos acostamos juntas, boca contra boca, pecho contra pecho, y nos acariciamos, nos sonreímos con la mirada, adentrándonos y entregándonos a los ritos del amor. Luego, en el reposo que sigue a la pasión, descubre la moradura del forcejeo matutino en mi muslo y me hace una pregunta.

—Runild —digo. Le hablo de su conducta extraña, de la inquietud de Sleel, de mi conversación con Voree.

—No deben expulsarlo —dice Jen con solemnidad—. Sé que es alborotador. Pero el camino que ha emprendido es muy importante para todos nosotros.

—¿Camino? ¿Qué camino es ése?

—¿No lo sabes?

—No sé nada, Jen.

Toma aliento, se aparta, me observa un instante. Dice al cabo:

—Runild lee la mente. Cuando acerca su cabeza a la de los demás, se produce una transmisión. Sin palabras. Es... es una especie de telefonía sin hilos. Su derecha puede leer la derecha de los demás arúspices, igual que se puede leer un libro abierto. Si

podría aproximarse a Sleel o a cualquiera de los otros, sería *capaz*, de leer su derecha.

—¿Qué dices?

—Y hay más, Mimise. Su derecha habla con su izquierda de la misma manera. Puede transmitir mensajes completos con rapidez, estableciendo contactos entre sus dos mitades de manera mucho mejor que cualquiera de los arúspices. No necesita disciplina y tiene pleno acceso a las percepciones de su derecha. Así, cualquier cosa que sea lo que ve su derecha, incluyendo lo que extrae de la derecha de los demás, lo transmite a su izquierda y puede expresarlo en palabras de manera más clara incluso que él mismo Sleel.

—No te creo —digo, comprendiendo a duras penas.

—¡Es cierto! Es cierto, Mimise. Está todavía aprendiendo a hacerlo, y eso le excita mucho, por ello se comporta así. ¿No te das cuenta? Todavía no sabe cómo dominar su capacidad y por ello se comporta de manera tan extraña. Pero una vez tenga su poder bajo control...

—¿Cómo sabes todo eso, Jen?

—Vaya, porque me lo dijo Kitrin.

—¿Kitrin? Hablé con Kitrin y ni siquiera me hizo sospechar que...

—Oh —exclamó Jen con cara compungida—. Creo que no tendría que haberlo dicho. Ni siquiera a ti. Ahora tendré líos con Kitrin, vaya...

—No los tendrás. Ella no tiene por qué saber que me lo has contado. Pero... Jen, Jen, ¿cómo es posible esto? ¿Puede tener alguien tales poderes?

—Runild los tiene.

—Eso dice él. O Kitrin dice que los tiene.

—No —dice Jen con firmeza—. Los tiene de veras. Me lo demostraron él y Kitrin. Sentí que tocaba mi mente. Sentí que me la leía. Puede leérsela a cualquiera. Puede leértela a ti, Mimise.

He de hablar con Runild. Pero con cuidado, con mucho cuidado; todo en su momento apropiado. Por la mañana lo primero que he de hacer es visitar a mi grupo y aplicarlo a los ejercicios del segundo día, destinados a demostrar que su derecha, aunque muda y a la sazón aislada, no es inferior, sino que tiene percepciones y

capacidad que en cierto modo son superiores a las de la izquierda.

—Nunca penséis que vuestra derecha es inútil —les advierto—. Consideradla más bien como una especie de animal sobremanera inteligente... un animal de gran astucia, rápido en sus reflejos, imaginativo, con un solo defecto, que es el de no disponer de vocabulario y no poder captar nunca más que unas cuantas palabras como mucho. Nadie se apena por un tigre o un águila porque no sepan hablar. Y existen formas de aprendizaje mediante las cuales podemos comunicarnos sin palabras con los tigres y las águilas.

Hago aparecer en la pantalla la imagen de una casa y pido a los niños que la dibujen, utilizando primero la mano izquierda, luego la derecha. Aunque todos son diestros, se muestran incapaces de dibujar otra cosa que representaciones burdas, simples, de dos dimensiones, con la mano derecha. Los dibujos hechos con la izquierda, aunque un tanto impedida a causa del atraso relativo del desarrollo muscular y el dominio motor, manifiestan una comprensión plena de la técnica de la perspectiva. La mano derecha posee la facultad física, pero es la izquierda, que extrae la visión del hemisferio derecho del cerebro, la que posee la capacidad artística.

Les pido que monten cubos plásticos de colores a tenor de un complicado modelo que hago aparecer en la pantalla. Con la izquierda llevan a cabo los ejercicios con rapidez y pericia. Con la derecha se confunden, fruncen la frente y se muerden los labios, sostienen en alto los cubos sin saber dónde emplazarlos, amontonándolos a veces en caóticos apiñamientos. Clane y Bloss acaban al cabo de un par de minutos; Mulliam persevera tozudamente como quien está empeñado en escalar una montaña demasiado empinada para sus fuerzas, pero adelanta poco; la izquierda de Laubet parece querer algo que se dijera está más allá de los poderes de la derecha, como si la chica estuviera en lucha consigo misma. Debe contener la impaciente mano izquierda en su espalda para proceder con acierto. Ninguno puede completar el conjunto correctamente con la mano derecha y cuando les dejo que trabajen con las dos manos, éstas pugnan por el predominio, la derecha, al principio superior, incapaz de aceptar su nuevo papel inferior y derribando con irritación los cubos que la izquierda ha colocado en su sitio.

Proseguimos con los ejercicios de pantalla divididos en

reconocimiento facial y análisis de modelos, también con los musicales y todo lo que compone la rutina del segundo día. Los niños están entusiasmados con la facilidad con que su derecha funciona en todo aquello que no sea operación verbal. Por lo común suelo alegrarme yo también mientras contemplo la derecha recién liberada que nace a la vida y afirma su propio dominio. Pero hoy estoy impaciente por ver a Runild y sólo presto una ligera atención a lo que hago.

La sesión llega a su fin. Los niños salen y van al aula en que reciben instrucción escolar normal. También el grupo de Runild estará en ello hasta el mediodía. Acaso pueda llevarle un momento después de la comida. Pero, como si lo hubiera conjurado con un deseo, lo veo avanzar por el prado de flores carmesíes que hay junto al salón de actos. También me ve él: se detiene en medio de sus visajes, guiños y sonrisas, hace un gesto con la mano y me envía un beso con ella. Me acerco a él.

—¿Te han dispensado de la clase de esta mañana? —le pregunto medio en broma.

—Las flores son muy bonitas —dice.

—Las flores seguirán siendo bonitas después de clase.

—¡Oh, no seas tan tonta, Mimise! Ya me sé las lecciones. Soy un chico listo.

—Quizá demasiado listo, Runild.

Sonríe. No me da miedo. Se dijera que me protege; parece ser a la vez mucho más joven y mucho más inteligente que lo normal a sus años. Lo tomo suavemente por la cintura y acabamos tendiéndonos en la hierba. Corta una flor para mí. Se dijera que me corteja. Acepto la flor y su mirada y le respondo con una cálida sonrisa; también yo coqueteo. No dudo de su encanto; nunca he podido vencerlo como persona que posee autoridad sobre él, sino como conspirador. En nuestras relaciones hay siempre una sexualidad subyacente, algo incestuoso, como si yo fuera su hermana mayor.

Hablamos entre bromas, lanzándonos pullas. Luego digo:

—Algo misterioso ha tenido que ocurrirte últimamente, Runild. Lo sé. Comparte ese misterio conmigo.

Al principio lo niega todo. Pretende ser inocente, pero me deja entrever que lo pretende tan sólo. Su sonrisa malévola lo traiciona.

Habla con elipses crípticas, sacando a relucir conocimientos arcanos y desafiándose a que le vaya sonsacando detalles. Acepto su juego, me muestro intrigada, ya impaciente, ya escéptica, ya desinteresada por completo: nos acechamos y ambos lo sabemos. Su ojo oracular me taladra. Juega conmigo con tal sutileza que he de recordarme, con una mirada a su delgado cuerpo lampiño, que estoy tratando con un muchacho. Nunca debo olvidar que tiene once años. Por último le presiono directamente, preguntándole qué nuevo don ha estado cultivando.

—¡No te gustaría saberlo! —exclama, pone cara irritada y se marcha.

Pero vuelve. Hablamos más seriamente. Admite que los últimos meses ha descubierto que es diferente de los demás niños y de los arúspices mayores, que posee un don, cierto poder. Le perturba y exalta al mismo tiempo. Todavía está investigando cómo enfocarlo. No describe el poder de manera específica. Por supuesto conozco su naturaleza por Jen, pero prefiero aparentar ignorancia.

—¿Me lo dirás? —pregunto.

—Hoy no —dice.

Poco a poco voy ganando su confianza. Nos encontramos por casualidad, en pasillos o patios, e intercambiamos frases de cortesía, que es el trato usual que empleo con mis antiguos pupilos. Me está probando, quiere ver si soy su amiga o una vulgar espía de Sleel. Dejo que sepa mi interés por él. Dejo que sepa incluso que su conducta excéntrica lo ha puesto al borde de la expulsión.

—Ya me lo imaginaba —dice sombríamente—. Pero ¿qué voy a hacer? No soy como los demás. No me puedo estar quieto mucho rato. Las cosas saltan en mi cabeza continuamente. ¿Por qué habría de molestarme con la aritmética cuando puedo...?

Se detiene súbitamente, de nuevo con reserva.

—Cuando puedes ¿qué, Runild?

—Tú lo sabes.

—No lo sé.

—Lo sabrás. Muy pronto.

Hay días en que parece tranquilo. Pero no han terminado sus travesuras. Se topa con la pobre Hermana Sestoine, una de las más antiguas e inferiores, entre los arúspices, y apoya la frente contra la de ella y le hace algo que la tiene llorando una hora. Sestoine no

dice lo que tiene lugar durante ese momento de contacto y al cabo de un rato parece que olvida el episodio. El rostro de Sleel se muestra sombrío. Me mira con admiración, como si dijera: *Queda ya poco tiempo; el muchacho ha de irse.*

Me encuentro en mi aposento un día de lluvia, en plena tarde, cuando entra Runild de forma inesperada, húmedo, el pelo aplastado. Su cuerpo gotea. Se desnuda, lo seco con la toalla y lo acerco, al fuego. No dice nada durante un rato; está tenso, rígido, como si sufriera alguna presión interior y no pudiera distenderse. Se vuelve hacia mí con brusquedad. Sus ojos son extraños: van de un lado a otro, trepidan, esplenden.

—¡Acércate! —susurra con voz ronca, como hombre que llama a su cama a una mujer. Me coge por los hombros, me agacha hasta alcanzar su altura, pone su frente con violencia sobre la mía. Y el mundo se transforma. Veo lenguas de llamas purpúreas. Veo grietas que se abren en la tierra. Veo océanos que ahogan las playas. Y me inunda el contacto; estoy húmeda de energías extrañas.

Sé lo que es ser arúspice.

Mi derecha y mi izquierda se separan. No es como tener un cerebro partido en dos; es como tener dos cerebros, iguales e independientes. Siento su tictac como dos relojes de latido distinto; y la izquierda mantiene su tictac de maquinaria austera mientras que la derecha salta y baila y llora y canta al son de ritmos enloquecedores. Pero no son ritmos enloquecedores, pues sus pulsaciones frenéticas conocen la regularidad y la irregularidad, modelo de amodalidad. Comienzo a acostumbrarme a lo extraño; empiezo a sentirme a gusto con ambos cerebros, el izquierdo que pienso como «yo» y el derecho que también es un «yo», pero un yo alterado, desconocido y sin nombre. Mis primeros recuerdos afloran en mi derecha. Contemplo un reino de sombras. Nuevamente soy niña; tengo acceso a las primeras horas de mi vida, a todos mis primeros años, a aquellos años en que las palabras nada significaban para mí. Los datos preverbales yacen en mi derecha, formas, tejidos, olores y sonidos, y no tengo necesidad de dar denominación a ninguna cosa, ninguna necesidad, de denotar o analizar, sólo sentir, experimentar, revivir. Todo está claro y vivo. Veo como ha funcionado en mí desde siempre, cómo este conjunto de experiencias ha dirigido mi comportamiento, igual que lo han

hecho las experiencias de los últimos años. Puedo acceder ahora a este reino oculto, comprenderlo y utilizarlo.

Siento el flujo de datos desde la derecha hasta la izquierda: los reflejos sin palabras, las reacciones intuitivas, la apercepción espontánea e inmediata de estructuras. El mundo tiene un nuevo sentido para mí. Pienso, pero no en palabras, y me digo cosas, pero no en palabras, y mi izquierda, atropelladamente, tartamudeando (pues no sabe nada de las disciplinas) busca palabras, a veces las encuentra, para expresar lo que estoy proporcionándole. De modo que esto es lo que hacen los arúspices. Esto es lo que experimentan. Éste es el conocimiento que poseen. Me siento transfigurada. Es mi fantasía hecha realidad: se ha escindido la banda elástica del tejido de conexión; mi derecha se ha liberado; me he hecho uno de ellos. No quiero volver a lo que era antes. Ahora pensaré en tonos y colores. Exploraré reinos desconocidos para el encadenamiento verbal. Viviré en la tierra de la música. No me limita r é a hablar y escribir; sentiré y sabré.

Sólo que eso empiece a desvanecerse.

El poder me está abandonando. Ha sido sólo un momento; es más, ¿se trataba de mi propio poder o de una brizna del de Runild?. Lucho, araño, y sin embargo se aleja, y me quedo con pedazos, con retales, y enseguida ni siquiera con esto, sólo con un resabio, el eco de un eco, último destello umbroso de una lejana luz que se apaga. Abro los ojos. Estoy de rodillas; el sudor cubre mi cuerpo; mi corazón late con fuerza. Runild está sobre mí.

—¿Entiendes ahora? —dice—. ¿Entiendes? Esto es lo que me ocurre en todo momento. Puedo comunicarme con la mente. Puedo establecer comunicación, Mimise.

—Hazlo otra vez —suplico. Niega con la cabeza.

—Podría hacerte daño —dice. Y se va.

He dicho a Sleel lo que he averiguado. Ahora tienen al chico con ellos en la casa oracular interior, nueve de ellos, los arúspices superiores, haciéndole preguntas, probándolo. No sé qué esperan para celebrar su don, para concederle honores especiales, para ayudarlo en medio de su turbulenta adolescencia para que pueda ocupar el lugar supremo entre los arúspices. Pero Jen piensa de otra manera. Ella cree que los angustia por medio de sus penetraciones, a causa de su impericia en estos contactos y que le temerán una vez

haya demostrado claramente lo que puede hacer; también cree que representa una amenaza para la autoridad de los demás, pues su forma de conjuntar las percepciones de su derecha y las fuerzas analíticas de su izquierda mediante un flujo directo mental es muy superior al laborioso método de traducción simbólica. Jen cree que sin duda será expulsado y hasta asesinado. ¿Cómo creer sin embargo tales cosas? Ella no es todavía arúspice; no es más que una muchacha; puede estar equivocada. La conferencia continúa hora tras hora y nadie sale de la casa oracular.

Salen por fin a la caída de la noche. Ha dejado de llover. Veo a los arúspices más ancianos cruzar el patio. Runild está entre ellos, muy pequeño al lado de Sleel. En sus rostros no se dibuja ninguna expresión. Los ojos de Runild tropiezan con los míos: su mirada está en blanco, es indescifrable. ¿Lo he traicionado al pretender salvarlo? ¿Qué va a ocurrirle? La comitiva alcanza el lado más apartado del cuadrángulo. Un vehículo aguarda. Runild y dos arúspices ancianos entran en él.

Después de la cena Sleel me llama aparte, me agradece mi colaboración y me comunica que Runild va a sufrir ciertos exámenes a cargo de expertos en un instituto muy lejano. Su poder de comunicación mental es tan notable, dice Sleel, que exige un análisis prolongado.

Pregunto tímidamente si no habría sido mejor mantenerlo aquí, entre aquellas cosas que habían llegado a constituir un hogar para él y dejar que fueran los expertos los que acudieran a la Casa de las Mentes Dobles. Sleel niega con la cabeza. Son muchos expertos, el equipo de prueba no es transportable, las pruebas durarán mucho.

Me pregunto si volveré a ver a Runild.

Por la mañana acudo junto a mi grupo a la hora de costumbre. Llevan ya varias semanas viviendo aquí y han desaparecido sus primeros temores. He entrevisto ya el destino que les aguarda: Galaine es de ingenio vivaz, pero superficial; Mulliam y Chith son alborotadores; Fyme, Miróle y Divvan pueden tener materia de arúspices, el resto es pura mediocridad. Un grupo normal. Acaso Hirole llegue a ser mi favorita. Pero entre ellos no hay ninguna Jen, ningún Runild.

—Hoy empezaremos a examinar la idea de los términos no

verbales —empiezo—. Por ejemplo, si decimos «Deja este balón verde» en vez de la palabra «igual» y «esta caja azul» en vez de la palabra «distinto», entonces podemos...

Mi voz prosigue. Los niños me escuchan complacidos. Así tiene lugar el aprendizaje en la Casa de las Mentes Dobles. Por debajo de mi cráneo mi soñadora derecha se remueve un tanto, como si reviviera su instante de libertad. Por los corredores que hay fuera de la sala se pasean los arúspices sumidos en meditación, abrigados bajo impenetrable sabiduría y quienes les servimos con obediencia seguimos con lo nuestro.

HE AQUÍ EL CAMINO

This is the Road

Hoja, recostándose cómodamente junto a Sombra en un grueso fardo de pieles, en el abrigado castillo de pasajeros del aerovagón, oyó el primer clarinetazo de la lluvia y puso cara de vinagre: pronto tendría que levantarse y ocuparse de la conducción del vagón si es que la lluvia era de la especie que se temía.

Era aquél el noveno día desde que los Dientes empezaron a asolar las provincias orientales. El aerovagón, que llevaba a cuatro que huían de los brutales apetitos de los invasores, se desplazaba flotando a lo largo de la Pista de la Araña, sita en cierto punto entre Theptis y la Costilla del Normando, rumbo al oeste, rumbo al oeste y a todo trapo. Taco estaba con las tiendas dando órdenes oníricas al conjunto de seis yeguas de la noche que tiraban del vagón; el fornido Corona se encontraba en mitad del vehículo, tramando seguramente alguna venganza contra los Dientes, ya que no sabía hacer otra cosa; lo que permitía que Hoja y Sombra se entregaran a lo suyo, aunque no por mucho tiempo. Escuchando el furioso tamborileo de la lluvia contra la tensa cubierta de pellejo claveteado del vehículo, Hoja sabía que no se trataba de una lluvia corriente, sino de la temida lluvia purpúrea que deja el aire apestado y lanza a la caza a las arañas ápodas. Taco nunca podría gobernar el vehículo en medio de una lluvia morada. Pues vaya lata, pensó Hoja, repantigándose mejor contra la forma azul y rodeada de cálidas pieles de Sombra. Al rato oyó el ingrato quejido de las yeguas y notó que el vagón daba saltos: sí, no cabía la menor duda: lluvia morada y arañas ápodas. Su tiempo de descanso estaba a punto de acabar.

No es que se quejara de tener que trabajar. Pero es que había terminado su turno de pilotaje hacía apenas media hora. Se había ganado el descanso. Si Taco era incapaz de dominar el vagón en medio de aquel temporal —lo mismo pasaba con Sombra, que

nunca se las había visto con una lluvia morada—, que se hiciera cargo Corona. Pero, por supuesto, Corona diría que naranjas y no se movería de su sitio.

—Siempre he tenido inferiores que conduzcan por mí —había dicho Corona diez días atrás, cuando se encontraban en el gran fuerte de Ciudad Santa, con los proyectiles de los Dientes zumbando alrededor.

—Pues tus inferiores se han largado sin esperar al amo —hubo de recordarle Hoja.

—¿De veras? Otros habrá que conduzcan.

—¿Voy a convertirme entonces en inferior tuyo? —dijo Hoja sin alterarse—. Recuerda, Corona, que yo soy un Pura Sangre.

—Ya se te ve en la cara, compañero. Pero ¿por qué meternos en disputas filosóficas? Éste es mi vehículo. Los invasores estarán aquí antes de que se haga de noche. Si quieres venirme al oeste conmigo, ya sabes lo que tienes que hacer. Si te parece demasiado para tus pruritos, pues te quedas aquí y pruebas a ver si tu suerte te gana el perdón de los Dientes.

—Acepto tus condiciones —dijo Hoja.

Así, había subido a bordo —y también Taco, y Sombra— con la condición de que él y estos dos se harían cargo del pilotaje. Hoja se sentía degradado por ello —se había alquilado como miembro de la raza inferior—, pero ¿qué otra alternativa había tenido? Estaba solo y lejos de su gente; con las hordas de los Dientes devastando el este, estaba arriesgando el pellejo. Aceptó pues las condiciones de Corona. Un aristócrata conoce el arte de la ductilidad mucho mejor que la mayoría. Soporta la humillación hasta que ya no puede soportar más, pero mientras tanto acepta, acepta, acepta los hechos. Doblegarse ante lo inevitable resulta vulgar y melodramático. Hoja pertenecía a la casta superior, los Pura Sangre, enseñada desde la infancia a ser flexible, sauce que se pliega al viento, abandonado libremente a la voluntad del Alma. El orgullo es un pecado peligroso; igual que la terquedad; el desenfreno también y mucho más que los otros. Por tanto, trabajaba mientras Corona dormía a pierna suelta. No obstante, había límites incluso para la capacidad de aceptación de Hoja, y sospechaba que estaba a punto de llegar a esos límites.

La primera noche, con sólo dos pequeños ríos entre ellos y los

Dientes y las terribles explosiones de Ciudad Santa incendiando el cielo, los fugitivos hicieron un breve alto para coger melones en un campo abandonado y, en tanto se deleitaban con aquello succulenta hortaliza, Hoja dijo a Corona:

—¿Dónde irás, una vez estés a salvo de los Dientes, del otro lado del Río Medio?

—Conozco a unos parientes lejanos que viven en los Llanos —dijo Corona—. Iré allí y les contare lo que ha ocurrido a la gente oriental del Lago Oscuro y los convenceré para que empuñen las armas y obliguen a los Dientes a volver a la desolación glacial a que pertenecen.—El rostro oscuro de Corona brillaba embadurnado de pulpa. Se lo limpió—. ¿Qué planes tienes tú?

—No son tan grandiosos. También buscaré parientes, pero no para organizar un ejército. Quiero ir simplemente al Mar Cerrado, en busca de mi gente, para vivir con ella tranquilamente otra vez. He estado lejos demasiado tiempo. ¿Qué mejor ocasión que esta para regresar? —Hoja miró a Sombra—. ¿Y tú? —preguntó a la muchacha—. ¿Dónde quieres ir tú?

—Sólo donde tú vayas —dijo ella. Hoja sonrió.

—¿Y tú, Taco?

—Yo sólo quiero sobrevivir —dijo Taco—. Sobrevivir y nada más.

La humanidad había transformado el mundo y el mundo transformado había hecho cambiar a la humanidad. Día tras día, el vagón llevaba a los viajeros a alguno que otro pueblo extraño que se proclamaba descendiente de la estirpe ancestral, aunque respiraran por branquias y tuvieran la piel como cuero curtido o dispusieran de varios pares de brazos. Humanos, todos humanos, humanos, humanos. Por lo menos todos insistían en ello. Si uno se afirma humano, pensaba Hoja, entonces el interlocutor no tendrá más remedio que estar de acuerdo. Sin embargo, había diversas clases de humanidad. Hoja, como Pura Sangre, se consideraba más cerca de lo humano que cualquiera de las gentes con que topaban, más cerca de lo humano incluso que sus tres compañeros; ciertamente, a veces tendía a considerar a Corona, Taco y Sombra como más extraños que humanos, pero no lo consideraba un estigma. Cualquier cosa que morase en el mundo no era estigma, siempre que procurase no ofender a los demás. A Hoja le habían

enseñado a respetar los diversos tipos de educación humana, incluso la que marcaba a los inferiores. Sus compañeros no eran de la casta inferior, de eso no había la menor duda; eran de estirpe media y su categoría no estaba muy por debajo de la del mismo Hoja. Corona, el mayor, más fuerte y más violento de todos, era de la parentela del Lago Negro. Sombra, de las Estrellas Danzantes y resultaba el elemento más elegante y dócil del grupo. Era la única hembra del vehículo. Taco, que procedía de la estirpe del Cristal Blanco, era el más rápido en cuerpo e inteligencia, el más mercurial y volátil. Un conjunto extraño, pensó Hoja. Pero en las ocasiones extremas se coge a los compañeros de viaje según vienen. No se quejaba. Le parecía posible continuar sin problemas con todos ellos, incluso con Corona. Incluso con Corona.

El vehículo se detuvo dando un tumbo. Se oía ruido de cascos en el suelo húmedo; a continuación sonó un escalofriante alarido procedente de Taco y un furioso bramido procedente de Corona; por último, se escuchó una serie de leves explosiones silbantes. Hoja meneó la cabeza con tristeza.

—Malgastar munición con las arañas ápodas...

—Quizás estuvieran atacando a los caballos —dijo Sombra—. Corona es bruto pero no tonto.

Hoja le acarició las nalgas con ternura. Sombra trataba siempre de ser amable. Nunca se había acostado anteriormente con una Estrella Danzante, aunque le parecían de aspecto agradable: eran entes delgados, de esqueleto de pájaro y pecho menudo, cubiertos desde los tobillos hasta el cráneo crestado con un espeso pellejo del color del crepúsculo invernal. La voz de Sombra era musical y sus movimientos sobremanera graciosos; era la antítesis de Corona.

Corona apareció en aquel momento, figura voluminosa que entró precipitadamente a través de las cortinas de cuentas que aislaban el castillo de pasajeros. Miró malévolamente a Hoja. Aun en sus momentos más apacibles, Corona parecía irritado, efecto tal vez causado por sus ojos, de un tono rojo brillante allí donde en Hoja y en casi todos los humanos dominaba el blanco. El cuerpo de Corona era un saco de carne, dos veces más ancho que Hoja y medio cuerpo más alto, aunque Hoja no procedía de una raza corta de estatura. La piel de Corona era de color verde purpúreo y brillante, acaso como bronce reluciente; era lampiño de pies a

cabeza y parecía más la estatua descomunal de un gladiador aceitoso que un ser vivo. Los brazos le llegaban más abajo de la rodilla, tenía más articulaciones de lo normal y acababan en manos que parecían palas de hornero; se dijera perfectos instrumentos de matarife. Hoja le dedicó su mejor sonrisa. Sin devolverle el saludo, dijo Corona:

—Harías mejor en coger las riendas, Hoja. El camino se ha vuelto pantanoso. Los caballos se ponen nerviosos. Es la lluvia morada.

Durante aquellos nueve días Hoja se había acostumbrado a obedecer las bruscas órdenes de Corona. Iba a obedecer esta vez y a dejar sola a Sombra cuando, abruptamente, llegó al límite de la paciencia:

—Mi turno ha terminado hace un momento —dijo.

—Ya lo sé —dijo Corona—. Pero Taco no puede conducir el carromato en este terreno. Y yo acabo de cargarme un buen puñado de arañas. Si no nos damos prisa habrá muchas más.

—¿Y?

—¿Qué te propones, Hoja?

—No tengo ganas de ponerme delante otra vez tan pronto.

—¿Crees que Sombra va a poder dominar las riendas en medio de esta tormenta? —preguntó fríamente Corona.

Hoja se tensó. Vio que la rabia subía al rostro de Corona. El gigante estaba conteniendo su violencia con bastante esfuerzo; si Hoja mantenía su actitud desafiante habría jaleo. La rebeldía iba contra todos los principios de Hoja, y sin embargo mantuvo su oposición y hasta sintió cierta complacencia en ello. Decidió arriesgarse a un enfrentamiento y ver hasta dónde llegaba la firmeza de Corona. Dijo con tenacidad:

—Muchacho, puedes coger tú las riendas esta vez.

—¡Hoja! —susurró Sombra, pálida.

El rostro de Corona adquirió matices criminales. Sus oscuras y relucientes mejillas temblaron y se pusieron rígidas; sus ojos relampaguearon como pepitas fundidas; sus manos se abrieron y cerraron, se abrieron y cerraron atenazando el aire con furia.

—¿Qué bicho te ha picado? Hicimos un trato A menos que ahora pienses que un Pura Sangre no tiene necesidad de cumplirlo...

—Ahórrame prejuicios de clase, Corona. No pongo mi condición

como excusa para no trabajar. Estoy cansado y me he ganado un buen descanso.

—Nadie te niega el descanso. Hoja —dijo Sombra con suavidad—. Pero Corona tiene razón al decir que yo no puedo conducir bajo la lluvia morada. Lo haría si pudiera. Tampoco puede hacerlo Taco. Sólo quedas tú.

—Y Corona —dijo Hoja con obstinación.

—Sólo tú —murmuró Sombra. Era propio de ella el no tomar partido, el servir siempre de mediador—. Vamos, Hoja. Antes de que haya problemas serios. No es digno de ti crear este tipo de altercados.

Hoja quiso seguir lo iniciado, aunque resultase peligroso. Negó con la cabeza.

—Tú, Corona. Conduce tú.

—Estás yendo demasiado lejos —dijo Corona con voz ahogada—. Hicimos un trato.

Todo el comedimiento del Pura Sangre había desaparecido ya.

—¿Trato? Estuve de acuerdo en participar en la conducción, no en que se me fastidiara el descanso cuando...

Corona dio un puntapié a un asiento de mimbre y lo rompió. Su ira comenzaba a aflorar. Gruesas venas se le hincharon en el cuello. Dominándose todavía, dijo:

—Ve allí ahora mismo, Hoja, o por el Alma que te mando a donde Todo-es—Uno.

—Magnífico, Corona. Márame si es que quieres hacerlo. Pero en ese caso, ¿quién conducirá tu podrido carromato por ti?

—Me quejaré cuando llegue el momento.

Corona dio un paso adelante tragando aire y con los puños apretados. Sombra codeó a Hoja en las costillas.

—Esto está fuera de toda lógica —le dijo.

Él estaba de acuerdo. Había probado a Corona y había obtenido una respuesta; Corona no iba a volverse atrás, de eso estaba casi seguro; pero por el momento era suficiente porque Corona era capaz de matarlo. El gigante del Lago Negro se alzó sobre él y levantó sus tremendos brazos como si fuera a machacar la cabeza de Hoja. Éste elevó las manos, más en son de sometimiento que de autodefensa.

—Espera —dijo—. Tranquilízate, Corona. Conduciré.

Los brazos de Corona descendieron. Detuvo el impulso homicida en mitad del acceso, perdió el equilibrio y se arrojó contra un lado del carromato. Se enderezó pesadamente. Sacudió la cabeza con lentitud. Dijo con voz amenazadora:

—No vuelvas a hacer nada parecido, Hoja.

—Es la lluvia —dijo Sombra—. La lluvia morada. Todo el mundo hace cosas raras cuando cae la lluvia morada.

—Aun así —dijo Corona, dejándose caer sobre la pila de pieles mientras Hoja se levantaba—. La próxima vez habrá jaleo del bueno. Ahora, andando. Conduce.

Asintiendo, dijo Hoja:

—Ven conmigo, Sombra.

Ella no respondió. En su rostro había una expresión de temor.

—El conductor conduce solo —dijo Corona—. Deberías saberlo, Hoja. ¿Me estás tentando todavía? Porque si lo estás haciendo, no tienes más que hacérmelo saber y verás lo que es bueno.

—Quiero estar acompañado mientras hago este turno extra.

—Sombra se queda aquí.

Hubo un momento de silencio. Sombra temblaba.

—Muy bien —dijo Hoja por último—. Sombra se queda.

—Te acompañaré —dijo Sombra mirando con timidez a Corona.

Corona puso mala cara pero nada dijo. Hoja salió del castillo de pasajeros, seguido de Sombra. Fuera, en el estrecho corredor que llevaba a la cabina, se detuvo, se estremeció, le recorrió un temblor y cogió a la hembra. Ella apretó contra él su cuerpo leve y se abrazaron con fuerza e intensidad. Cuando el hombre la soltó dijo ella:

—¿Por qué quisiste provocarlo? Fue algo muy extraño por tu parte.

—No tenía ganas de coger las riendas tan pronto.

—Ya lo sé.

—Quería estar contigo.

—Podrás estar conmigo un poco más tarde —dijo ella—. No tenía sentido que contradijeras a Corona. No había ninguna salida. Tenías que conducir.

—¿Por qué?

—Lo sabes bien. Taco no puede hacerlo. Tampoco yo.

—¿Y Corona?

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Corona? ¿Por qué iba a coger las riendas él?

Desde el castillo de pasajeros surgió la voz irritada de Corona:

—¿Vas a estarte ahí todo el día, Hoja? ¡Vamos ya! ¡Y tú, ven aquí, Sombra!

—Ya voy —dijo ella.

Hoja la retuvo un instante.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puede conducir él? Puede ser orgulloso, pero no tanto que...

—Pregúntamelo en otra ocasión —dijo Sombra alejándolo—. Anda, anda. Tienes que conducir. Si no nos movemos tendremos a las arañas encima.

Al tercer día de viaje, rumbo al oeste, llegaron al poblado de los Mutantes. Gran parte del condado que habían cruzado se encontraba desierta, aunque los Dientes no lo habían visitado todavía, pero los Mutantes seguían su rutina acostumbrada como si nada hubiera ocurrido en las provincias vecinas. Era gente angulosa, de piernas largas, piel cetrina, de un tono casi verdoso, que por lo general podía clasificarse por debajo de la casta media, pero por encima de los inferiores. Estaban dotados del don de la metamorfosis, un lento reblandecimiento de los huesos que efectuaban a voluntad y que podía, en el curso de una semana, alterar rápidamente la forma del cuerpo; Hoja no vio que hicieran nada de esto, excepción hecha de unos cuantos niños que parecían estar a mitad de transformaciones curiosas, el uno con brazos al parecer sin huesos, el otro con los hombros grotescamente distendidos, el de allá con piernas como zancos. Los adultos se acercaron al carromato admirándose de su belleza con sonidos halagadores, y Corona se puso a hablar con ellos.

—Estoy organizando un ejército —dijo—. Volveré dentro de un mes o dos al frente de mis parientes de los Llanos. ¿Queréis luchar en nuestras filas? Juntos arrojaremos a los Dientes y liberaremos las provincias orientales.

Los Mutantes se rieron de buena gana.

—¿Cómo se va a poder expulsar a los Dientes? —preguntó un anciano con una sebosa mata de pelo blanquiazul—. Fue deseo del Alma que vinieran como conquistadores y nadie puede discutir los mandatos del Alma. Los Dientes permanecerán en estas tierras

durante un millón de años.

—¡Podemos derrotarlos! —exclamó Corona.

—Destrozarán cuanto encuentren en su camino y nadie puede detenerlos.

—Si pensáis eso, ¿por qué no huís? —preguntó Hoja.

—Tenemos tiempo de sobra. Pero estaremos bien lejos para cuando volváis con vuestro ejército de salvación. —Se oyeron risas ahogadas—. Nos mantendremos a salvo de los Dientes. Sabemos cómo hacerlo. Nos transformaremos y nos iremos.

Corona insistió.

—Podéis sernos útiles en nuestra guerra contra ellos. Poseéis dotes valiosas. Si no queréis ser soldados nuestros, por lo menos haced de espías. Os enviaremos a los campamentos de los Dientes disfrazados de...

—No estaremos aquí —dijo el anciano Mutante— y nadie podrá encontrarnos —y con esto terminó la conversación.

Mientras el carromato salía del poblado Mutante con Sombra en las riendas, Hoja dijo a Corona:

—¿Crees realmente que vas a poder derrotar a los Dientes?

—No me queda otro remedio.

—Ya has oído al viejo Mutante. La invasión de los Dientes fue voluntad del Alma. ¿Crees de veras que puedes ir contra esa voluntad?

—También la tormenta es voluntad del Alma —dijo Corona con serenidad—. De todos modos, hago aquello de que soy capaz. Y nunca he sabido si el Alma se disgusta o no.

—No es lo mismo. Una tormenta es un acto que se da entre el cielo y la tierra. Nada tenemos que ver en ello; si queremos cubrirnos la cabeza, eso no altera lo que tiene lugar. Pero la invasión de los Dientes es un acto entre una y otra tribu, una reordenación de las pautas sociales. En el gran plan de las cosas, Corona, puede ser un proceso necesario, preordenando para alcanzar ciertos fines que sobrepasan nuestro entendimiento. Todos los sucesos forman parte de un todo mayor, y todo está en equilibrio, todas las cosas se compensan entre sí. Ora estamos en paz, ora llegan los invasores; ¿no lo comprendes? Si ha de ser así, es inútil oponerse.

—Los Dientes han irrumpido en las tierras del este —dijo Corona

— y han asesinado a miles del Lago Negro. Mi interés en el proceso necesario comienza y acaba en ese hecho. Mi tribu casi ha sido barrida del mapa. La tuya está a salvo, allá, junto a sus playas abundantes en helechos. Buscaré ayuda y me vengaré.

—Los Mutantes se rieron de ti. Otros lo harán también. Nadie querrá luchar contra los Dientes.

—Tengo primos en los Llanos. Si nadie más quiere, los movilizaré a ellos. Estarán de acuerdo en que hay que pagar a los Dientes con la misma moneda por lo que hicieron a los del Lago Negro.

—Corona, tus primos del oeste pueden decirte que prefieren quedarse donde están seguros. ¿Por qué habrían de ir al este para vengarse? ¿Acaso devolverá la vida a tus parientes muertos la venganza, por muy sangrienta que sea?

—Lucharán —dijo Corona.

—Prepárate pues por si no quieren.

—Si no aceptan —dijo Corona—, entonces volveré al este por mi cuenta y haré la guerra solo hasta que caiga. Pero no temas por mí, Hoja. Estoy seguro de que encontraré muchos voluntarios.

—Que tozudo eres. Corona, Tienes poderosas razones para odiar a los Dientes, como todos nosotros. Pero ¿por qué dejar que ese odio te cueste la vida? ¿Por qué no aceptar la desgracia que ha caído sobre nosotros y comenzar una nueva vida al otro lado del Río Medio, y olvidar este sueño de dar la vuelta a lo irreversible?

—Eso es cosa mía —dijo Corona.

Hoja caminaba por el vehículo con la cabeza gacha, los hombros encogidos, los pies deseando dar de puntapiés a los objetos. Se sentía irritado, lleno de turbio resentimiento. Había dejado que su rabia aflorase a n t e Corona, lo que no estaba nada bien; pero aun peor resultaba que hubiera permitido que la ira lo dominara y envenenara. Ni siquiera la belleza del carromato alcanzaba a calmarlo; por lo común, su construcción soberbia y sus adornos elegantes le alegraban, los paramentos de piel modelados de manera retorcida, las panoplias de lustrosos tejidos, las incrustaciones de intrincada talla, los graciosos cordones de semillas secas y borlas que pendían del techo curvo; pero semejantes maravillas nada significaban para él en aquel momento. Aquello no podía ser.

El aerovagón tenía una longitud mayor que diez hombres de Pura Sangre tendidos y en hilera, y una anchura que ocupaba casi toda la pista. En su factura habían participado los más delicados artesanos: menestrales Donantes de Flores, sin duda; solo los Donantes de Flores podían haberlo construido tan bien, Hoja imaginó docenas de frágiles personillas trabajando con premura durante meses, todo sonrisas y silencio, dedos largos y escuálidos, ojos rápidos y brillantes, dando forma al inmenso vehículo como quien forja un poema. La estructura general era de largas arboladuras de madera ligera, elegantemente labrada con anchas bandas torcidas de fragante e incoloro mucílago, y estaba sujeto con juncos elásticos cogidos en los marjales del sur. Sobre esta elaborada armadura se habían ajustado tiras curtidas de piel con gruesas fibras amarillas procedentes de los mismos cuerpos de las criaturas que habían suministrado el pellejo. El suelo era de troncos de plantas nocturnas, negros y relucientes, pulidos con gran tacto y juntados con enorme habilidad. No se había utilizado ningún metal en la construcción del carromato, ni tampoco ninguna sustancia artificial: la naturaleza lo había dado todo. A pesar de su amplitud y majestad, era ligero, tan ligero que flotaba sobre una columna vertical de aire caliente generado por propulsores magnéticos que giraban en su panza; mientras la tierra giraba, giraban los propulsores y cuando éstos giraban el carromato se alzaba a unos palmos del suelo y podía ser tirado con facilidad por una partida de yeguas de la noche.

Más que un carromato parecía un palacio y allí donde iba despertaba la curiosidad: amor de Corona, placer de Corona, hacienda de Corona, juguete monstruoso. Para pagar su fabricación había tenido que enviar muchas almas allí donde Todo-es-Uno, pues no de otra forma se había ganado el sustento Corona en los viejos días: de soldado mercenario, asesino a sueldo, duelista contratado por los ricos orientales que eran demasiado esmirriados o zánganos para defender el propio honor. Nunca había recibido ni un rasguño y sus honorarios habían sido elevados; pero ahora que los Dientes se habían desparramado por las tierras del este había terminado todo aquello.

Hoja no podía soportar que su irritación durase tanto. Se detuvo para tranquilizarse, cerró los ojos y atendió al tono diáfano que

sonaba siempre en el fondo de su ser. Lo encontró al cabo de unos minutos, se sintió tonificado y se dejó purificar. La mala fe de Corona dejó de tener importancia. Hoja volvió a ser el de siempre, alerta y condescendiente, consciente y responsable.

Sonriendo y silbando penetró con rapidez en la cabina media, amplia, agradable, brillantemente iluminada, decorada con armas de Corona y otros hoscos recuerdos de peleas, y penetró en el pasillo frontal que llevaba a la cabina del conductor.

Taco estaba sentado ante las riendas. Los de Cristal Blanco, como Taco, parecían vibrar de energía; pero por lo que respectaba a Taco, parecía cansado, vacío, medio muerto de fatiga. Era pequeño y canijo, estrecho de hombros y caderas, con piel incolora, de textura cerúlea y córnea, manchada aquí y allá de puntos pilosos. Sus músculos eran largos y planos; su rostro, cavernoso, de nariz picuda y mandíbula afilada y malévolos ojos oscuros hundidos en huesudas cuencas. Hoja tocó su hombro.

—Vale ya —dijo—. Corona me ha enviado a relevarte.

Taco asintió con debilidad pero no se movió. El hombrecillo temblaba como una rana. Hoja había pensado siempre que era indestructible, pero ante aquel desaliento consideró que parecía más frágil que Sombra.

—Vamos —murmuró Hoja—. Tienes unas cuantas horas para descansar. Sombra te cuidará.

Taco se encogió de hombros. Estaba inclinado hacia delante, mirando con ojos muertos por el postigo curvo, sucio a la sazón de goterones de agua mugrienta.

—Las puercas arañas —dijo. Su voz fue ronca y gastada—. La cochina lluvia. El barro. Mira los caballos, Hoja. Están muertos de miedo y yo también. Nos moriremos todos en esta carretera, Hoja, si no a causa de las arañas, de la lluvia venenosa; si no a causa de la lluvia, de los Dientes, y si no por éstos por alguna otra cosa. No hay otra carretera más que ésta, ¿te has dado cuenta? Éste es el camino y estamos encadenados a él como inferiores desvalidos, y en él moriremos.

—Moriremos cuando nos llegue la hora, como todo lo demás. Taco, ni antes ni después.

—Pues a nosotros nos va a llegar la hora enseguida. Muy pronto. Demasiado pronto. Puedo tocar al fantasma de la muerte con la

mano.

—Taco...

—Me siento atrapado en este carromato.

Taco hizo un extraño ruido con la garganta, una especie de sollozo a medias. Hoja tiró de él y lo apartó del asiento del conductor, llevándolo seguidamente al pasillo. Como si no pesara en absoluto. Quizá fuera cierto en aquel instante mismo. Taco tenía muchas cualidades.

—Anda —dijo Hoja—. Descansa mientras puedas.

—Eres muy amable.

—Y deja de hablar de muertes.

—Tienes razón —dijo Taco. Hoja lo vio forcejear con el miedo, la desesperación y el cansancio. Pareció reanimarse, bordear su antigua vitalidad; pero la ligera recuperación decreció y entonces, esbozando una leve sonrisa, susurró gracias y se alejó.

Hoja ocupó su puesto en el asiento del conductor.

Por la ventana del carromato —delgadísimas y tensas láminas de piel de la mejor calidad, cuidadosamente adheridas, perfectamente transparentes— podía ver un paisaje desapacible. Una lluvia oscura como la sangre caía horadando el suelo esponjoso y elevando efímeros surtidores de tierra. Del terreno brotaba una densa pestilencia miasmática, ráfagas de niebla oscura y caliente, cuyo olor acre comenzaba a penetrar en el vehículo. Hoja suspiró y cogió las riendas. Fantasma de la muerte, pensó. Atrapado. Pobre Taco, había llegado al límite de la razón.

Y sin embargo, y sin embargo, mientras consideraba lo que había dicho Taco, Hoja advirtió que había estado experimentando cosas parecidas durante los últimos días; tenso, impelido, apresado. *Apresado*, Como si acecharan por allí cerca presencias invisibles, burlonas, hostiles. ¿Fantasmas? Sin duda se trataba de la tensión provocada por todo lo que había pasado desde la primera ola carnífera de los Dientes. Había vivido el colapso de una civilización rica y compleja. Avanzaba ahora por un mundo extraño, todo él algas y cenizas, Era acosado, acaso, por el peso del pasado todavía insepulto, por el recuerdo de todo lo que había perdido.

Se dijera que era necesario un exorcismo. Dijo en voz alta:

—Si hay aquí algún fantasma, que me escuche: *Sal de esta cabina*. Es una orden. Tengo cosas que hacer.

Se rió. Cogió las riendas y se aprestó a gobernar el tronco de yeguas. Seguía dominando la sensación de una presencia invisible.

Algo al tiempo palpable e intangible hacía presión sobre él de manera imperiosa. Se sintió envuelto y absorbido. Es la niebla, se dijo. Niebla azul oscuro que presiona la ventana y sella el carromato en el interior de una jaula de vapor.

¿Era aquello? Hoja quedó inmóvil un instante, escuchando. Silencio. Dejó las riendas, se volvió en el asiento e inspeccionó la cabina con atención. Nadie. Era absurdo preocuparse por tales cosas. Sin embargo, persistía la intranquilidad. No se trataba ya de una broma. El nerviosismo de Taco se le había contagiado y la enfermedad seguía creciendo, volviéndose más intensa a cada momento que pasaba, volviéndolo vulnerable a cualquier terror que se le insinuase. Sólo con una mente tranquila podría alcanzar el estado de trance que requiere un conductor de yeguas nocturnas; pero el trance parecía estar fuera de sus posibilidades mientras experimentase el aguijón de la mirada de algún invisible observador en su nuca. Esta lluvia, pensó, esta maldita lluvia. Vuelve loco a todo el mundo. Con voz clara y firme, dijo:

—Hablo en serio. Manifiéstate y sal de la cabina. Silencio.

Volvió a hacerse cargo de las riendas. Inútil por otro lado. Era imposible concentrarse. Conocía muchas técnicas de concentración, de dirigir su conciencia a un punto de serenidad imperturbable. Sin embargo, ¿podría hacerlo, distraído y alterado como se encontraba? Lo procuraría al menos. Tenía que lograrlo. El carromato había permanecido demasiado en aquel sitio. Hoja echó mano de todos sus recursos interiores; una a una fue expulsando de sí todas las discordancias; se obligó a caer en trance.

Al parecer daba resultado. Las tinieblas lo llamaban. Se encontraba en el umbral. Daba ya el primer paso en el interior.

—Qué tontería, qué tontería más tonta —dijo una voz bruscamente seca que no procedía de ninguna parte y que taladró sus oídos como ratón de dientes afilados del Desierto Blanco.

Quebróse el trance. Hoja se estremeció como si hubiera recibido una cuchillada y se puso en pie, brillantes los ojos, el rostro enrojecido de excitación.

—¿Quién ha hablado?

—Deja en paz las riendas, compadre. Seguir por este camino es

un derroche de energía.

—Luego no estoy loco ni lo estaba Taco. ¡Hay alguien aquí!

—Un fantasma, exactamente, un fantasma, un fantasma, un fantasma —dijo el fantasma entre risas.

Cesó la tensión de Hoja. Era mejor contender con un fantasma real que con la fantasía de la propia mente perturbada. Temía a la locura más que a lo invisible. Además, creía conocer la naturaleza de la criatura.

—¿Dónde estás?

—No muy lejos de ti. Aquí. Aquí. Aquí. —La voz brotó de tres puntos distintos, una vez detrás de otra. El ente invisible comenzó a cantar. Su canto era alto de tono, como un gemido, y tenía la cualidad de cuartear la paciencia de Hoja. Aún no había visto éste a nadie, aunque había aguzado la vista y mirado a todas partes. Le pareció descubrir una delgadísima pátina de luz rosada que flotaba ante la pared de la cabina, una niebla ahumada que se desplazaba de un lugar a otro, una película mínima como de aceite sobre agua, pero en cuanto enfocaba correctamente la mirada parecía evaporarse la presencia.

—¿Cuánto tiempo llevas en el carromato? —dijo Hoja.

—Mucho.

—¿Subiste en Theptis?

—¿Se llamaba así aquel sitio? —preguntó el fantasma sin la menor ironía—. Lo he olvidado. Es tan difícil recordar cosas...

—Theptis. Hace cuatro días.

—Quizá fuera Theptis —dijo el fantasma—. ¡Estúpido! ¡Soñador!

—¿Por qué me dices eso?

—Estás metido en un callejón sin salida, estúpido, del que nada vas a sacar. —El invisible rió—. Dime, Pura Sangre, ¿crees que soy un fantasma?

—Sé lo que eres.

—¡Qué listo te has vuelto!

—Espectro lamentable, estantigua miserable y a merced de los vientos. Manifiéstate, fantasma.

La risa vibró en las cuatro esquinas de la estancia. Cerca del oído derecho de Hoja, dijo la voz:

—El camino que has elegido está cortado más adelante. Te lo dijimos cuando os acercasteis a nosotros y sin embargo

continuasteis y todavía proseguís. ¿Por qué tanta temeridad?

—¿Por qué no te manifiestas? Un caballero se siente incómodo cuando habla con el aire.

El fantasma se dejó ver un tanto tras una breve pausa. Una mancha vaporosa y carmesí apareció ante Hoja, que vio en el interior de la misma ciertos rasgos pálidos e insustanciales, como proyecciones de una pantalla de espesa niebla. Creyó distinguir una barba blanca, ojos chisporroteantes, labios curvados; un rostro repugnante, un esqueleto sin carne. La mancha volvióse más intensa, hasta alcanzar por momentos el escarlata y Hoja pudo ver la figura entera del extraño: hombre de cuerpo estrecho, enjuto y marchito, que le sonreía con sorna feroz. Los bordes de la silueta aparecían confusos y deshechos en niebla. Entonces, súbitamente, Hoja no vio más que vapor y por último la pura nada.

—Te recuerdo, en Theptis —dijo Hoja—. En la tienda de los Invisibles.

—¿Qué haréis cuando lleguéis al punto cortado del camino? —preguntó el invisible—. ¿Echar a volar? ¿Cavar un túnel?

—Me preguntaste lo mismo en Theptis —replicó Hoja—. Te respondo lo mismo que te respondió el del Lago Negro. Seguiremos, con puntos cortados o sin ellos. Es el único camino que tenemos.

Habían llegado a Theptis en el quinto día de fuga: ciudad inmensa, espléndido emporio mercantil cuya puerta mayor daba el este, abriéndose a un punto en que se unían dos grandes ríos y convergían muchas carreteras. En los buenos tiempos podían encontrarse en Theptis todas las razas. Los Pura Sangre y los Cristales Blancos, los Donantes de Flores y los Formadores de Arena, y una docena más, se apiñaban en sus calles, comprando y vendiendo, vendiendo y comprando; sin embargo, Theptis era sobre todo la ciudad de los Dedos, la casta comerciante, tipos gordos e industrioses, que se concentraban a millares en aquella urbe única.

El día en que el carromato de Corona llegó a Theptis, casi toda la ciudad estaba en llamas, e hicieron alto en una amplia llanura sita fuera del área metropolitana. Se había levantado allí de manera improvisada un campo de refugiados, y en la pradera veíanse relucir tiendas negras, doradas y verdes como hierbas recién brotadas. Hoja y Corona fueron en busca de noticias.

¿Habían saqueado los Dientes Theptis también? No, les dijo un

viejo Formador de Arena. Por lo que sabía, los Dientes estaban todavía en el este, enzarzándose con las ciudades costeras. Entonces, ¿a qué se debían los fuegos? El anciano sacudió la cabeza. Su energía se había agotado; o su paciencia; o su cortesía. Dijo: si queréis saber más, preguntadles a ellos. Ellos lo saben todo. Y señaló con el dedo la tienda de enfrente.

Hoja miró dentro de la tienda y vio que estaba vacía; pero al volver a mirar descubrió ante sí ciertas sombras móviles, tenues siluetas que existían en los mismísimos confines de la visibilidad y que sólo podían percibirse merced a ciertos juegos de la luz cuando se desplazaban. Le pidieron que entrara y también entró Corona. Eran más visibles junt o a la luz humeante del fuego de campaña: siete u ocho de los Invisibles, nómadas, misteriosos siempre, dotados de ciertas proyecciones luminosas que les permitían moverse alrededor o a través de sus cuerpos de tal manera que podían escapar a la mirada de los ojos normales. Hoja, al igual que todos aquellos que no eran de su especie, se sentía intranquilo entre los Invisibles. Nadie confiaba en ellos; nadie era capaz de predecir sus actos, ya que eran criaturas antojadizas y caprichosas, o bien obedecían códigos cuya lógica resultaba incomprensible a los demás. Recibieron a Hoja y a Corona después de acomodarse en sus carnaduras, y ofrecieron vino y fruta a los visitantes. Corona señaló la ciudad. ¿Quién la había incendiado? Un Invisible de barba roja y voz quebrada dijo que durante la segunda noche después de la invasión los Dedos más ricos habían tenido miedo y habían emprendido la fuga con sus pertenencias más valiosas, y mientras sus carromatos cruzaban los portones de la ciudad, las castas inferiores habían comenzado a saquear las casas de los Dedos, y también sus bodegas; el fuego se había declarado de manera espontánea sin que pudiera hacerse responsable a nadie, ya que los causantes habían sido los inferiores, pero los amos habían huido. La ciudad ardió, pues, de esta manera y todavía seguía ardiendo; y los supervivientes se encontraban en aquella llanura, esperando a que se aplacaran las llamas para recuperar algunas cosas y deseando que los Dientes no cayeran sobre ellos antes de emprender la fuga. En cuanto a los Dedos, dijo el Invisible. se habían marchado ya de Theptis.

¿Qué camino habían tomado? La mayor parte el del noroeste,

por la Pista del Ocaso, al principio; pero la entrada en la pista se había visto cebada por la cantidad de vehículos que: habían sufrido colisión, de manera que la única vía de acceso tenía que alcanzarse dando un rodeo por la parte arenosa del norte de la ciudad; cuando estas noticias se divulgaron, los Dedos dieron la vuelta y pusieron rumbo al sur. Corona preguntó por qué nadie al parecer había tomado la Pista de la Araña, que iba hacia el oeste. Un segundo Invisible, de barba blanca, tomó parte en la charla. La Pista de la Araña, dijo, está muerta a unas cuantas jornadas de viaje; una carretera muerta, una carretera inútil. Todos lo saben, dijo el Invisible de barba blanca.

—Ése es nuestro camino —dijo Corona.

—Os deseo suerte —dijo el Invisible—. Pero no llegaréis muy lejos.

—Quiero llegar a los Llanos.

—Prueba por la parte arenosa —le aconsejó el de barba roja—, y ve por la del Ocaso.

—Eso nos haría perder dos o tres semanas —replicó Corona—. La Pista de la Araña es la única que podemos tener en cuenta. —Hoja y Corona intercambiaron miradas de prudencia. Hoja preguntó la naturaleza del impedimento de la carretera, pero los Invisibles se limitaron a decir que el camino había sido «asesinado», y no se explayaron—. Seguiremos adelante, con puntos cortados o sin ellos —dijo j o Corona.

—Como queráis —dijo el Invisible más anciano, sirviendo más vino.

Ambos Invisibles se habían desvanecido ya; el frasco parecía suspendido en la niebla. Igualmente, la conversación se hizo real, como de sueño, pues las respuestas dejaron de guardar relación con las preguntas y las palabras de los Invisibles llegaban hasta Hoja y Corona como envueltas en gruesa lana. Hubo un largo silencio y cuando al cabo alargó Hoja su vaso vacío, el frasco permaneció inmóvil y se dio cuenta de que él y Corona estaban solos en la tienda. Salieron y preguntaron en las otras tiendas por el bloqueo de la Pista de la Araña, pero nadie sabía nada, como tampoco lo sabían las jóvenes Estrellas Danzantes ni las tres mujeres de Aliento de Agua, de rostro chato, ni siquiera una familia de Donantes de Flores. ¿Eran de fiar los Invisibles? ¿A qué se habían referido al

hablar de una carretera «asesinada»? Seguramente se referían a que el camino era impuro por alguna razón sólo conocida de los Invisibles. ¿Qué valor podían tener sus advertencias para quienes no participaban de sus supersticiones? ¿Quién se atrevería a decir lo que significan las palabras de un Invisible? Aquella noche, los cuatro ocupantes del carromato divagaron en torno del sentido del camino «asesinado», pero ni las percepciones intuitivas de Sombra, ni el amplio conocimiento de los dialectos y costumbres de las tribus que Taco poseía arrojaron mucha luz. Por último, Corona reafirmó su decisión de adentrarse en la carretera previamente elegida, y así fue como salieron de Theptis por la Pista de la Araña. Mientras viajaban hacia el oeste no se toparon con nadie que marchara en sentido contrario, aunque podía darse que estos carriles estuvieran llenos de viajeros que habían dado la vuelta al tropezar con el antedicho impedimento. Corona tomó buena nota de esto; pero Hoja observó por su cuenta que el carromato de los cuatro parecía ser el único vehículo en la carretera que seguía no sólo la dirección oeste sino también cualesquiera otras, como si nadie más se hubiera tomado la molestia de seguir aquel camino. Así, en medio de aquella siniestra soledad, viajaron durante cuatro días en dirección oeste hasta que los alcanzó la lluvia morada.

Dijo el Invisible:

—Vuelve a tu trance y dirige los caballos. Yo dormiré junto a ti hasta que llegue el momento de despertar.

—Preferiría estar solo.

—No te molestaré.

—Vete, por favor.

—Eres poco amable con tus huéspedes.

—¿Eres mi huésped? —preguntó Hoja—. No recuerdo haberte invitado.

—Bebiste nuestro vino en nuestra tienda. Este gesto te creó la obligación de devolvernos la hospitalidad. —El Invisible aumentó la intensidad corporal hasta que pareció tan sólido como Corona; pero mientras Hoja lo observaba, el otro comenzó a desvanecerse otra vez en corpúsculos dispersos. La pared opuesta de la cabina se veía a través del pecho del Invisible, como si éste fuera un ente hueco. Sus brazos habían desaparecido, pero no así sus manos de largos dedos. Sonreía, mostrando una dentadura torcida y fuerte. En la

cabina dominaba un extraño olor, fuerte y almizclado, como vinagre mezclado con miel. Dijo el Invisible—: Permaneceré contigo un rato más —y desapareció del todo.

Hoja se movió por la cabina, sabiendo que un Invisible podía sentirse aun si permanecía oculto a la mirada. Sus manos no encontraron nada. Desaparecido, desaparecido, desaparecido, de vuelta al lugar en que ondulan las llamas, ¿no? Hasta el olor a vinagre y miel había disminuido.

—¿Dónde estás? —dijo Hoja—. ¿Te has metido por aquí cerca? —Silencio. Hoja se encogió de hombros.

El olor que dominaba a la sazón era el de la lluvia morada. Era tiempo de moverse, con polizones o no. La lluvia golpeaba el ventanuco con grumos fangosos movidos por el viento. Hoja volvió a coger las riendas. Alejó al Invisible de su mente.

Las lluvias moradas procedían de masas gaseosas condensadas en la atmósfera superior: nubes de residuos químicos que emergían de los lugares más pútridos, más sofocantes y rodeaban el planeta como tempestades malignas. Después del choque con una masa de aire frío, semejante nube venenosa soltaba su carga de aceites y ácidos bajo la forma de chaparrón; y la podredumbre que caía podía resultar mortal para las plantas, los animales menores y, a veces, para el hombre mismo.

La lluvia morada era el pretexto de ciertas criaturas sombrías para arribar a la tierra procedentes de oscuras regiones: escurridizos animales que se alimentaban de carroña, que se deslizaban entre los muertos y los agonizantes, y otros seres mayores y más peligrosos que se lanzaban sobre los desmayados y los heridos. Las arañas ápodas se encontraban entre los más desagradables.

Eran éstas siniestras bestias esféricas del tamaño de perros crecidos, voraces y despiadadas en la caza. Tenían el cuerpo grueso y cubierto de pelambre espesa y oscura; poseían ocho ojos resplandecientes encima de diversas bocas dotadas de agudos colmillos. Ciertamente carecían de patas, pero no se quedaban inmóviles, pues del bajo vientre les crecía un grueso pie de carne, parecido al del caracol, que les permitía avanzar a velocidad lenta pero inexorable. Eran malos cazadores y fácilmente se veían impedidos por animales más fuertes; pero eran mortales para las

victimtas aturridas por la lluvia morada, ya que se les acercaban hasta hundir las púas venenosas que les brotaba de la espalda. ¿Eran realmente arañas? Hoja no tenía ni idea. Como casi todas las demás alimañas, eran de una especie reciente, resultado de la mutación que sobrevino por causas que sólo el Alma sabía durante las alteraciones biológicas que siguieron a la caída de la antigua civilización industrial sin que nadie las hubiera estudiado de cerca ni se hubiera ocupado de ello.

Corona había llegado a matar cuatro. Sus cuerpos yacían boca arriba al borde del camino, mustios y consumidos como setas venenosas arrancadas. De los pequeños cerros que vadeaban la autopista habían surgido unas doce más y se aproximaban lentamente hacia el carromato atascado; algunas habían alcanzado ya a sus compañeras muertas y se disponían a devorarlas, mientras las restantes habían echado el ojo a los caballos.

Las seis yeguas de la noche prisioneras de sus arneses, se removían intranquilas en su pequeño espacio; pateando con nerviosismo el terreno embarrado con sus pezuñas. Eran bestias grandes, robustas, negras como la muerte, con largas orejas plúmbeas y cráneos de frente elevada que albergaban mentes tan inteligentes como las de muchos humanos y más agudas que las de algunos. La lluvia aturdió a los caballos pero no los dañaba seriamente, mientras que las arañas, si bien podían ser alejadas a coces, acababan por causarles grandes molestias.

Hoja quería alejarse de allí a la máxima velocidad.

Una capa de cieno cubría todo lo que la lluvia había tocado, y la carretera era un pantano misérrimo, resbaladizo como el hielo. En esto corrían peligro todos. Si un caballo resbalaba y caía, podía romperse una pata y con ello causaría tal desastre que el tronco entero corría peligro de venirse abajo; y mientras las yeguas heridas se mantuvieran patinando en el barro, las hambrientas arañas se lanzarían sobre ellas, alzando sus aguijones venenosos, clavándolos, inyectando una pócima que aturdió, dejando a los caballos paralizados, desvalidos, vulnerables a los dientes ávidos y las mandíbulas de hierro. Mientras el carromato se desplazaba por aquella pantanosa zona empapada por la lluvia, Hoja tenía que tranquilizar una y otra vez a las yeguas nocturnas, volcando su energía sobre ellas para tranquilizarlas, tarea extenuante que había

dejado agotado al pobre Taco.

Hoja deslizó las riendas sobre su frente. Fue percatándose de la conciencia de los seis asustados caballos.

Puesto que estaba todavía despierto, el contacto fue débil e inseguro. Una mente despierta era incapaz de comunicarse con los animales de la manera acostumbrada. Para guiar el tronco tenía que caer en trance, en un estado onírico; los animales no respondían a nada tan denso como una inteligencia consciente. Hoja miró a su alrededor buscando manifestaciones del Invisible. No, no había ni rastro de él. Mejor. Hoja se concentró en un punto muerto.

Cerró los ojos. La técnica del trance le resultaba fácil cuando nada lo distraía.

Imaginó un túnel, oscuro y de boca estrecha, que se adentraba en la tierra. Se dirigió hacia la boca.

Vaciló un momento. Penetró en él.

Flotando, flotando y descendiendo, llevado por ondas y suaves corrientes; se hunde en una suave espiral que desciende, hoja de otoño en brisa primaveral. Las paredes del túnel son circulares, cristalinas, luminosas por dentro, iluminación que aumenta su brillo a medida que se desliza hacia el corazón del inundo. Flores de radiante escarlata y azules, quebradizas como la hierba, brotan de las estrías a intervalos meticulosamente regulares.

Profundiza, no toca nada. Abajo.

Entrando en un lugar en el que el túnel se ensancha hasta formar una cámara de muros lisos, sellada al fondo. Se tiende longitudinalmente en el suelo. El suelo es de piedra negra, húmedo, resbaladizo; lo sueña blando y acogedor como el seno materno. Los colores son mudos, sordos los sonidos. Oye música lejana, percutiente y apagada: rat-a-tat, rat-a-tat, blllluum, blllluum.

Ahora se siente capaz de entrar en contacto pleno con la mente de las yeguas.

Su espíritu se expande en su dirección; las envuelve, las toma e introduce en sí. Siente la identidad distinta de cada una, discierne el juego móvil de sus emociones, sus fantasías cabriolantes, sus temores. Cada yegua responde de manera distinta y propia a la lluvia, a las arañas, a la carretera cubierta de césped. Una es inquieta, otra tímida, otra furiosa, otra hosca, otra tensa, otra torpe. Hoja las nutre de energía. Las conjunta. Adelante, unid vuestras

fuerzas, adelante. Éste es el camino y por él hemos de continuar.

Las yeguas nocturnas se remueven.

Reaccionan perfectamente a su toque. Cree que lo prefieren como conductor a Sombra y Taco; Taco es demasiado desequilibrado. Sombra demasiado complaciente. Hoja las mantiene juntas, las dirige con facilidad, por supuesto, porque tienen personalidad, objetivos, ideales, pero también son bestias de carga y Hoja nunca lo olvida.

Vamos. Adelante.

El estado de la carretera es espantoso. Las yeguas ganan terreno y sus cascos provocan ruidos de absorción en el barro. Se quejan al hombre. Tenemos frío, estamos mojadas, estamos cansadas. El hombre imagina alas para ellas y así les facilita el avance. Para secarlas imagina rayos de sol, calidez amable, una carretera seca, un trote cómodo. Sueña laderas verdes, cascadas de flores amarillas, rumor de alas de colibrí, zumbido de abejas. Da a las yeguas un verano dulce y ellas se calman; sacuden la testa; agitan sus alas oníricas y limpian sus plumas; están ya listas para continuar el viaje. Caminan como si fueran un solo animal. Los propulsores zumban contentos. El carromato avanza con movimiento suave.

Hoja, sumido en trance, no puede ver el camino, pero es algo que carece de importancia; los caballos lo ven por él y le envían imágenes; imágenes fluidas, móviles, polarizadas, reflejadas y distorsionadas por la extrañeza de la visión caballar y la comunicación onírica; seis ópticas simultáneas e individuales. He aquí pues el camino, bordeado por abedules blancos agitados por un viento irritado. He aquí el camino, sendero de tierra que se sumerge en un bosque de altísimos pinos curvados por la nieve blanca. He aquí el camino, franja de fertilidad, de la que se elevan rojos hongos doquiera que golpee un casco. Peces azules de carne succulenta se adelantan manteniéndose a los lados de la carretera. Ricos burgueses de la tribu de los Dedos despliegan con opulencia manteles limpios en las cunetas pobladas de hierba y comen ostras espantadas y de ojos saltones. Siluetas enmascaradas se deslizan por entre las patas de los caballos. La carretera forma una curva, otra curva, dobla sobre su eje, se cruza en lazo plácido. Hoja permanece dentro de este confuso cúmulo de datos, separando lo real de lo irreal, atento a la entrada de información y utilizando ésta como

guía para sí y para los mismos caballos. Coordina con serenidad los movimientos de los animales con rápidos impulsos mentales de confianza para que cada bestia tire con fuerza equivalente. El carromato se balancea sobre su columna de aire y un tirón desigual bien pudiera volcarlo y hundirlo en la cuneta de la izquierda. Envía mensajes rápidos por el férreo conducto que va de su mente a la de ellos. Tranquilos, tranquilos, atentos a aquel barrizal que se acerca... ¡Ah! ¡Ah, yegua maravillosa! ¡Cuidado, arañas a la izquierda! ¡Bravo! Así, así, así. Y acaricia sus flancos duros con un mensaje mental. Recompensa su agilidad con imágenes de establo, de forraje tierno, de sementales que esperan al final del viaje.

De ellas —que lo aman, él sabe que lo aman— obtiene apacibles imágenes de la pista, placer y belleza, imágenes todas que convergen en una visión única e idealizada, majestuosos bosques de árboles y vastos prados por los que discurren claros torrentes. Sueñan para él su vida pasada, retrotrayéndole fragmentos de autobiografías sumidos en las grutas de su ser. Cuanto transmiten se filtra y transforma mediante su sensibilidad ajena, se colorea con destellos alucinantes y revierte en formas de otra dimensión, que, pese a todo, resultan fáciles de captar en su significado esencial: su infancia entre los parques y jardines del enclave de los Pura Raza, en el Mar Cerrado, sus años de peregrinación entre los innumerables ribereños, extraños y no del todo humanos, su breve y feliz permanencia en el país occidental, humedecido por las nieblas, su viaje hacia el este en su temprana madurez, siguiendo siempre la voluntad del Alma, siempre plegándose a las brisas, aceptando lo que el destino quiso depararle, hacia el este después, entre amigos más que hermanos en su provincia oriental de adopción, sus hogareñas playas lacustres rodeadas de bosques y pabellones de tiendas, su colección de reliquias de los humanos primitivos — fragmentos de maquinaria, elegantes bobinas metálicas, monedas oxidadas, estatuillas grotescas, piezas de plástico irrompible— guardada en sus estancias particulares con su cuidador propio. Perdido en tales ensoñaciones olvida que su hogar junto al lago ha quedado reducido a cenizas por los Dientes, que sus amigos de días mejores están muertos, sus propiedades derruidas, sus hermosas pertenencias esparcidas entre los montones de basura arqueológica.

Poco a poco, imperceptiblemente, lo que imagina se torna triste.

Arañas, lluvia y fango crepitan en su interior. Ha recordado, merced a algún ensombrecimiento de tono en la imaginiería que permanece en su ensoñación, que se ha quedado sin nada y que se ha convertido, ahora que ha emprendido la fuga, en un simple conductor a sueldo de un mercenario bestial del Lago Negro que es a su vez un fugitivo.

Hoja brega duramente por gobernar el tiro. Los caballos parecen haber perdido seguridad y su velocidad se reduce; se sienten inquietos por algo, y un nerviosismo tristón y quejumbroso forma parte de los mensajes que le envían. Advierte este cambio de humor. Se ve a sí mismo enjaezado al carromato junto con las yeguas nocturnas y Corona en las riendas. Corona blande un látigo terrible, conduce el carromato con frenesí, busca aliados que los ayuden en su fantástica empresa de liberar las tierras que los Dientes han capturado. No hay escape posible de Corona. Se erige sobre el paisaje como un monstruo de humo congelado, creciendo e hinchándose hasta oscurecer el cielo. Hoja se pregunta cómo podrá deshacerse de Corona. Sombra corre junto a él, acaricia sus mejillas, le murmura cosas y él le pide que le quite los arneses, pero ella dice que no puede, que el deber de ambos es servir a Corona, y Hoja se vuelve a Taco, que está enjaezado al otro lado, y le pide ayuda, pero Taco tose y resbala en el barro mientras el látigo de Corona cruza su espinazo. No hay escape. El carromato se tambalea y sufre sacudidas. El caballo de la derecha resbala, está a punto de caer, se recupera. Hoja considera que debe de estar cansado. Ha conducido mucho hoy y el esfuerzo clama por sus derechos. Pero la lluvia sigue cayendo —atraviesa el velo de las ilusiones, brevemente, deja atrás las escenas de primavera, verano y otoño, y contempla el agua negro azulada que cae a cántaros espeluznantes de los cielos, y no hay nadie más para conducir, de manera que ha de continuar.

Quiere sumergirse en un trance más profundo, en que no resulte tan fácil apartarlo del dominio general.

Pero no, algo falla, algo golpea su conciencia, tira de él hacia el estado de vigilia. Los caballos lo instan a despertar con escenas espantosas. Una bestia le muestra el carromato a punto de introducirse en un muro de fuego. Otro lo sitúa al borde de un cráter sin cruce posible. Un tercero le emite la imagen de una roca gigantesca entorpeciendo el camino; un cuarto, una montaña de

hielo que bloquea el paso; un quinto, una manada de lobos aulladores; el último, una hilera de guerreros armados, hombro con hombro, las picas dispuestas. No hay duda ya. Tribulación. Tribulación. Tribulación. Acaso hayan llegado al lugar muerto del camino. No hay ni que preguntar por el Invisible que sin duda merodea por los alrededores. Hoja se fuerza a despertar.

No hay muralla de fuego. Ni guerrero, ni lobo, nada de nada. Sólo una empalizada de estacas recién caídas a unos cien pasos más allá, en plena carretera; estacas tan altas como Corona, con puntas en ambos extremos, hundidas en la tierra, la una pegada a la contigua y atadas fuertemente con enredadera recién cortada. La barricada cruzaba la carretera por completo de extremo a extremo; su parte derecha estaba flanqueada por una maraña de espinos enredados; por la izquierda se prolongaba hasta el borde de un barranco escarpado.

Estaban bloqueados.

Tal bloqueo en plena carretera pública resultaba inconcebible. Hoja parpadeó, carraspeó y se frotó la frente dolorida. Los últimos minutos de sueño incongruente le habían dejado una corteza de melancolía en el cerebro. La muralla de árboles parecía pertenecer también a algún sueño, un sueño malo. Hoja creyó oír en algún punto cercano la risa helada del Invisible. La lluvia, por lo menos, parecía haberse alejado y no había arañas por los alrededores. Pequeño consuelo, pero el mejor de que disponía.

Frustrado, Hoja se deshizo de las riendas y aguardó a que sucediera algo. Al cabo de un instante experimentó el rítmico traqueteo que le habló de la plúmbea aproximación de Corona por el pasillo que conducía a la cabina. El gigante hizo su aparición.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no nos movemos?

—Camino muerto.

—¿De qué estás hablando?

—Míralo tú mismo —dijo Hoja con cansancio, señalando el ventanuco.

Corona se inclinó sobre Hoja para mirar. Contempló la escena durante momentos interminables, reaccionando lentamente.

—¿Qué es eso? ¿Una muralla?

—Sí, una muralla.

—¿Una muralla en medio de una autopista? Nunca oí nada

parecido.

—Acaso fuera a esto a lo que se referían los Invisibles.

—Una muralla. Una muralla. —Corona sacudió la cabeza con rabia perpleja—. Esto viola todas las convenciones. Por el Alma, Hoja, una carretera pública es...

—Sagrada e inviolable. Sí. Lo que los Dientes han venido haciendo en el este viola también buena parte de las convenciones —dijo Hoja— También las convenciones particulares. Estos tiempos nada tienen que ver con la costumbre. —Se preguntó si debía decir algo del Invisible que subiera al carromato. Se dijo que podía considerarlo más tarde—. Acaso sea una manera de detener a los Dientes en este país. Corona.

—Pero bloquear una carretera pública...

—Nos avisaron.

—¿Quién confía en la palabra de un Invisible?

—Pues ahí está la muralla —dijo Hoja—. Ahora sabemos por qué no nos encontramos con nadie más en el trayecto. Sin duda la levantaron nada más saber que los Dientes se aproximaban y la provincia entera sabe lo suficiente para evitar la Pista de la Araña. Toda la provincia salvo nosotros.

—¿Qué gente habita aquí?

—No lo sé. Taco es el único que podría saberlo.

—Sí, Taco pudiera saberlo —dijo la clara y aguda voz de Taco desde el pasillo. Metió la cabeza en la cabina. Hoja vio a Sombra detrás de él—. Ésta es la tierra de los Hermanos del Árbol —dijo Taco—. ¿Habéis oído hablar de ellos?

Corona negó con la cabeza.

—Yo no —dijo Hoja.

—Habitan en los bosques —dijo Taco—. Adoran a los árboles. De cabeza pequeña, cerebro lento. Peligrosos en el combate; usan dardos envenenados. En esta región creo que hay nueve tribus bajo un jefe único. En otro tiempo pagaban tributo a mi gente, pero creo que a la sazón ha terminado todo eso.

—¿Adoran a los árboles? —dijo Sombra con gracia—. ¿Y a cuántos dioses han talado entonces para hacer esta barrera?

Taco rió.

—Si hay dioses, ¿por qué no hacer que den beneficios?

Corona se quedó mirando la muralla que cruzaba la pista como

en otro tiempo podía haber mirado a un oponente en un combate de boxeo. Agitado, dio unos pasos por la cabina.

—No podemos perder más tiempo. Los Dientes estarán aquí dentro de unos días. Tenemos que alcanzar el río antes de que les pase algo a los puentes.

—La muralla —dijo Hoja.

—Hay muchos matojos por los alrededores —dijo Taco—. Podríamos hacer una hoguera y quemarla.

—Es leña verde —dijo Hoja—. Imposible.

—Tenernos hachas —observó Sombra—. ¿Cuánto nos costaría talar algunos troncos? Taco suspiró.

—Necesitaríamos una semana para eso. Los Hermanos del Árbol nos llenarían de dardos antes de que pasara una hora.

—¿Se te ocurre algo? —dijo Sombra a Hoja.

—Podríamos volver hacia Theptis y buscar un camino que llevara a la Pista del Ocaso por el país de la arena. Sólo hay dos carreteras que conduzcan al río, ésta y la del Ocaso. Si volvemos a Theptis habremos perdido cinco días, además de arriesgarnos a quedar envueltos en el caos que acaso haya caído sobre esta ciudad; aunque también podemos quedar estancados en el desierto mientras intentamos dar con la autopista. La otra salida que veo es abandonar el carromato y buscar algún paso, alguna forma de atravesar a pie la muralla, pero dudo mucho que Corona quiera...

—Corona no quiere —dijo Corona, que había estado mordiéndose el labio en silencio tenso—. Sin embargo, veo otras posibilidades.

—Adelante.

—Una es dar con esos Hermanos del Árbol y obligarles a que quiten esta porquería de la carretera. Con dardos o sin ellos, un Lago Negro y un Pura Sangre tienen que aterrorizar a veinte tribus de chorlitos forestales.

—¿Y si no podemos? —preguntó Hoja.

—Eso nos lleva a la otra posibilidad, que supone que esta muralla no está levantada expresamente para protegerse de los Dientes, sino para aprovecharse de la confusión general. En ese caso, si no podemos forzarlos a que nos abran paso, podemos encontrar la forma de convencerlos mediante el pago que nos pidan por ello.

—¿Es Corona quien habla? —preguntó Taco—. ¡Pagar un peaje a los inferiores del bosque! ¡Increíble!

—No me gusta la idea de pagar peaje a nadie —dijo Corona—. Pero puede ser lo más sencillo y rápido para largarnos de aquí. ¿Crees que estoy hecho sólo de orgullo, Taco?

Hoja se puso en pie.

—Si es cierto que quieren cobrar un peaje, habría alguna puerta en la muralla. Iré allí e investigaré.

—No —dijo Corona, empujándolo para que se sentara de nuevo—. Sería un peligro. Esta parte de la faena me toca a mí. —Se encaminó hacia la cabina media y permaneció allí unos minutos. Cuando regresó estaba armado de punta en blanco: corazas, casco, visera, grebas, todo ello convenientemente pulimentado. Eran pocos los lugares en que mostraba la piel desnuda y aun éstos parecían formar parte de la armadura. Corona parecía una máquina. Su maza le colgaba de la cintura y el corto mango de su espada plegable se encontraba cómodamente dispuesto en el interior de su muñeca derecha, listo para extenderse en toda su longitud al menor movimiento. Corona miró a Taco y dijo—: Necesitaré tus rápidas piernas. ¿Vienes?

—Como quieras.

—Ábrenos la escotilla de la cabina media, Hoja.

Hoja manipuló un mando del tablero que había bajo la ventanilla delantera. Con un chasquido suave se abrió una puerta de goznes de la sección media del carromato y una escalera descendió hasta el suelo. Corona realizó una salida triunfal. Taco, despreciando la escalerilla, bajó de un salto: don especial de las gentes de Cristal Blanco era poder desplazarse de mil maneras extraordinarias a través de distancias cortas.

Taco y Corona echaron a andar hacia la muralla. Hoja, mientras los contemplaba por la ventana, pasó el brazo por la cintura de Sombra y acarició su piel lisa. La lluvia había terminado; todavía se veía en el cielo una nube gris y el brillo de la armadura de Corona quedó mitigado por finas gotitas de humedad. Muy cerca ya de la empalizada, Corona no hacía más que mirar atentamente los matorrales de los alrededores como si esperase la aparición repentina de una horda de Hermanos del Árbol. Taco, dando saltitos junto a él, semejava una ligera bestia bípeda cuya cabeza apenas

llegaba a la cadera de Corona.

Alcanzaron la empalizada. La mortecina luz del crepúsculo ribeteaba su punto superior. De rodillas, Taco inspeccionaba la base de la muralla, tentando el suelo con los dedos. Al cabo dijo algo a Corona, que asintió y señaló hacia arriba. Taco retrocedió, emprendió una breve carrera, se espoleó a sí mismo y se elevó como si estuviera dotado de alas. Su salto lo llevó por encima de la cima de la muralla con rápido vuelo. Pareció vacilar un momento en el aire mientras elegía un sitio en que aterrizar. Por fin se colocó en posición precaria e incómoda, sujetándose en lo alto de la muralla con el cuerpo arqueado para evitar las afiladas puntas de los maderos, cogiendo con las manos dos de las estacas y con los pies otras dos. Taco permaneció en aquella ingrata posición durante un buen rato, contemplando lo que hubiera del otro lado de la barricada; luego abandonó el equilibrio, saltó hacia delante y flotó hasta el suelo, alcanzando una distancia que era tres veces la de su propia altura. Aterrizó de pie, sin ningún titubeo. Hubo un breve cambio de impresiones con Corona y enseguida regresaron al carromato.

—Es algo previsto para el peaje —murmuró Corona—. Los maderos centrales no están hundidos en tierra. Acaban justamente al nivel del suelo y forman una especie de puerta con bisagras, sujeta por dos pesados cerrojos a ambos lados.

—Vi por lo menos cien Hermanos del Árbol del otro lado de la muralla —dijo Taco—. Armados con dardos. Vendrán a visitarnos dentro de un momento.

—Deberíamos armarnos también nosotros —dijo Hoja. Corona se encogió de hombros.

—No podemos luchar contra tantos. Son veinticinco contra uno y es imposible. El mejor luchador del mundo se vería desvalido ante estos renacuajos y sus dardos envenenados. Si no podemos obligarles a que nos dejen pasar, tendremos que pagar el paso de alguna manera. Pero no sé cómo. La puerta no es tan ancha que deje pasar el carromato.

Tenía razón en aquello. Se escuchó entonces el seco roce de madera contra madera —los cerrojos que eran descorridos— y la puerta quedó abierta. Una vez abierta del todo, quedó un espacio suficiente para pasar un carromato de dimensiones normales, pero

insuficiente para el magnífico vehículo de Corona. Para que pasara habría que quitarse cinco o seis estacas de cada lado del portón.

Los Hermanos del Árbol se aproximaron con lentitud hacia el carromato: gente pequeña, desnuda, con miembros flacos y piel lisa de color verdiazul. Parecían estatuillas animadas de arcilla, casualmente moldeadas en forma humana: sus cabezas lampiñas eran estrechas y alargadas, de frente chata y cuello de aspecto muy frágil. Su pecho era delgado, como marco al que faltara el relleno de la carne. Todos, tanto hombres como mujeres, llevaban cerbatanas en la cintura. Mientras danzaban y merodeaban en torno al carromato, entonaron un canto irregular, agreste, desentonado y atonal, como esas canciones infantiles que los niños improvisan cuando juegan frenéticamente.

—Hemos de salir a recibirlos —dijo Corona—. Estad tranquilos, nada de movimientos bruscos. Recordad que son inferiores. Mientras nos consideremos hombres y a ellos monos, y les hagamos saber que pensamos de este modo, los mantendremos a raya.

—Son hombres —dijo Sombra con calma—. Lo mismo que nosotros. No son monos.

—Piensa que son monos —dijo Corona—. De otro modo estaremos perdidos. Andando ahora.

Salieron del vagón, primero Corona, luego Hoja, Taco, Sombra. Los Hermanos del Árbol hicieron un alto momentáneo en su deporte mientras salían los cuatro viajeros; alzaron la mirada, sonrieron, señalaron, chapurrearon, alzaron las manos, con las cabezas inmóviles. No parecían sentir temor ni reverencia. ¿Nada significaba para ellos un Pura Sangre? ¿No tenían miedo de un Lago Negro?

Ceñudo, dijo Corona a Taco:

—¿Conoces su idioma?

—Unas cuantas palabras.

—Habla con ellos. Diles que me traigan a su jefe.

Taco se colocó ante Corona, se llevó las manos a la boca y dijo algo en un idioma chillón, percutiente y cantarín. Habló con claridad exagerada y trabajosa, como hace el que se dirige a un ciego o a un extranjero. Los Hermanos del Árbol se miraron e intercambiaron pequeños grititos. Uno se adelantó bailando, colocó su cara a un palmo de la de Taco e imitó con gestos las palabras de

éste, dando a su entonación un trasfondo cómico. Taco puso cara de susto y retrocedió un paso, tropezando con el pecho de Corona. Los Hermanos del Árbol soltaron un chorro de palabras y cuando acabaron repitió Taco su frase inicial con tono menos altisonante.

—¿Qué pasa? —preguntó Corona—. ¿Entiendes algo?

—Un poco. Muy poco.

—¿Van a traer al jefe?

—No lo sé. Ignoro si nos hemos referido a las mismas cosas.

—Dijiste antes que éstos pagan tributo a los Cristales Blancos.

—Pagaban —dijo Taco—. No sé si siguen rindiéndoles pleitesía.

Se me ocurre que se están burlando a costa nuestra. Y que lo que dijo el que habló es insultante, pero no estoy seguro. No estoy seguro. Eso es todo.

—¡Monos de mierda!

—Cuidado, Corona —murmuró Sombra—. Acaso nosotros no hablemos su idioma, pero ellos pueden hablar el nuestro.

—Prueba de nuevo —di j o Corona—. Habla más despacio. Di al mono que hable más despacio. El jefe, Taco, queremos ver al jefe. ¿No hay otra forma de establecer comunicación?

—Puedo entrar en trance —dijo Taco—. Sombra podría ayudarme con los significados. Pero necesitaría tiempo para prepararme. Me siento con poco aplomo en este momento, demasiado tenso.

Como para ilustrar esto último ejecutó un leve bailoteo a base de saltitos que lo desplazó un tanto a la izquierda. Una nueva serie de botes y estaba de nuevo en su sitio. Los Hermanos del Árbol se deshicieron en carcajadas, palmotearon e imitaron los gestos de Taco. En aquel momento llegaron nuevos miembros de la tribu; eran unos diez o doce ya, todos apiñados junto a la entrada del vagón. Taco saltó de nuevo; era como un tic. Se puso a temblar. Sombra se le acercó y le rodeó el pecho con sus delgados brazos, como si quisiera servirle de ancla. Los Hermanos del Árbol se agitaron todavía más; a la sazón había una cualidad empecinada e intensa en su jugueteo. Parecía que de un momento a otro fuera a estallar la crisis. Hoja, que se encontraba a un costado de Corona, algo alejado, sintió una ligera contracción en los músculos de la base del estómago. Algo quería llamar su atención, algo situado a la derecha de los Hermanos del Árbol; miró en aquella dirección y vio

un brillo azul, prolongado y estrecho, una especie de hombre de niebla y vapor que se desplazaba entre los hombres del bosque. ¿Era el Invisible? ¿O sólo un juego luminoso del ocaso, producido por los restos de la lluvia pasada? Aguzó la vista, pero la figura eludía su mirada, se deslizaba por entre los rayos de luz a medida que Hoja la seguía. En aquel momento oyó que Corona lanzaba una exclamación y se volvió a tiempo de ver que un escurridizo Hermano del Árbol se deslizaba bajo el codo del gigante y se lanzaba derecho al carromato.

—¡Alto! —gritó Corona—. ¡Vuelve! —Y, como si se hubiera dado una señal, siete u ocho pequeños hombres de los bosques se lanzaron al carromato.

Brilló la muerte en los ojos de Corona. Hizo una seña a Hoja y se lanzó a su vez a la entrada. Hoja lo siguió. Taco, sollozando, en pie junto a la puerta, nada hacía por detener el paso de los Hermanos del Árbol que se colaban en el vagón. Hoja los vio saltar por encima de todos los objetos, examinándolos, inspeccionándolos, haciendo comentarios. Sí, como monos. En el pasillo delantero, Corona forcejeaba con cuatro de ellos, uno en cada mano, haciendo por sacudirse a los otros dos que se habían encaramado a sus piernas armadas. Hoja se enfrentó con una mujer en miniatura, una criatura de ojos brillantes de gnomo cuyo cuerpo delgado y desnudo relampagueaba cubierto de feo sudor; mientras se acercaba a ella, la hembra echó mano, no de la cerbatana, sino de una estrecha y alargada espada que sacó del tubo que pendía de su cintura y dio un golpe a Hoja en pleno antebrazo. Brotó enseguida la sangre y al cabo de unos segundos sintió la mordedura del dolor. ¿Un cuchillo envenenado? Bueno, en ese caso, que el Alma cargue contigo, Hoja. Pero si había veneno no sintió sus efectos; de un manotazo arrebató el cuchillo de la mujer y lo tiró a la pared opuesta, cogió en volandas a la hembra y la arrojó por la escotilla abierta. Habían dejado de entrar Hermanos del Árbol. Hoja se topó con otros dos, los sacó al exterior, expulsó a un tercero y persiguió a un cuarto, en busca de los restantes. Sombra estaba junto a la escotilla y la bloqueaba con los frágiles brazos abiertos. ¿Y Corona? Ah. Ahí está. En la sala de los trofeos.

—Cógelos y llévalos a la escotilla —exclamó Hoja—. Vamos a echarlos de aquí.

—Monos de mierda —exclamó Corona.

Gesticuló con rabia. Los Hermanos del Árbol habían cogido algunos objetos valiosos del tesoro de Corona, en particular una vieja cota de malla, que, con inquietud infantil, habían despojado de sus frágiles broches. Corona, irritado, se lanzó sobre ellos, dejando caer la mano sobre sus cráneos.

—¡No! —exclamó Hoja, temiendo la venganza en forma de dardos.

Corona, empero, siguió golpeando y aplastándolos como nueces. Apartó los cadáveres y manipuló su trofeo en un esfuerzo inútil por reparar lo roto.

—Buena la has hecho —dijo Hoja—. No hacían más que curiosear. Ahora tendremos guerra y nos matarán antes de que caiga la noche.

—Jamás —gruñó Corona.

Dejó caer la malla, miró a los Hermanos del Árbol muertos, los arrastró fuera del vagón y los tiró al campo abierto como si fueran basura. Permaneció entonces en la escotilla en actitud desafiante, invitando a los dardos. No se vio ninguno. Los Hermanos del Árbol que aún quedaban en el carromato, unos cinco o seis, fueron saliendo con las manos vacías, en silencio, y pasaron junto al inmenso miembro del Lago Negro. Hoja se reunió con éste. De su herida manaba todavía sangre; no quiso vendársela ni que se cerrase antes de limpiarla de cualquier veneno que pudiera contener. Del codo a la muñeca corría la brecha, delgada, profunda y dolorosa. Cuando la vio Sombra no pudo evitar un ligero grito y en el acto le cogió la mano. Su aliento cálido acarició los bordes.

—¿Es peligrosa? —susurró.

—No creo. Pero hay que saber si el cuchillo estaba envenenado.

—Sólo envenenan las flechas —dijo Taco—. Pero habrá que tener cuidado con la infección. Lo mejor será que Sombra cuide de ti.

—Sí —dijo Hoja.

Miró al claro. Los Hermanos del Árbol, como aturridos por la violencia desplegada tras su invasión del carromato, permanecían en la carretera, inmóviles, en grupos de nueve o diez, guardando cierta distancia. Los dos muertos yacían intocados donde los había arrojado Corona. La inconfundible silueta del Invisible, transparente

pero claramente siluetada por un perímetro oscuro, podía verse a la derecha, junto a la espesura: sus ojos brillaban con ferocidad y sus labios permanecían curvados en una extraña sonrisa. Corona lo miraba con aturdimiento. Todo parecía estar en suspenso, flotando inmóvil en el crisol del tiempo. La escena era para Hoja un cuadro fantástico en que sólo la sensación del suceder quedaba sustituida por el palpitante de su brazo herido. Permanecía en el centro de todo, esperando, esperando, incapaz de hacer nada, atrapado como todos los demás en aquella ausencia de tiempo. Mientras duraba la pausa eterna advirtió que había aparecido otra figura que a la sazón permanecía tranquilamente a unos diez pasos aproximadamente a la izquierda del sonriente Invisible: era un Hermano del Árbol, más alto que los demás, afectado también por muecas y carantoñas pero innegablemente lleno de prestancia y majestad.

—Ha llegado el jefe —dijo Taco con voz ronca.

Rompióse la inmovilidad. Hoja respiró y relajó su cuerpo mantenido en rigidez. Sombra le dijo:

—Deja que te limpie la herida.

El jefe de los Hermanos del Árbol sacudió en el aire tres dedos estirados, señaló el carromato y pronunció cinco sílabas cortantes y jubilosas; con lentitud comenzó a caminar derecho al vagón. En aquel mismo momento, el Invisible relampagueó brillantemente, como sol a punto de ponerse, y desapareció por completo. Corona, volviéndose a Hoja, dijo con voz espesa:

—El mundo se ha vuelto loco en este lugar. Me pareció ver hace un instante a uno de los Invisibles de Theptis merodeando por entre los matorrales.

—No te pareció ver nada —le dijo Hoja— Lo viste realmente. Ha venido viajando secretamente con nosotros desde Theptis. Esperando a ver qué ocurría cuando llegáramos a la muralla de los Hermanos del Árbol.

Corona pareció irritarse.

—¿Cuándo lo descubriste? —preguntó.

—Déjalo en paz, Corona —dijo Sombra—. Ve y habla con el jefe. Voy a limpiar la herida de Hoja, de lo contrario...

—Un momento. Necesito saber la verdad. Dime pues: ¿cuándo supiste lo del Invisible?

—Cuando fui a relevar a Taco. Estaba en la cabina del

conductor. Riéndose de mí, a su manera.

—No me lo comunicaste. ¿Por qué?

—No hubo ocasión. Me estuvo dando la lata un rato y luego desapareció; luego estuve ocupado en la conducción, llegamos al muro enseguida, y a continuación los Hermanos del Árbol...

—¿Qué quiere de nosotros? —preguntó Corona con aspereza, cercano su rostro al de Hoja.

Hoja advirtió que le subía la fiebre. Se tambaleó y se apoyó en Sombra. El cuerpo rígido y menudo de ésta lo sujetó con sorprendente firmeza. Hoja dijo con cansancio:

—No lo sé. ¿Sabe alguien lo que puede querer un Invisible?

Mientras tanto, el jefe de los Hermanos del Árbol se había acercado a ellos y había pasado varias veces la palma de la mano por el lateral del carromato, como si estuviera tomando posesión del mismo. Corona se volvió. El jefe habló con frialdad, con entonación e inflexiones estudiadas. Corona negó con la cabeza.

—¿Qué dice? —ladró—. Taco. ¡Taco!

—Ven —dijo Sombra a Hoja—. Por favor.

La hembra lo condujo al castillo de pasajeros. El hombre se tendió en las pieles mientras ella buscaba afanosamente su botiquín; se acercó luego con un frasco alargado y verde en la mano y dijo:

—Voy a hacerte daño.

—Espera.

Se centró en sí mismo y, lo mejor que pudo, rompió toda comunicación con la red del aparato sensitivo que transmitía los mensajes dolorosos del brazo al cerebro. Notó en el acto que su piel se volvía más fría y, por primera vez desde el altercado, que la herida le dolía muchísimo: tanto que había perdido la capacidad de prevenirse al respecto. Libre de emociones observó que Sombra, toda eficiencia, tocaba su herida, abría los labios de ésta sin remilgos y limpiaba el interior rojizo. Todo cuanto sintió fue una leve presión, muy desagradable, pero en modo alguno dolorosa. La hembra alzó la mirada al cabo del rato y dijo:

—No habrá infección. Deja que la herida se cierre ahora.

Para hacer esto Hoja tenía que restablecer las conexiones nerviosas hasta cierto grado, y a medida que desbloqueaba el flujo de sensaciones fue experimentando fuertes punzadas de dolor, procedentes tanto de la herida como de los medicamentos de

Sombra. Pero sin perder un instante se encontró sumido en los ejercicios que aceleraban el proceso de cauterización. La herida comenzó a cerrarse. Sombra limpiaba la sangre del brazo y preparó una compresa; cuando terminó comprobó que la herida se había reducido a una fina raya.

—Vivirás —dijo Sombra—. Tuviste suerte de que no hubieran envenenado sus cuchillos. —El hombre le besó la punta de la nariz y ambos volvieron a la zona de la escotilla.

Taco y el jefe de los Hermanos del Árbol discutían en una especie de pantomima. Los movimientos de Taco eran rotundos y generales, los del jefe apenas limitados a los dedos, mientras que Corona permanecía inmóvil como una impasible columna de oscuridad, cruzado de brazos y con expresión sombría. Cuando Hoja y Sombra aparecieron, dijo Corona:

—Taco no adelanta nada. O entra en trance o no hay comunicación. Ayúdale, Sombra.

Ella asintió. Corona dijo a Hoja:

—¿Qué tal el brazo?

—Bien.

—¿Cuándo estará repuesto?

—De aquí a un día. Dos, quizá. El dolor durará una semana.

—Podemos tener pelea cuando salga el sol.

—Tú mismo dijiste que no sobreviviríamos en caso de un enfrentamiento con esta gente.

—Aun así —dijo Corona—. Puede darse el caso. De todos modos, si hay que luchar, lucharemos.

—¿Y morir?

—Y morir —dijo Corona.

Hoja se alejó con lentitud. Había llegado el crepúsculo. Todo vestigio de lluvia se había desvanecido, y el aire era claro, limpio, casi frío, agitado por un ligero viento del norte que aumentaba su ímpetu gradualmente. Del otro lado de la espesura, las copas de los altos árboles se balanceaban. Veíanse ya los fragmentos de la luna, estiletes obscenos de blancura que danzaban sobre sí mismos en un cielo que se oscurecía. Pobre luna, vieja y destrozada, recuerdo de una era tiempo ha desaparecida; se dijera espejo rayado del atormentado planeta a que pertenecía, de la raza de razas que era la humanidad. Hoja fue hasta las yeguas de la noche, que aguardaban

pacientemente enjaezadas, y se deslizó entre ellas, acariciando sus orejas y sus romas narices. Sus ojos, líquidos, inteligentes, vigilantes, lo miraban casi con reproche. Nos prometiste un establo, parecían decirle. Sementales, calor, heno tierno. Hoja se encogió de hombros. En el mundo, se dijo sin palabras, no se podían mantener las promesas. Se hace lo que se puede y basta.

Taco permanece sentado con las piernas cruzadas junto al carromato. Sombra está junto a él; el jefe, siempre conservando dignidad, se mantiene delante de ambos, muy tieso, aunque Sombra le hace gestos para que se siente con ellos. Los ojos de Taco están cerrados y su cabeza echada hacia delante. Está ya en trance. Su mano izquierda atenaza el muslo musculoso de Sombra; extiende la derecha con la palma hacia arriba, y al cabo de un momento encuentra la palma del jefe. Contacto: el circuito está cerrado.

Hoja ignora qué clase de mensajes pasan de uno a otro, pero, extrañamente, no se siente excluido de la comunicación. Brota de Taco y de Sombra, incluso del Hermano del Árbol, tal calidez y sensación de amor que se siente arrastrado, engullido, absorbido por la comunión tripartita. También Corona se siente sumergido en el aura del grupo; su postura rígida y marcial se afloja, su rostro crispado se torna extrañamente pacífico. Por supuesto, Taco y Sombra son los mejor engarzados; Sombra se encuentra más cerca de Taco que nunca lo estuviera de Hoja, pero a éste no le importa. Los celos y la competencia han dejado de tener sentido. Él es Taco, Taco es Hoja, ambos son Sombra y Corona, no hay fronteras ni separación, como no las habrá allí donde Todo-es-Uno, que aguarda a toda criatura viviente, a Taco y a Corona, a Sombra y a Hoja, a los Hermanos del Árbol, a los Invisibles, a las yeguas de la noche, a las arañas ápodas.

A la sazón se ocupan del caso. Hoja tiene noción de las fuerzas opuestas y de los conflictos que se ponen de manifiesto en la intrincada negociación que tiene lugar. Aunque carece de pista oportuna que le informe del contenido del intercambio, Hoja entiende que el jefe de los Hermanos del Árbol mantiene una postura de demanda tranquila, inmovible y que Taco y Sombra le explican que Corona no está dispuesto a ceder. Hoja no puede captar más allá, aun cuando esté sumergido en ello con mayor interés que los tres seres enlazados por el trance. Tampoco sabe

cuánto tiempo ha pasado. El intercambio sinfónico —exposición, respuesta, desarrollo, conclusión— continúa una y otra vez, de manera indefinida, sin llegar a ninguna solución.

Experimenta al cabo un descenso, una atenuación de la experiencia. Comienza a alejarse del campo de contacto, o bien es éste el que se aleja de él. Telarañas de sensibilidad lo mantienen en relación con los otros, aun cuando Taco, Sombra y el jefe se levanten y se separen, pero se trata de hilos que menguan con rapidez y se debilitan, rompiéndose enseguida.

El contacto termina.

La conferencia llegó a su final. Mientras duraba el trance había caído la noche, una noche de negrura extraordinaria, en la que las estrellas parecían brillar de manera antinatural. Los pedazos de luna se habían alejado en el cielo. Había durado mucho la comunicación; no obstante, en la inmediata vecindad del vagón nada se había alterado. Corona seguía como una estatua junto a la entrada del carromato; los Hermanos del Árbol continuaban en el claro abierto entre el vagón y la empalizada. Una vez más semejó aquello un cuadro: qué fácil resultaba deslizarse en la inmovilidad, pensó Hoja, en tiempos tan misérrimos. Permanecer y esperar, permanecer y esperar; pero el movimiento había regresado. El Hermano del Árbol giró sobre sí y se alejó sin decir una palabra, haciendo señas a su gente, que cogió a sus muertos y lo siguió a través de la puerta. Cerraron ésta una vez la hubieron cruzado; oyóse el crujiente ruido de los cerrojos. Taco, al parecer en éxtasis, susurró algo a Sombra, que asintió y le tocó el brazo con suavidad. Ambos se encaminaron hasta el carromato.

—¿Bien? —preguntó Corona.

—Nos dejarán pasar —dijo Taco.

—Cuánta cortesía.

—... pero exigen a cambio el carromato y todo cuanto contiene.

—¿Con qué derecho? —boqueó Corona.

—Derecho de profecía —dijo Sombra—. Hay una vidente entre ellos, una anciana de estirpe mezclada, un poco Cristal Blanco, otro poco Hermana del Árbol, el resto de Invisible. Les ha dicho que todo lo que ha venido ocurriendo de un tiempo a esta parte ha sido provocado por el Alma para beneficiar a los Hermanos del Árbol.

—¿Todo? ¿Interpretan las devastaciones de los Dientes como

señal de favor divino?

—Todo —dijo Taco— Toda la catástrofe. Y todo en su favor. Tanto que las migraciones empezarán y los refugiados acudirán a este lugar llevando consigo objetos de valor, que tendrían que entregarse a aquellos que el Alma quiere que sean sus propietarios, es decir, los Hermanos del Árbol.

Corona se echó a reír.

—Si quieren robar, ¿por qué no hacerlo abiertamente, en nombre propio, y dejar en paz las invocaciones al Alma?

—No se consideran ladrones —dijo Sombra—. La sinceridad del jefe es innegable. Él y su pueblo creen de veras que el Alma ha decretado estas cosas para su bien, que ha llegado el tiempo de...

—¡Sinceridad!

—... que los Hermanos del Árbol se conviertan en propietarios. Por ello han levantado esta muralla en medio de la pista; a los refugiados que van al oeste les quitan las posesiones bajo bendición del Alma.

—Me gustaría ver a la profetisa —murmuró Corona.

—Tenía entendido —dijo Hoja— que los Invisibles no tratan con otras razas.

—Informamos sólo de lo que hemos sabido por el jefe —dijo Taco encogiéndose de hombros—. Dijo que la bruja es en parte Invisible. Acaso esté equivocado, pero no parecía mentir. De esto estoy seguro.

—Yo también —dijo Sombra.

—¿Qué les pasa a quienes se niegan a pagar el tributo? —preguntó Corona.

—Los Hermanos del Árbol los consideran malbaratadores de los designios del Alma —dijo Taco— y los condenan a muerte. Luego se quedan con sus bienes.

Corona se movió en círculo frente al carromato, dando puntapiés a fragmentos de tierra y levantándolos. Al cabo de un rato dijo:

—Se columpian en lianas. Chapurrean como monos idiotas. ¿Para qué quieren las propiedades de la gente civilizada? ¿Nuestras pieles, nuestras estatuillas, nuestras tallas, nuestras ropas, nuestras flautas?

—Al tener esas cosas quedarán al mismo nivel que las castas superiores; al menos ésa es su idea —dijo Taco—. Lo que les

interesa no son las cosas en sí, sino su posesión; ¿comprendes?

—Pues no tendrán las mías.

—¿Qué haremos entonces? —preguntó Hoja—. ¿Sentarnos y esperar sus dardos?

Corona cogió a Taco por el hombro con energía.

—¿Nos pusieron algún límite de tiempo? ¿Cuánto nos queda antes de que se muestren hostiles?

—No nos dieron ningún ultimátum. El jefe no parecía muy dispuesto a presentarnos batalla.

—¡Porque tiene miedo de sus superiores!

—Porque piensa que la violencia degrada el decreto del Alma —dijo a su vez Taco—. Su intención es esperar a que entreguemos nuestras pertenencias de grado.

—¡Pues esperará cien años!

—Esperará unos cuantos días —dij o Sombra—. Si no accedemos, tendrá lugar el ataque. ¿Qué piensas hacer, Corona? Supón que están dispuestos a esperar cien años. ¿Tú también lo estás? ¿Podemos quedarnos aquí eternamente?

—¿Sugieres que les demos lo que piden?

—Sólo quiero saber qué se te ha ocurrido —dijo ella—. Has admitido que no podremos derrotarlos en caso de enfrentamiento. No nos ha salido nada bien la empresa de atemorizarlos. También has reconocido que cualquier intento de derribar el muro no nos acarreará otra cosa que sus flechas. Te niegas a dar la vuelta y buscar otra ruta hacia el oeste. Rechazas la alternativa de rendirte, Pues bien, Corona: ¿qué te propones?

—Esperaremos unos cuantos días —dijo Corona.

—Los Dientes están en camino —exclamó Taco—. ¿Vamos a quedarnos aquí y dejar que nos cojan?

Corona negó con la cabeza.

—Mucho antes de que lleguen los Dientes, Taco, este lugar estará lleno de refugiados, muchos refugiados, que se negarán a su vez a entregar sus bienes a esta gente, igual que nosotros. Puedo intuirlos ya en camino, a unos días de marcha, quizá menos. Nos aliaremos con ellos. Nosotros cuatro somos pocos contra una horda de monos venenosos, pero con cincuenta o cien guerreros fuertes los obligaríamos a retirar sus palos.

—Nadie vendrá por este camino —dijo Hoja—. Nadie sino los

tontos. Todo el que pasa por Theptis sabe lo que hay en esta pista. ¿Qué ayuda podemos esperar de los tontos?

—Pues nosotros vinimos por aquí —dijo Corona—. ¿Somos tontos nosotros?

—Me temo que sí. Se nos advirtió que no tomáramos la Pista de la Araña y la tomamos de todas formas.

—Porque no quisimos confiar en la palabra de los Invisibles.

—Bueno, pues ocurre que los Invisibles nos dijeron la verdad en esta ocasión —dijo Hoja—. Y las noticias han tenido que llegar a Theptis. Nadie en su sano juicio se aventurará a seguir este camino.

—Los oigo, sin embargo; oigo a cientos de viajeros que se acercan —dijo Corona—. A veces puedo experimentar cosas así. ¿Y tú, Taco? Tú puedes predecir algunas cosas, ¿no? ¿Verdad que se acercan? No temas, Hoja: tendremos aliados de aquí a un par de días y entonces nos las veremos con estos ladrones. —Corona hizo un gesto—. Hoja, suelta a las yeguas de la noche para que pasten. Y los demás, al carromato. Lo sellaremos y haremos turnos durante la noche. Vivimos tiempos de vigilancia y valor.

—Vivimos tiempos de cavar tumbas —murmuró Taco con aire sombrío mientras subía con los demás al carromato.

Corona y Sombra hicieron el primer turno de guardia mientras Hoja y Taco dormitaban en el fondo. Hoja se durmió enseguida y soñó que vivía en una inmensa y brutal ciudad del este —sus calles y edificios le eran desconocidos pero la arquitectura era definidamente oriental en lo que al estilo respectaba, pesada y gris, llena de cornisas y parapetos— que sufría el ataque de los Dientes.

Veía todas las cosas desde un balcón con muchas ventanas, en lo alto de una enorme torre cuadrada de ladrillo que parecía superviviente de alguna remota época histórica. De la parte norte venía el sonido de las canciones guerreras de los invasores, zumbido sordo e intolerable, penetrante e intenso, semejante al chirrido de ruedas pulidas que girasen a toda velocidad sobre láminas metálicas. Aquella odiosa música obligaba a los habitantes de la ciudad a salir y desperdigarse por las calles: y veíanse allí todas las razas, Dadores de Flores, Formadores de Arena, Cristales Blancos, Estrellas Danzarinas y hasta Hermanos del Árbol, todas ellas absurdamente embutidas en ropas de comerciante, como si se tratase de gordos Dedos; sin embargo, nadie podía escapar, pues

eran tantos, tropezando y cayendo, empujándose y molestando, que bloqueaban todas las avenidas y callejones.

En medio de aquel caos se adentró la vanguardia de los Dientes; arrastrándose hacia delante en su peculiar posición acucillada, atropellando a los que habían caído. Parecían mitad bestias, mitad demonios: criaturas acurrucadas, de gran fortaleza y cabeza aplastada, de morro alargado, desnudos, peludos, de piel de color de arena, los ojos relampagueando con apetitos insaciables. La mente de Hoja agrandaba y distorsionaba a estos seres con sutileza tal que se adentraban saltando en la ciudad como una partida de gigantescas ranas dotadas de dientes, rompiendo, rompiendo, pies carnosos y desnudos sacudiendo el pavimento entre ecos siniestros, brazos poderosos y cortos agitándose casi cómicamente tras cada serie de saltos. La humanidad no significa nada para aquella estirpe carnívora. Habían permanecido encerrados demasiado tiempo en la fría y montañosa tierra del norte lejano, viviendo en guaridas semejantes a las de los animales de los bosques, y consideraban a los humanos mero alimento que el Alma había puesto a su disposición aquel día de venganza. Comenzaban ya con eficacia a cercar la ciudad recién conquistada, abalanzándose sobre todo aquel que se ponía a tiro, amontonando a los prisioneros aturridos en zahúrdas diferentes: a éstos nos los comeremos esta noche en el banquete de la victoria; a éstos los dejamos para la cena de mañana; estos otros los pondremos en conserva para que nos alimenten durante el viaje; a éstos los matamos por deporte; a éstos los dejamos vivos para que sean esclavos. Hoja les veía alzar sus inmensas parrillas y preparar sus feroces fogones. Equipos investigadores se apresuraban a copar los arrabales. Nadie iba a escapar. Hoja se removía y gruñía, cruzaba los umbrales del despertar, volvía a caer en el sueño. ¿Acabarían por encontrarlo en su torre? Humo grisáceo y grasiento brotaba de cien puntos de la ciudad. Llamas que se agitaban. Por las calles corrían riachuelos de sangre. Estaba anonadado. Sueño terrible. Pero ¿era sólo un sueño? ¿Era esto lo que había ocurrido realmente en Ciudad Santa horas después de que Corona, Sombra, Taco y él emprendieran la fuga? De cualquier modo, no cabía la menor duda de que se trataba de lo ocurrido en todas las ciudades sembradas a lo largo de la zona costera y muy probablemente era lo que estaba a punto de ocurrir

en... ¿dónde? ¿En Puerto del Hueso? ¿En Ved-uru? ¿En Alsandar? Hasta él llegaba el penetrante olor de la carne asada. Podía oír el pesado ruido de una patrulla de los Dientes subiendo las escaleras de su torre. Iban por él. Sí, allí, en aquel momento, en aquel momento mismo, una docena de Dientes penetraba repentinamente en su escondrijo, sonriendo con saña: Pura Sangre, ¡Habían cogido a un Pura Sangre!

¡Qué bocado! Bestias. Bestias. Pinchándole; probando su carne. No es bastante regordete, ¿eh? Está más bien flaco. De todas maneras lo coceremos. La carne de un Pura Sangre engrandece el alma, hace que uno se sienta de manera distinta. Venga, bajadlo de una vez. ¡A la parrilla! A la parrilla, a la parrilla, a la...

—¿Hoja?

—Te lo digo... no te gustará, su sabor...

—Hoja, despierta.

—El fuego... oh, ese olor...

—¡Hoja!

Era Sombra. Lo zarandeó con delicadeza cogiéndolo por el hombro. El hombre parpadeó y se incorporó con lentitud. Su brazo herido volvía a latirle; se sentía con fiebre. Efecto del sueño. Un sueño, sólo un sueño. Se estremeció y procuró centrarse en lo que hacía, pugnando por liberarse de la fiebre, de los restos de lóbrega fantasía que todavía orbitaban en su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—He soñado con los Dientes —dijo él. Sacudió la cabeza para aclarársela—. ¿Me toca ya?

La mujer asintió.

—En la delantera. En la cabina del conductor.

—¿No ha ocurrido nada?

—Nada. —Pasó la punta de los dedos por la mandíbula del hombre con delicadeza. Sus ojos eran amables y brillantes y su sonrisa estaba llena de cariño—. Los Dientes están muy lejos.

—Quizá de nosotros, pero no de los demás.

—Vinieron por voluntad del Alma.

—Lo sé, lo sé.

¡Cuántas veces había tenido que aceptarlo! Así lo quiso, y nos inclinamos ante ello. He aquí vuestro camino, y por él hemos de viajar sin la menor queja. Sin embargo, sin embargo... se

estremeció. El estado de ánimo provocado por el sueño continuaba. Estaba totalmente desorientado. Dientes oníricos mordisqueaban su carne. Las cámaras internas de su espíritu retumbaban con los gritos de aquellos que yacían en las parrillas, con los ruidos de desgarraduras y violencias, los crujidos insoportables de las ciudades en llamas. En diez días medio mundo había sido borrado del mapa. Tanto dolor, tanta muerte, tanto cuanto había sido hermoso destruido por salvajes sin freno que no se detendrían hasta que colmaran la medida de su venganza; y sólo el Alma sabría cuándo ocurriría esto. La voluntad del Alma los envía sobre nosotros. De acuerdo. Aceptémoslo. No podía dar con su centro. Sombra lo sujetaba, rodeándole el cuerpo con sus brazos. Al cabo de unos instantes comenzó a sentirse menos apenado, pero aun así quedó todavía confuso, presente sólo en parte, con cierta porción de su mente clavada quizá por escarpines en aquellos monstruosos cúmulos de ceniza en que los Dientes habían convertido las bellas y fértiles provincias del este.

La muchacha le tranquilizó.

—Ve, anda —le susurró—. Se está bien allí. Podrás concentrarte en otra ocasión.

El hombre ocupó el puesto de Sombra en la cabina del conductor, pasando en silencio junto a Taco, que había relevado a Corona en la guardia del punto medio del carromato. Era más de medianoche. En los alrededores todo estaba en calma; la gran puerta de la muralla permanecía cerrada y nadie había a la vista. A la luz de las estrellas vio Hoja a las yeguas de la noche pastando confiadas en el borde de la maleza. Magníficos caballos, casi humanos. Si han de asaltarme pesadillas, pensó, que sean de este tipo^[2].

Sombra había estado en lo cierto. En la quietud creció su calma y recuperó la medida de las cosas. Los lamentos no restaurarían el oriente devastado, ni las exclamaciones de horror y consternación transformarían a los Dientes en píos agricultores. El Alma había decretado caos; sea pues. He aquí el camino en que hemos de mantenernos: ¿quién se atreverá a preguntar por qué? En otro tiempo el mundo fue un todo y a la sazón se encuentra descompuesto; y ello es así porque es como tiene que ser. Su tensión amainó. La angustia fue alejándose de su ánimo. Era Hoja otra vez.

Cercana ya la aurora, el mundo abandonó sus perfiles provocados por la luz de las estrellas; una blanda niebla se posó sobre el carromato y llovió durante un rato; ligera, pura lluvia, audible nada más, en todo diferente de la viciada tormenta del día anterior. Bajo la extraña luz que precede al oro, el mundo parecía quedar cubierto por una colcha de tono perlado; entre la delicadeza de este tono se materializó una presencia. Hoja vio atravesar la puerta cerrada —atravesar la puerta— una silueta incorpórea y fantasmal. Pensó que podía tratarse del Invisible que había estado acechando cerca del vagón desde que partieran de Theptis, pero no, se trataba de una mujer, vieja y débil, una mujer mínima, más pequeña incluso que Sombra, más delgada también. Hoja supo quién podía ser: la hembra de sangre mixta. La profetisa, la vidente, aquella que había movido a los Hermanos del Árbol a bloquear la autopista. Su piel poseía la textura cerúlea y los brotes pilosos de los Cristales Blancos; la forma de su cuerpo era esencialmente propia de un Hermano del Árbol, enjuta y de brazos largos; al parecer, de su ancestro Invisible había heredado la intangibilidad, aquella forma de existir que se encontraba en la frontera entre la alucinación y la realidad, entre la niebla y la carne. No eran corrientes los mestizos; Hoja había visto muy pocos y jamás había topado con ninguno que contuviera tantas razas distintas. Se decía que los mestizos poseían dones extraños. Aquella mujer los poseía sin duda. ¿Cómo si no había cruzado la muralla? Ni siquiera los Invisibles podían traspasar la madera sólida. Acaso lo que veía no era más que un sueño o quizá poseyera aquella mujer alguna manera de proyectar una imagen propia en la mente del hombre desde cualquier punto del poblado de los Hermanos del Árbol. No lo entendía.

La observó largo rato. Parecía muy real. Se detuvo a unos veinte pasos de la proa del vehículo y observó el horizonte con detenimiento y sus ojos acabaron por posarse en la ventana de la cabina del piloto. Se había dado cuenta de que era observada y le estaba devolviendo la mirada, ojo contra ojo, observándole sin vacilación ninguna. Se estuvieron contemplando de aquella manera durante algunos minutos. La expresión de la mujer era opaca y displicente, pero su rostro se iluminó de pronto y le sonrió con intensidad; una sonrisa que sabía, una sonrisa tal que Hoja se sintió

aterrorizado ante aquella vieja bruja y apartó su mirada avergonzado y vencido.

Cuando volvió a mirar, la bruja había desaparecido. Se pegó a la ventana con el cuello torcido y la descubrió a la altura del centro del carromato. Inspeccionaba su obra exterior, tocando y apreciando la carrocería. Luego se alejó hacia el lugar en que Taco, Sombra y el jefe habían conferenciado y allí se sentó con las piernas cruzadas. Quedóse extraordinariamente inmóvil, como si se hubiera dormido o caído en trance. Justo cuando Hoja comenzaba a creer que no iba a moverse nunca más, la vieja sacó una pipa de hueso tallado de una faltriquera que llevaba a la cintura, la llenó con cierto polvillo gris-azulado y la encendió. Auscultó su rostro buscando huellas de revelación, pero nada en él las manifestaba; era más impasible e indescifrable que antes, si cabe. Cuando consumió la pipa, volvió a llenarla y fumó otra mientras Hoja seguía observándola con el rostro pegado de manera molesta contra la ventana, el cuerpo cada vez más entumecido. Despuntaban ya los primeros rayos del sol, de un rosado que enseguida se hizo de oro. A medida que la luz iluminaba a la bruja, ésta íbase haciendo cada vez menos opaca; estaba desvaneciéndose por momentos y al poco dejó Hoja de ver nada que no fuera la pipa y el pañuelo de la mujer; luego, el espacio quedó vacío. Las largas sombras de las seis yeguas de la noche se proyectaban sobre la empalizada de madera. Hoja sacudió la cabeza. Me he dormido, pensó. Ya es de día y todo está bien. Fue a despertar a Corona.

Desayunaron algo ligero. Hoja y Sombra llevaron a los caballos a abreviar a un pequeño y claro torrente a unos cinco minutos de camino en la dirección de Theptis. Taco se introdujo en la espesura en busca de nueces y bayas y, una vez llenó dos recipientes, se echó a dormir en las pieles. Corona permaneció en la sección de los trofeos y no dijo una palabra a ninguno. En las copas de los árboles de hojas rojizas de la ladera que había detrás de la muralla podían verse algunos Hermanos del Árbol ocupados en vigilar los movimientos del vagón. Nada ocurrió hasta media mañana. Entonces, con los cuatro viajeros ya en el carromato, hizo acto de presencia una docena de desconocidos, vanguardia de la tribu de refugiados que las intuiciones de Corona habían predicho correctamente. Avanzaban lentamente por la pista, a pie, llenos de

polvo y con aspecto cansado, moviéndose rítmicamente bajo el peso de fardos en que portaban sus pertenencias y víveres. Eran individuos musculosos, de cabeza cuadrada, tan altos o más que Hoja, con aspecto de guerreros; llevaban cortas espadas al cinto y tanto hombres como mujeres lucían no pocas cicatrices. Su piel era de un gris salpicado de verde pálido y poseían más dedos en manos y pies que lo acostumbrado entre los humanos.

Hoja nunca había visto antes a aquella especie.

—¿Los conoces? —preguntó a Taco.

—Buscadores de Nieve —dijo Taco— Estrechamente emparentados con los Formadores de Arena, según creo. Casta de tipo medio y se dice que son hostiles para con los extraños. Viven al sur de Theptis, en la zona montañosa.

—Es extraño que no hayan estado a salvo allí —dijo Sombra. Taco se encogió de hombros.

—Nadie está a salvo de los Dientes. Ni siquiera en las colinas más altas. Ni en las junglas más densas.

Los Buscadores de Nieve dejaron caer sus equipajes y miraron a su alrededor. Lo primero que los atrajo fue el carromato; parecían impresionados por su opulencia. Lo observaron maravillados, tocándolo como había hecho la bruja y estudiándolo punto por punto. Cuando descubrieron las caras que los observaban desde el interior, se hicieron señas entre sí, señalaron y se cuchichearon, pero no sonrieron ni saludaron. Al cabo de un rato siguieron hasta alcanzar la muralla, que observaron con la misma curiosidad infantil. Pareció que frustraba sus propósitos. La recorrieron de punta a punta, la empujaron con las manos, con los hombros, probaron a romper los maderos, tiraron de las burdas ligaduras de enredadera. Por entonces habían llegado otros doce y también éstos se arracimaron en torno del vagón e hicieron lo que los primeros hasta detenerse ante la muralla. A medida que pasaban los minutos iban llegando más y más Buscadores de Nieve en grupos de tres o cuatro. Tres de ellos que se mantenían aparte daban la impresión de formar la jefatura de la tribu; se consultaron, asintieron y congregaron a los demás miembros de la tribu con gestos elocuentes.

—Salgamos y parlamentemos —dijo Corona. Se puso su mejor armadura y seleccionó sus armas de paseo más elegantes. Dio a

Taco un delgado estilete. Sombra no recibió ninguna y Hoja prefirió armarse tan sólo del prestigio de un Pura Sangre. Su condición de miembro de una raza ancestral, consideró, le servía tan bien como una espada en casi todos los encuentros con extraños.

Los Buscadores de Nieve —unos cien a la sazón y otros tantos que iban acudiendo— parecieron manifestar cierta aprensión cuando Corona y sus compañeros salieron del carromato. El tamaño de Corona y su fanfarria de gladiador parecieron asustarles más de lo que habían asustado a los Hermanos del Árbol, y también la presencia de Hoja les impresionó. Lentamente fueron conformando un semicírculo en torno de sus tres jefes; permanecían muy juntos y se murmuraban cosas con nerviosismo mientras sus manos quedaban cerca de las empuñaduras de las espadas.

Corona avanzó hacia ellos.

—Cuidado —dijo Hoja en voz baja—. Están muy nerviosos. No hagas que se precipiten.

Pero Corona con un despliegue de florituras diplomáticas poco frecuentes en él, tranquilizó enseguida a los Buscadores de Nieve con un cordial gesto de bienvenida —las manos apretadas contra los hombros, las palmas hacia fuera, los dedos bien abiertos— y unas cuantas palabras a modo de saludo.

Intercambiaron presentaciones. El portavoz de la tribu, un hombre de rostro férreo con ojos indiferentes y pómulos endurecidos, resultó llamarse Firmamento; los nombres de los otros capitanes eran Espada y Escudo. Firmamento hablaba con voz tranquila, uniforme. Parecía vacío de toda energía, como si hubiera penetrado en un reino de cansancio total, mucho más allá de la simple fatiga. Habían caminado durante tres días y tres noches casi sin parar, explicó Firmamento. La semana última, un nutrido grupo de Dientes había partido hacia el oeste por las tierras costeras que rodeaban Theptis y una de las bandas, unos cuantos centenares de soldados, se había perdido dirigiéndose hacia el sur y penetrando en el país de las colinas. Como merodeadores, sin rumbo fijo, los Dientes cayeron sobre el retirado pueblo de los Buscadores de Nieve, originándose una terrible batalla en la que había perecido más de la mitad de la gente de Firmamento. Los supervivientes, que habían huido hasta el bosque, pusieron rumbo a la Pista de la Araña por caminos vecinales y, aturdidos por la conmoción y el dolor, se

habían puesto en camino igual que máquinas en dirección del Río Medio, esperando encontrar nuevas laderas en los territorios de población dispersa del lejano noroeste. Ya no podrían regresar a su antiguo hogar, afirmó Escudo, pues había sido profanado por las orgías de los Dientes.

—Pero ¿qué ocurre con esta muralla? —preguntó Firmamento.

Corona se lo explicó, hablando a los Buscadores de Nieve de los Hermanos del Árbol y su profetisa y de la promesa que les había hecho respecto de la obligación que todos los refugiados tenían de entregar sus pertenencias.

—Nos están esperando con los dardos dispuestos —dijo Corona — Nosotros cuatro nada podíamos contra ellos. Pero ahora no se atreverán a enfrentarse a tanta gente. ¡Antes de que llegue la noche habremos destrozado la muralla!

—Se dice que los Hermanos del Árbol son enemigos muy feroces —observó Firmamento con calma.

—No son más que monos —dijo Corona—. Nada más desnudemos la espada se subirán corriendo a los árboles.

—Y nos rociarán con una lluvia de flechas envenenadas —murmuró Escudo—. Amigo, tenemos poco ánimo para afrontar más contiendas. Han muerto muchos de los nuestros durante esta última semana.

—¿Qué haréis entonces? —exclamó Corona—. ¿Entregarles las espadas, las túnicas, los anillos de vuestras mujeres, las sandalias con que calzáis los pies?

Firmamento permaneció inmóvil, cerró los ojos y guardó silencio durante un buen rato. Al cabo, sin abrir los ojos, dijo con voz que surgía del centro de un hueco inmenso:

—Hablaremos con vosotros más tarde —y dio la vuelta—. Descansaremos ahora y esperaremos a que vengan los Hermanos del Árbol.

Los Buscadores de Nieve se retiraron, esparciéndose junto a la maleza debajo mismo de la muralla. Quedaron formando filas con los ojos fijos en tierra, aguardando. Corona gruñó, farfulló y sacudió la cabeza.

—Tienen pinta de guerreros —dijo volviéndose a Hoja—. Hay algo que señala a un guerrero y lo hace distinto de los demás hombres; sé qué es ese algo y puedo decirte que los Buscadores de

Nieve lo tienen. Tienen entereza; tienen poder; albergan en ellos el espíritu de la batalla. Y sin embargo, míralos. Acurrucados igual que gordos Dedos cuando tienen miedo.

—Han recibido golpes graves —dijo Hoja—. Han sido expulsados de su tierra. Saben lo que es mirar por encima del hombro y ver las hogueras en que se cuece la carne de la propia estirpe. Esto abate el ánimo belicoso de cualquiera Corona.

—No. Las pérdidas hacen que el fuego brille con mayor intensidad. Hace que hiervas de deseo de venganza.

—¿De veras? ¿Qué sabes tú de pérdidas? Jamás fuiste derrotado por ningún enemigo.

Corona lo miró fijamente.

—No me refiero a los duelos. ¿Crees que no me ha afectado la invasión de los Dientes? ¿Qué estoy haciendo entonces en esta sucia carretera con todas mis propiedades metidas en un solo carromato? Pero no soy un muerto que anda como estos Buscadores de Nieve. No estoy huyendo. Voy a formar un ejército. Cuando lo tenga volveré al este y me vengaré. Mientras que éstos... que tienen miedo de los monos...

—Han caminado día y noche —dijo Sombra—. La lluvia morada tuvo que cogerles de lleno. Se han agotado mientras nosotros hemos marchado en tu vagón. Una vez hayan descansado, acaso...

—¡Tienen miedo a los monos!

Corona cabeceó con rabia. Se paseó arriba y abajo delante del carromato golpeándose los muslos con los puños. Hoja temió que corriera hasta los Buscadores de Nieve y los forzara a aliarse con él. Comprendía el estado de ánimo de aquella gente: por muy agotados que estuvieran, podían irritarse peligrosamente si Corona los trataba con excesiva dureza. Quizá después de algunas horas, como Sombra había sugerido, se sintieran más dispuestos a ayudar a Corona a pasar por la muralla de los Hermanos del Árbol. Pero no todavía. No todavía.

Se abrió el portón de la muralla. Salieron por ella unos veinte hombres, entre los que se contaba el jefe de la tribu así como —Hoja contuvo el aliento al verla— la anciana vidente que mirara en su dirección, que le dedicó otra de sus penetrantes e intranquilizadoras sonrisas.

—¿Qué clase de criatura es ésta? —preguntó Corona.

—La bruja mestiza —dijo Hoja—. La vi al amanecer mientras estaba de guardia.

—¡Mirad! —exclamó Sombra—. Se desvanece igual que un Invisible. Pero su piel es como la tuya, Taco, y su forma la de...

—Me da miedo —dijo Taco con voz ronca. Temblaba— Significa muerte para nosotros. Nos queda poco tiempo de vida, amigos. Es la diosa de la muerte. —Se asió al codo de Corona, exento de toda armadura—. ¡Vayámono s! Retrocedamos por la Pista de la Araña. Es mejor arriesgarnos en el desierto que quedarnos aquí y morir.

—Tranquilo —dijo Corona—. Nada de retroceder. Los Dientes están ya en Theptis. De aquí a un par de días se pondrán en camino por esta carretera. No tenemos más que una dirección.

—Pero está la muralla —dijo Taco.

—Antes de que caiga la noche, la muralla quedará reducida a escombros —dijo Corona.

El jefe de los Hermanos del Árbol conferenciaba con Firmamento, Espada y Escudo. Con toda evidencia, los Buscadores de Nieve conocían un tanto del idioma de los Hermanos del Árbol, pues Hoja pudo oír intercambios vocales, acompañados de pantomimas y habla cantarina. El jefe se señalaba a sí mismo, luego a la muralla, después a la profetisa; señaló los equipajes de los Buscadores de Nieve; indicó con irritado pulgar el carromato de Corona. La conversación duró cerca de media hora y pareció acabar en conclusión amistosa. Los Hermanos del Árbol se fueron, dejando la puerta abierta en aquella ocasión. Firmamento, Espada y Escudo se deslizaron entre su gente dando instrucciones. Los Buscadores de Nieve sacaron comida de sus equipajes —raíces secas, semillas, carne ahumada— y comieron en silencio. Luego, los que transportaban los recipientes del agua, fabricados con pellejos cosidos, fueron hasta el arroyo para abastecerse y el resto de los Buscadores de Nieve se levantó, formó filas y caminó en estrechos círculos como si se dispusiera a reanudar la marcha. Corona ardía de impaciencia.

—¿Qué van a hacer? —preguntó—. ¿Qué trato habrán hecho?

—Creo que han aceptado las condiciones —dijo Hoja.

—¡No! ¡No! Necesito su ayuda —Corona, lleno de angustia, se golpeó con los puños—. He de hablar con ellos —murmuró.

—Espera. No te precipites, Corona.

—¿Qué más da? ¿Qué más da?

Los Buscadores de Nieve cargaban ya con los equipajes. No cabía ninguna duda; se iban. Corona echó a correr hacia ellos. Firmamento, ocupado en dirigir la marcha, se volvió hacia él.

—¿A dónde vais? —preguntó Corona.

—Hacia el oeste.

—¿Y nosotros?

—Venid con nosotros, si queréis.

—¿Y mi carromato?

—No cabe por la puerta, ¿no lo ves?

Corona retrocedió como si fuera a lanzarse sobre el Buscador de Nieve.

—Si nos ayudaraís, derribaríamos la muralla. ¿Cómo voy a abandonar mi carromato? Lo necesito para llegar hasta mis parientes de los Llanos. Quiero reunir un ejército; y volveré al este para devolver a los Dientes a las montañas a que pertenecen. He perdido ya demasiado tiempo. Tengo que pasar. ¿No quieres ver destruidos a los Dientes?

—No es asunto nuestro —dijo Firmamento con suavidad—. Hemos perdido nuestras tierras para siempre. La venganza no tiene sentido. Mil excusas. Mi gente necesita guía.

Más de la mitad de los Buscadores de Nieve había cruzado ya la puerta. Hoja se unió a la comitiva. Descubrió que del otro lado de la muralla se había aclarado un trecho considerable de la densa maleza que seguía la parte norte de la autopista y que en ella se levantaban edificios, posadas o almacenes, junto al camino. Veinte o treinta pasos más allá se veía un sendero secundario que se internaba en el bosque en dirección norte; era evidentemente la ruta que llevaba al pueblo de los Hermanos del Árbol. Había un agitado trasiego en este sendero. Centenares de hombres se dirigían del pueblo a la autopista, donde tenía lugar una extraña y repulsiva escena. A medida que les llegaba el turno, los Buscadores de Nieve descargaban el equipaje y lo abrían. Tres o cuatro Hermanos del Árbol se lanzaban sobre éste, cogían de él lo que veían de valor — un cuchillo, un peine, una pieza de joyería, una capa delicada— y se alejaban triunfalmente con el despojo. Una vez terminado el saqueo, los Buscadores de Nieve ataban nuevamente el fardo, se lo ponían en el hombro y proseguían el camino, la cabeza gacha, el

cuerpo inclinado. Tributo. Hoja sintió escalofríos. Aquellos orgullosos soldados, ya sin hogar, entregaban voluntariamente lo que les quedaba a —quiso evitar la palabra pero no pudo— una tribu de monos. Y proseguían la marcha sin ninguna queja. Era lo más triste que había visto desde que los Dientes habían fraccionado el mundo.

Hoja se dirigió al carromato. Vio a Firmamento, Escudo y Espada en retaguardia. Sus rostros eran cenicientos; no se atrevieron a mirarlo cara a cara. Firmamento se las arregló para murmurar una especie de saludo asustado cuando pasó junto a ellos.

—Os deseo buena suerte en vuestro viaje —dijo Hoja.

—Os deseo mejor suerte que la nuestra —dijo Firmamento con voz hueca y siguió adelante.

Hoja se encontró con Corona plantado en mitad de la carretera, con las manos en las caderas.

—¡Cobardes! —exclamó con tono amargo—. ¡Sabandijas!

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Hoja.

—¿Qué quieres decir?

—Que ha llegado la hora de afrontar las verdades. Hay que entregarles el carromato.

—Nunca.

—Estamos de acuerdo en que no podemos dar la vuelta. Y no podemos continuar mientras esté la muralla donde está. Si nos quedamos, los Hermanos del Árbol acabarán liquidándonos, si es que no lo hacen antes los Dientes. Escucha lo que te digo, Corona. No vamos a darles todo lo que tenemos. El carromato, algunas ropas, algunas chucherías, los muebles del vagón, y quedarán satisfechos. Podemos cargar el resto en los animales y cruzar la puerta con seguridad como peregrinos que caminan a pie.

—No quiero hacerte caso, Hoja.

—Ya lo sé. Y sé también lo que el carromato significa para ti. Me gustaría que lo conservaras. Me gustaría incluso quedármelo yo. ¿Acaso no es mejor caminar en medio de comodidades que patear el barro entre la lluvia y el frío? Pero no podemos conservarlo. No podemos, Corona, ése es el meollo de la cuestión. Podemos volver al este en él y perdernos en el desierto; podemos quedarnos aquí y esperar a que los Hermanos del Árbol pierdan la paciencia y nos

maten, o bien podemos darles el carromato y salir de aquí sanos y salvos. ¿Se puede elegir? No se puede. Te lo vengo diciendo hace dos días. Sé razonable, Corona.

Corona miró con frialdad a Taco y Sombra.

—Buscad al jefe y entrad en trance con él otra vez. Decidle que le daré espadas, armaduras, lo que escoja del interior del carromato. Siempre que desmonte parte de la empalizada y permita pasar el vehículo.

—Ya le hicimos ayer esa oferta —dijo Taco.

—¿Y?

—Insiste en el carromato. La vieja bruja se lo ha prometido para un palacio.

—No —dijo Corona—. ¡No! —Su brutal alarido halló eco en las colinas. Al cabo de un momento, ya más calmado, dijo—: Se me ocurre otra idea. Hoja, Taco, venid conmigo. La puerta está abierta. Iremos al pueblo y nos haremos con la bruja. La raptaremos con rapidez, antes de que nadie se entere de lo que pasa. No se atreverán a tocarnos mientras esté en nuestras manos. Entonces, Taco, dirás al jefe que si no nos abre una puerta adecuada, mataremos a la vieja. —Corona rió brevemente—. Una vez se dé cuenta ella de que hablamos en serio, les ordenará que lo hagan. Todos los viejos quieren vivir eternamente. Y la obedecerán. Podéis apostar a que sí. ¡La obedecerán! Andando. —Corona echó a andar con paso vigoroso hacia la puerta. Dio una docena de zancadas, se detuvo y se volvió. Ni Hoja ni Taco se habían movido.

—¿Bien? ¿Por qué no venís?

—No quiero hacerlo —dijo Hoja con voz cansada—. Es absurdo. Es una bruja, una parte suya es Invisible... a estas horas conocerá ya tus planes. Probablemente los supo antes que tú. ¿Cómo vamos a cogerla?

—Deja que me ocupe yo de eso.

—Aun si lo hiciéramos... No. No. No quiero tomar parte en eso. Es imposible. Aun si pudiéramos hacernos con ella. Nos mantendríamos con una espada puesta en su garganta, el jefe haría una seña y cientos de flechas caerían sobre nosotros antes de que pudiéramos mover un músculo. Es una locura.

—Te pido que vengas conmigo.

—Ya te he respondido.

—Entonces iré sin ti.

—Como quieras —dijo Hoja con calma—. Pero no volverás a verme.

—¿Eh?

—Voy a coger lo que me pertenece y dejaré que los Hermanos del Árbol cojan lo que les guste; con un poco de buena marcha podré alcanzar a los Buscadores de Nieve. En una semana aproximadamente habré llegado al Río Medio. Sombra, ¿quieres venir conmigo o prefieres quedarte y morir con Corona?

La Estrella Danzarina contempló fijamente el suelo embarrado.

—No lo sé —dijo—. Déjame pensarlo.

—¿Taco?

—Me voy contigo.

Hoja se volvió a Corona.

—Por favor. Sé razonable. Por última vez: dales el carromato y larguémonos todos juntos.

—Me estás ofendiendo.

—Entonces nos despedimos aquí mismo —dijo Hoja—. Te deseo buena suerte. Taco, vamos por lo nuestro. ¿Sombra? ¿Te vienes con nosotros?

—Tenemos un compromiso con Corona —dijo ella.

—Sí, ayudarle a conducir el carromato. Pero no morir por él. Lo admita o no, Corona ha perdido ya su carromato. Si el vehículo deja de ser suyo, el contrato queda anulado. Espero que vengas con nosotros.

Entró en el vehículo y fue hasta la cabina del centro, en uno de cuyos armarios guardaba las pocas posesiones que había podido llevar consigo. Un par de botas relucientes de cuero, dos antiguas monedas de cobre, tres medallones de marfil, una camisa de seda rojo oscuro, un cinturón ancho y ricamente labrado... no mucho, no demasiado, el salvamento de una vida. Lo empaquetó con celeridad. Cogió un pedazo de carne seca y algo de pan; le duraría un par de días y cuando se le acabara aprendería de Taco y de los Buscadores de Nieve a buscarse el sustento en medio de la penuria.

—¿Listo?

—Listo como siempre —dijo Taco. Su paquete era muy pequeño: una muda, un hacha, un cuchillo, algo de pescado ahumado y nada más.

—Andando, pues.

Mientras se dirigían hacia la compuerta de salida, entró Sombra en el carromato. Parecía grave y circunspecta; tenía las aletas de la nariz brillantes, los ojos contristados. Sin decir una palabra pasó junto a los dos hombres y comenzó a hacer su equipaje. Hoja la esperó. Al cabo de unos minutos reapareció y le hizo una señal con la cabeza.

—Pobre Corona —susurró la muchacha—. No hay forma...

—Ya lo oíste —dijo Hoja.

Salieron del carromato. Corona no se había movido. Estaba como si hubiera echado raíces, a medio camino entre el vagón y la muralla. Hoja le lanzó una mirada inquisidora, como preguntándole si había cambiado de idea, pero Corona no la advirtió. Encogiéndose de hombros, Hoja pasó por su lado, hacia la maleza, en cuyo borde se encontraban pastando las yeguas de la noche. Con afecto levantaba ya las manos para acariciar el cuello de la más cercana cuando Corona volvió a la vida súbitamente y gritó:

—¡Son mis animales! ¡No les pongas las manos encima!

—Sólo les iba a decir adiós.

—¿Crees que voy a permitir que os llevéis alguno? ¿Crees que me he vuelto loco?

Hoja lo miró con tristeza.

—Vamos a hacer el viaje a pie. Sólo iba a decirles adiós. Las yeguas eran amigas mías. Pero no puedes entenderlo.

—Aléjate de los animales, ¡aléjate!

—Como quieras.

Sombra, como de costumbre, tenía razón. Pobre Corona. Hoja se echó el hato al hombro y caminó hacia la puerta, Sombra a su lado, Taco un poco rezagado. Cuando él y Sombra alcanzaron el portón, volvió la vista y vio a Corona inmóvil todavía, vio a Taco que se detenía, dejaba en el suelo su envoltorio y se arrodillaba.

—¿Te ocurre algo? —dijo Hoja.

—Se me ha desatado la bota —dijo Taco—. Seguid vosotros. Enseguida os alcanzo.

—Te esperamos.

Hoja y Sombra permanecían bajo el dintel de la puerta mientras Taco se ataba los cordones. Al cabo de unos segundos se incorporó, recogió su envoltorio y dijo:

—Tiene que durarme hasta la noche, ya veré luego si...

—¡Mira! —gritó Hoja.

Corona había salido de su quietud y, lanzando un grito de furia, corría velozmente hacia Taco. No tuvo éste oportunidad de dar uno de sus saltos: Corona lo atrapó, lo alzó por sobre su cabeza como un niño y, aullando de rabia, arrojó al hombrecillo al barranco. Agitando brazos y piernas, Taco surcó los aires trazando un elevado arco por encima del borde; pareció bailar en mitad de su trayecto y desapareció. Hubo al rato un crujido amortiguado y enseguida el silencio. Silencio.

—Aprisa —dijo Sombra—. ¡Corona viene hacia aquí!

Corona había dado la vuelta y se lanzaba como una máquina de muerte hacia Hoja y Sombra. Sus salvajes ojos rojizos relampagueaban con ferocidad.

Hoja no se movió; Sombra lo sacudió con premura y acabó por empujarlo y conseguir que se moviera. Entre los dos empujaron la pesada puerta y la cerraron en el instante mismo en que Corona se arrojaba contra ella. Hoja corrió los resistentes cerrojos. Corona gritó y golpeó la puerta, pero no pudo forzarla.

Sombra temblaba y sudaba. Hoja la atrajo hacia sí y la sostuvo un instante. Luego dijo:

—Será mejor que nos vayamos. Los Buscadores de Nieve nos llevan buena delantera.

—Taco...

—Lo sé. Lo sé. Vamos, anda.

Media docena de Hermanos del Árbol les aguardaban junto a las casas de madera. Sonreían, farfullaban y señalaban los envoltorios.

—De acuerdo —dijo Hoja—. Adelante. Coged lo que queráis. Tomadlo todo si os parece.

Dedos afanosos deshicieron los hatos de ambos. Del de Sombra cogieron una cinta de brocado y una piedra llana, lisa y verde. Del de Hoja uno de los medallones de marfil, las dos monedas de cobre y una de sus botas. Tributo. Día tras día, los despojos del pasado se le iban escapando de las manos. Sacó la otra bota del saco y la alargó a los Hermanos del Árbol, pero éstos se limitaron a reír y a negar con la cabeza.

—Con una no hago nada —dijo. Pero no la cogieron. Arrojó la bota a los matorrales de la cuneta.

La carretera se curvaba hacia el norte y formaba una suave cuesta, siguiendo el flanco de las colinas bosqueñas en que los Hermanos del Árbol tenían sus casas. Hoja y Sombra caminaban mecánicamente sin hablar mucho. Las huellas de los Buscadores de Nieve podían verse en el suelo, pero estaban todavía muy lejos. Caía ya la tarde y el día se había vuelto luminoso, inesperadamente cálido. Al cabo de una hora dijo Sombra:

—Tengo que descansar.

Le castañeteaban los dientes. Se tendió en la cuneta y se pasó los brazos alrededor del pecho. Por lo general, las Estrellas Danzarinas, gracias a su gruesa piel, no llevaban ropa salvo en los más crudos inviernos; pero la piel no parecía beneficiar mucho a Sombra en aquel momento.

—¿Estás enferma?

—Ya se me pasará. Es la impresión. Taco...

—Sí.

—Y Corona. Me siento muy triste por Corona.

—Un loco —dijo Hoja—. Un asesino.

—No lo juzgues tan a la ligera. Es un hombre sentenciado a muerte, y él no lo ignora; sufre por ello; cuando el miedo y el dolor se le hicieron demasiado insoportables, descargó en Taco. No sabía lo que hacía. Necesitaba desahogarse con algo, aliviar su tortura, eso es todo.

—Todos moriremos tarde o temprano —dijo Hoja—. Pero ésta no es razón para matar a los amigos.

—No hablo de tarde o temprano. Sino de que Corona morirá esta misma noche, tal vez mañana.

—¿Por qué?

—¿Qué puede hacer para salvarse?

—Puede ceder y cruzar la puerta a pie, tal como hemos hecho nosotros.

—Sabes que nunca abandonará el carromato.

—En ese caso, puede enjaezar a las yeguas y volver hacia Theptis. Por lo menos tendrá una oportunidad de salir a la Pista del Ocaso de esa forma.

—Tampoco puede hacer eso —dijo Sombra.

—¿Por qué no?

—No puede conducir el carromato.

—Ya no tiene a nadie que lo haga por él. Está cogido. Por una vez tendrá que tragarse su orgullo y...

—No he dicho que no quiera, sino que no puede. Es incapaz de hacerlo. No puede entrar en contacto mental con las yeguas. ¿Por qué crees que alquila siempre conductores? ¿Por qué insistió tanto en que condujeras tú durante la lluvia morada? Carece de fuerza mental. ¿Has visto alguna vez a un Lago Negro conduciendo yeguas?

Hoja la miró.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el comienzo.

—¿Por eso dudaste en dejarlo en el portón? ¿Cuándo hablaste del compromiso que teníamos con él?

Ella asintió.

—Si los tres lo abandonábamos, lo condenábamos a muerte. No podrá escapar de los Hermanos del Árbol a menos que se obligue a sí mismo a dejar el carromato y no querrá hacerlo. Caerán sobre él y lo matarán, hoy mismo, mañana, de un momento a otro.

Hoja cerró los ojos, cabeceó.

—Me siento un tanto avergonzado. Ahora que sé que lo hemos dejado inerme. Podía habérmelo dicho.

—Es demasiado orgulloso.

—Sí. Sí. Tampoco él dijo nada. Todos tenemos responsabilidades para con los demás, pero hay límites. Tú, yo y Taco no teníamos ninguna obligación de morir sólo porque Corona no quisiera deshacerse de su bonito vehículo. Aun así... aun así... —cerró las manos prietamente—. ¿Por qué decidiste dejarlo entonces?

—Por la misma razón que acabas de dar. No quería que Corona muriera, pero tampoco creía que le perteneciera mi vida. Además, tú dijiste que te ibas y lo demás no importaba.

—Pobre Corona, pobre e idiota.

—Y cuando mató a Taco... vida por vida, Hoja. Todas las deudas están saldadas. No me siento culpable.

—Yo tampoco.

—Creo que me está bajando la fiebre.

—Descansa unos minutos más.

Pasó una hora antes de que Hoja considerase que Sombra se encontraba con fuerzas para proseguir. La carretera ascendía a la

sazón en cuesta constante, no muy empinada pero sí lo bastante para obligarles a un gasto continuo de energías, por lo que se desplazaban con mucha lentitud. Cuando lo tórrido del día empezó a menguar, alcanzaron la cresta de la cuesta y se detuvieron otra vez para descansar en un punto desde el que podían ver la carretera que seguía trazando curvas a lo largo de un valle agradable y verde. A lo lejos se veía a los Buscadores de Nieve, detenidos también junto a la ribera de un torrente de tamaño regular.

—Humo —dijo Sombra—. ¿No hueles?

—Habrán encendido fuego, supongo.

—No lo creo. Además, no veo ninguno.

—Se tratará entonces de los Hermanos del Árbol.

—Tiene que ser un fuego muy grande.

—Es igual —dijo Hoja—. ¿Puedes continuar ya?

—Oigo un ruido...

De sus espaldas, en la ladera, surgió una voz que dijo:

—Y así termina como de costumbre, en locura y muerte, y aquello en que Todo-es-Uno se llena de inmensidad.

Hoja se volvió y se puso en pie de un salto. Oyó risas en la ladera y vio ciertos movimientos en los matorrales; al cabo de unos instantes pudo ver una silueta apenas definida y se dio cuenta de que se le acercaba un Invisible, el mismo, sin duda, que había viajado con ellos desde Theptis.

—¿Qué quieres? —exclamó Hoja.

—¿Querer? ¿Querer? Nada quiero. Pasaba por aquí, nada más. —El Invisible señaló por encima del hombro—. Podéis verlo todo desde la cima de este cerro. Vuestro amigo el gigante ha peleado como un valiente, ha matado a muchos, pero los dardos, los dardos... —El Invisible rió—. Está agonizando, pero así y todo no quiere que le quiten el carromato. Qué hombre tan tozudo. Qué loco. Bueno, feliz viaje.

—No te vayas todavía —exclamó Hoja.

Pero la silueta del Invisible desaparecía ya. Sólo quedó la risa y también ésta acabó por desaparecer. Hoja hizo preguntas al aire y, al no recibir respuesta, dio la vuelta y emprendió el ascenso del cerro, sujetándose a los matorrales más gruesos. Diez minutos más tarde se encontraba en la cima y permaneció boqueando, aguzando la vista en dirección del profundo valle que acababan de dejar.

¡Desde el lugar en que se encontraba podía verlo todo con mucha claridad: el pueblo de los Hermanos del Árbol en medio del bosque, la carretera, las cabañas junto a ésta, la muralla, el claro más allá de la muralla. Y el vagón. El techo había desaparecido y las paredes estaban volcadas. Brillantes lenguas de fuego ascendían a lo alto y una negra y densa nube de humo teñía el aire. Hoja contempló la pira de Corona durante largo rato antes de regresar junto a Sombra.

Descendieron hacia el lugar en que los Buscadores de Nieve habían acampado. Rompiendo un largo silencio, dijo Sombra:

—Tuvo que haber un tiempo en que el mundo fuera diferente, cuando todas las personas fueran de la misma especie, y todos vivieran en paz. Una edad de oro, muy remota. ¿Por qué cambió todo, Hoja? ¿Cómo ocurrió todo esto?

—Nada ha cambiado —dijo Hoja—, salvo el aspecto de nuestros cuerpos. Por dentro todo sigue igual. Nunca hubo edad de oro.

—Hubo un tiempo en que no había Dientes.

—Siempre hubo Dientes, se llamaran como se llamaran. La paz verdadera nunca dura mucho tiempo. Siempre han existido el odio y la codicia.

—¿De veras crees eso?

—Por supuesto. Creo que la humanidad es la humanidad, que somos siempre iguales tengamos la forma que tengamos, y que los cambios que sobrevienen son una nadería; y que lo mejor que podemos hacer es buscar nuestro contento por nuestra cuenta siempre que podamos, sean como fueren los tiempos.

—Esta época es peor que las demás.

—Quizá.

—Son tiempos muy malos. Y se aproxima el fin de las cosas. Hoja sonrió.

—Pues que venga el fin. Son los tiempos en que hemos de vivir, sin preguntar por qué, sin desear otros más holgados. El dolor termina cuando comienza la condescendencia. Eso es lo que ahora nos ocurre. Aprovechémoslo al máximo. Éste es el camino en que andamos. Día a día vamos perdiendo aquello que nunca fue nuestro, día a día nos acercamos a aquello en que Todo-es-Uno, y nada importa, Sombra, nada, salvo aprender a aceptar lo que ocurre. ¿No crees?

—Sí —dijo ella—. ¿A cuánto estamos del Río Medio?

—A unos cuantos días.

—¿Y cuánto hay desde allí hasta tus parientes del Mar Cerrado?

—No lo sé. No importa lo lejos que queda; ¿estás muy cansada?

—No tanto como tendría que sentirme.

—No queda mucho hasta el campamento de los Buscadores de Nieve. Dormiremos bien esta noche.

—Corona —dijo ella—. Taco.

—¿Qué ocurre con ellos?

—También ellos duermen.

—Donde Todo-es-Uno —dijo Hoja—. Más allá de las tribulaciones. Más allá de todo dolor.

—Y aquel hermoso vehículo destrozado.

—Si Corona hubiera cedido y lo hubiese entregado voluntariamente nada más saber que iba a morir... Pero entonces no habría sido Corona, ¿no te parece? Pobre Corona. Pobre y loco Corona. —Ante ellos hubo un ligero rumor—. Mira. Los Buscadores de Nieve nos han visto. Allí está Firmamento. Espada. —Hoja agitó la mano y los saludó. Firmamento saludó a su vez, y también Espada, y asimismo otros—. ¿Podemos acampar con vosotros esta noche? —gritó Hoja. Firmamento dijo algo, pero el viento alejó las palabras. Lo que dijo empero había sonado de manera amable, pensó Hoja. De manera amable—. Vamos —dijo Hoja, y él y Sombra bajaron por la pendiente.

ÍNDICE

La fiesta de Baco, *The feast of St. Dionysus*

Viajes, *Trips*

La casa de las mentes dobles, *In the house of double minds*

He aquí el camino, *This is the road*

Notas

[1] En castellano en el original.

[2] El autor juega con las palabras de manera intraducible. Constantemente se ha referido a las «yeguas nocturnas» o «de la noche» con el término *nightmares*, «pesadillas» literalmente; el término está formado por *night* «noche» y *mare* «yegua». Etimológicamente, sin embargo, parece que *nightmare* es conjunción de *night* y *mará*, «íncubo» en antiguo alto alemán. (N. del T.)